





MUNDO SELLADO

-MONROE, 2.000-

VINCENT
FLAMING



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



MUNDO SELLADO

Nick Boddie Williams

El presente volumen, es la traducción de la novela *Atom Curtain*, de Nick Boddie Williams (1956). De hecho, antes de su aparición en la colección Ciencia Ficción de la editorial Cenit (1961), ésta lo anunció con el título de *La cortina atómica* y el autor correcto.

Finalmente y, por razones desconocidas, se terminó publicando como *Mundo sellado*, de Vincent Flaming (no existe ni jamás a existido tal autor). De hecho, en el interior se indica falsamente que el título original es *Sealed World* (tampoco existe ni ha existido una novela con ese título exacto).

PRIMERA PARTE

Hoy, por fin, he decidido acusar, y exponer toda la verdad.

Lo hago con completo conocimiento de los peligros que nos acechan a todos. Lo hago sabiendo que todos estos riesgos han atemorizado a aquellos a quienes elegimos para que nos gobernaran, y lo hago sólo porque el temor ha paralizado sus mentes. Usted, yo, el mundo que conocemos, no pueden esperar más.

No debemos menospreciar estos peligros. Hemos de arriesgarnos a perder todo lo que la humanidad ha conseguido alcanzar en las decenas de miles de años que han transcurrido desde que nuestro primer ascendiente despreció su cola, se irguió sobre sus pies y echó a andar con plena consciencia de que sólo él, entre todas las criaturas de Dios, tenía un alma.

Pero es un riesgo que debemos correr. Debemos aceptarlo ahora mientras hay todavía tiempo, o condenaremos a nuestro mundo —a los incontables millones de Europa, Asia y Africa— para siempre a nuestra agonía crónica de hambruna y enfermedad que ahora sé que no son necesarias.

Entre lo que podemos perder y lo que es posible que ganemos, hay una fórmula ecléctica que nos asegura el librarnos de la inanición y de la pestilencia. La verdad es que sólo debemos temer a nuestra avaricia. Sí podemos conformamos con lo estrictamente necesario y no pretendemos insistentemente tener demasiado; si actuamos con una voluntad férrea en un futuro inmediato, podremos realizar nuestra historia, ahora paralizada. Los hechos, tal como yo los conozco, me han convencido de ello: más aun, han convencido a mentes muy superiores a la mía, aunque no a aquellas que constituyen el Consejo de las Naciones del Mundo que, en último término, están representadas por los Doce Ancianos de Génova. Son a estas mentes a las que usted y yo debemos ahora convencer y, si no lo consiguiéramos, tendríamos que derrocar a estos Doce Ancianos.

Por eso me he sentido impelido a presentarme ante el tribunal de la opinión pública y acusar a estos Doce Ancianos. Han sido ellos solos los que, actuando en secreto, han ordenado que el sensacional informe de O'Hara sea enterrado profundamente en los archivos de la Patrulla Internacional de Génova para que nunca —así al menos creyeron ellos— fuera hecho público. Ellos han ordenado enterrar el Informe y han procurado borrar hasta el más vago rumor de que existía. Los pocos que lo leyeron y los empleados del Aeropuerto de Croydon, aquí, en Londres, que lo recibieron y lo enviaron sellado a Génova, han sido trasladados a los rincones más remotos de la Tierra

para que nunca puedan encontrarse dos de ellos juntos y sin que se permita saber a ninguno de ellos donde están los demás. Sólo unos pocos pertenecientes a la jerarquía superior en el Gobierno han oído hablar del informe y esos pocos han procurado, y procurarán por todos los medios, eludir toda investigación que concierna al asunto. Es el documento más secreto de todos los tiempos.

Pero, horas después de ser recibido en Croydon, yo, Arthur Blair, obtuve un resumen, de primera mano, del Informe. Por razones obvias, recibí órdenes de mi periódico, el «*Observer*», de obtener el texto y, por razones que eran más imperiosas para mí, lo busqué. Fui en seguida a Croydon, donde recompensaron mi diligencia sólo con vagas y evasivas miradas, como si yo pretendiera descubrir los secretos de la cuarta dimensión o la localización geográfica y precisa del perdido continente Mu.

No me molestó aquella actitud. La esperaba. Lo que no me imaginé fue la reacción de los Doce Ancianos. Estaba en París, en camino hacia Génova, cuando comprobé cuán lejos llegarían con tal de silenciarme. La advertencia fue encomendada a un pequeño y recién afeitado hombrecillo, vestido como lo haría un próspero negociante, que fue a visitarme cuando yo estaba ausente de la habitación del hotel. Cuando volví, me aseguró sonriendo que no estaba interesado en mi persona —aunque las condiciones en que encontré mi equipaje demostraban obviamente que mentía con gran descaro— y, a renglón seguido, me dijo que las probabilidades que yo tenía de dejar París, en dirección a Génova, eran inferiores a cero.

El hombrecillo vestido de negociante me impresionó. Creo que, si hubiera tenido una ocasión más favorable, me habría apuñalado. En vista de eso salí de París, con toda ostentación, camino de Trieste, lugar de recreo. Pasé allí tres semanas «veraneando», tan naturalmente como pude aparentar, hasta que, en la noche escogida, partí a bordo de un barco de pesca que alquilé y que me dejó, provisionalmente, en Salónica.

Un viejo amigo de Salónica, romántico incurable, sospechando que mi viaje era debido a una historia periodística extraordinaria —una rubia desaparecida quizá—, me facilitó lo que le pedí, un avión particular que pudiera llevarme a la Prefectura de Turquía.

Aquel avión fue derribado dos minutos después de salir de Salónica. Naturalmente yo no estaba a bordo, pero sí mi equipaje con sus correspondientes etiquetas. Tuve la satisfacción de leer un relato de mi accidentada muerte, en la prensa de Estambul, cuando llegué allí, dos días después.

Quedé convencido de que había burlado a mis perseguidores y creí que podría ya seguir mi camino directo a Génova sin peligro alguno. Pueden ustedes imaginarse mi desconcierto cuando el dueño del hotel en Estambul,

que me conocía sólo por el seudónimo que, como periodista, había usado años atrás, me ofreció una mañana café, tomó un sorbo del suyo e, inmediatamente, cayó muerto.

A consecuencia de esta muerte repentina fui acusado de haberlo asesinado. Tal cargo está pendiente aún. No dudo de que hubiera pruebas para declararme culpable, pruebas prefabricadas, pero antes tendrían que haberme localizado y llevado a la Prefectura de Turquía.

Mas no estoy dispuesto a que me cojan; no, hasta que el mundo sepa lo que tengo que decir. No lo estuve desde el momento en que vi cómo la faz de mi anfitrión tornaba un feo color azul a causa delcianuro. Antes de que la saliva de sus labios se secara —y se había intentado que se secara la de los míos— yo había desaparecido.

Toda esta lucha es un asunto personal, una aventura, me imagino, sin importancia, salvo para aquellos que me ayudaron. Algunos están muertos fuera del alcance del peligroso y largo brazo de la Oficina de Seguridad del Consejo del Mundo. Otros no están muertos ni saben nada del peligro de muerte que corrieron porque no les comuniqué la razón de mi frenético regreso al hogar. A pesar de eso, yo no puedo —no me atrevo— a explicar con más detalles el lento y zigzagueante itinerario que seguí para llegar a Londres.

Mi viaje fue un fracaso. No conseguí el texto del Informe de O'Hara. Nunca lo conseguiré, porque la augusta autoridad que decretó mi persecución lo ha relegado al olvido. Esa autoridad es, sin duda alguna, la ejercida por los Doce Ancianos.

Sí, de ellos es esta horrible responsabilidad. Ellos solos deben ser acusados si las generaciones futuras de nuestro mundo son condenadas a innecesarios niveles infrahumanos. Son ellos los que han decidido —a menos que podamos romper el letargo de sus mentes super precavidas— que en este año de 2230 D. J., más de doscientos ochenta y cinco años después de la fisión del átomo, el Sáhara siga siendo el Sahara, una vasta zona desperdiciada capaz de saciar nuestra hambre dando cosechas de millones si se le diera el agua necesaria. Son ellos los que han decretado, conspirado en silencio, que los desiertos de Australia, Arabia y China estén tan agotados y las tundras de Siberia tan estériles como si estuvieran viviendo los años anteriores al milagro de los Álamos. Son ellos, estos Doce Ancianos muertos de miedo, los que han insistido en que el Hemisferio Oeste, que en un principio parecía estar destinado a redimirnos de la necesidad, debe seguir siendo, durante siglos, un misterio susurrante detrás de su impenetrable Telón Atómico.

¿Por qué nos hacen esto a nosotros? ¿Por qué están tan decididos a que yo permanezca en silencio? ¿Son hombres brutales, incapaces de comprender cómo sufren los millones de hermanos? No, la respuesta no es tan simple. Sus

mentes andan vacilantes por un mundo de dudas y temores, porque no confían en que nosotros —por idiosincrasia no confían en nadie— podamos ser autogobernados de acuerdo con los hechos expuestos por O’Hara en su Informe.

Pero yo insisto en que el mundo debe conocer estos hechos. El mundo debe alcanzar la verdad —como yo la conseguí—, del mismo Emmett O’Hara. Sí, yo la conseguí del mismo Emmett O’Hara poco después de que entregara en Croydon el texto de su asombroso Informe. Sólo por esto mi vida está condenada —no porque los Doce Ancianos estén seguros de que yo sepa algo, sino porque lo sospechan. Ellos que son capaces al menos de tomar una decisión en cuanto a una cosa, harán todo lo que sea preciso para preservar el «status quo». Pero se murieron de pánico al ver las posibilidades que Emmett O'Hara nos trajo a su vuelta. No pudieron creer, estos ancianos indecisos, que actuaba en interés de los dos mundos, de este nuestro y del que yace tras el Telón Atómico, el legendario Hemisferio Oeste. Y nunca aceptarán, a menos que los forcemos —y no hay casi tiempo que perder para que lo hagamos— la oferta que O’Hara nos trajo.

Este ofrecimiento vendrá a nosotros formalmente, y tendremos que actuar en seguida, en cualquier momento de estos próximos días. Yo os digo que, si aceptamos, nuestro mundo empezará a vivir de nuevo. Y el de ellos.

Deseo que, para tranquilidad de todos, pueda yo explicar en forma precisa, lo que le sucedió a O'Hara y a la magnífica criatura que él me presentó como su esposa. Y puede que, efectivamente, fuera su esposa: yo, al menos, así lo creo.

Con toda seguridad era su mujer, unida a él por todas las ceremonias de aquella extraña sociedad de la que ella procedía. Y si O'Hara tuvo tiempo, en el breve intervalo entre la entrega del Informe y su repentina y misteriosa desaparición, me es grato creer que cumplió con ¡as leyes bajo las que él nació y se educó, aunque sé que a nadie le hubiera importado —excepto a mí mismo— ni a O’Hara tampoco. En cuanto a ella, tal cosa no tenía ni la importancia de un chasquido de sus exquisitos y ágiles dedos. ¿Qué les habría parecido digno de valor, a estos dos, de todo el contenido de nuestra constitución?

Cuando ustedes sepan lo que ellos sabían —o, al menos, lo que conociera O’Hara—, cuando hayan ustedes experimentado el nadir de la desilusión y el cénit del vivir humano, ¿qué les podría parecer de valor sino el sabor del siguiente aliento?

Como dije antes, O'Hara se desvaneció. Entregó el Informe en Londres a las cuatro en punto de la tarde de su vuelta, que fue el día siguiente de Navidad. Inmediatamente fue a su antiguo piso de Bloomsbury desde el que me telefoneó al *«Observer»,* y, a las seis, estaba comiendo con él. A las ocho

ya le había escuchado la esencia del Informe. Fue entonces, cuando conocí a su esposa, si es que lo era.

A las ocho y cuarto los dejé, e, inmediatamente, fui al *«Observer»,* donde, durante dos horas, estuve conferenciando con el director de la Editorial, Edgar Soames, quien me dijo que la historia no podía ser publicada sin documento íntegro del Texto del Informe. El *«Observer»,* como Soames me recordó, tenía una probada reputación de periódico serio que había que respetar y ni siquiera la capital importancia de mi historia podía permitir que ésta se olvidara.

Muy bien, documentación. Volví al piso de O'Hara a las once, O'Hara no estaba allí, ni tampoco aquella espléndida criatura de cabellos rojos; bien, se habían ido también, y el piso mismo. Así me dijo, repetidas veces, el encargado de aquella propiedad. No había sido ocupado en ningún momento durante los tres últimos años. Seguramente yo estaba equivocado. ¿O'Hara? Nunca había oído el nombre de Emmett O'Hara.

No, el encargado no había oído nunca ese nombre. Y nadie, como pronto descubrí. Parecía ser una ilusión que yo había sufrido. Yo había permaneció dos horas escuchando su asombroso Informe, y no había habido nunca un tal O'Hara en la Patrulla Internacional y las cartas que yo había recibido últimamente de él no habían sido nunca escritas. O eran falsificadas, quizá.

Alguien se había movido muy rápidamente. Pero lo que yo no podía determinar era si había sido O'Hara mismo o la Oficina de Seguridad. Es esencial para mí —y para el resto de nosotros—, en esta hora de crisis inminente, confiar en la destreza y valor de O'Hara y creer que se las arregló para escapar. Aunque él haya agotado dos veces su suerte.

Esa era un frase que el propio O'Hara, acostumbraba a decir. «Yo he agotado dos veces mi suerte», me dijo en esa ocasión y después se echó a reír con aquella alegría que yo recordaba de nuestros días de colegio.

—¿Dos veces? —le contesté— Mil veces, diría yo.

—No me refiero a este asunto del que te he hablado —dijo O'Hara—. O, al menos, no a los peligros de muerte. Aunque —sonrió—, hubo también esa clase de peligros. Ven a la habitación contigua. Quiero que veas a Nedra.

—¿Nedra?

—Sí —dijo—, Nedra. ¿Has creído que la iba a dejar allí?

Le miré fijamente.

—¿Consta en el Informe?

—No por cierto. Es un asunto privado, pero los muchachos de Croydon la vieron cuando aterrizamos allí. Recuerdo su sorpresa, más incluso, me

supongo, que cuando comuniqué mi próximo regreso, y aquello los dejó estupefacto. ¿Vienes conmigo?

—Sí.

—Entonces, mantente detrás de mí —me aconsejó—. Y dame aquel chisme.

Se refería a una larga vara de madera labrada muy caprichosamente, de cerca de un metro de larga, puntiaguda en un extremo y pelada por las palmas de muchas manos. O'Hara la cogió, la echó por el aire y la volvió a coger ágilmente por el extremo más delgado, una habilidad que requería práctica.

—Muy útil —dijo— si el vivir es una cosa importante, aunque no estoy muy seguro de que lo sea. Vivimos demasiado, la mayoría de nosotros, y al final llegamos a creer que el vivir constituye un fin en sí mismo. Por eso necesitamos que sea cada vez más fácil, más agradable, sin pensar nunca que puede llegar a ser demasiado cómodo.

—Últimamente no lo has encontrado tú muy fácil, ¿no es así, O'Hara?

—No hasta que aterricé en Croydon —replicó— Pero fue hace ya cuatro horas y esto se va volviendo aburrido.

Agarró fuertemente la cachiporra de madera labrada.

—Y ahora, abre esa puerta...

De manera que la cosa se iba poniendo aburrida. ¿No es eso? Al cabo de tres horas O'Hara se habría desvanecido, él y Nedra, como si nunca hubieran existido. Tenía que convencerme de que no iba a obtener documentación para ningún artículo del «*Observer*». Debía de haber estado muy atolondrado por la alegría sincera de ver a O'Hara de nuevo después de haber supuesto que estaba perdido para siempre. Además, el impacto de lo que me había dicho había embotado mi sentido de la realidad. Por el momento yo vi el asunto como una historia tremenda para O'Hara y para mí mismo a causa de nuestro origen común.

Porque nosotros éramos amigos desde niños, fuimos juntos a la escuela, inseparables hasta que escogió su carrera de ingrata, aunque azaros, vida de piloto en la Patrulla Internacional. Yo no puedo decir que haya escogido mi propia carrera: fui arrastrado hacia ella como les sucede a muchos otros periodistas, haciendo primero esto y aquello hasta que, gradualmente, me dediqué a escribir sobre otros que, con más espíritu o mayores ventajas, hacían algo en el mundo.

Sin embargo nunca se me ocurrió, en aquellos lejanos días, que la mayor tarea a la que me iba a dedicar sería el escribir sobre O'Hara. Ni a él, estoy seguro. Aventuras, sí; él había deseado aventuras, pero no de la clase que interesara a nadie excepto a él mismo y, quizás, a sus familiares. La fuerte

emoción de la velocidad supersónica, la sensación de flirtear con la muerte por envenenamiento atómico, la constante perspectiva de zambullirse bajo la capa de hielo de los Polos a más de trescientos kilómetros a la hora, eso, quizás, O'Hara imaginaba que eran las últimas posibilidades de su carrera en la Patrulla. Y entonces, como siempre había deseado, estaría más cerca del enigma que, desde su niñez, le había absorbido, de volar a lo largo de la faja que formaba aquella densa pared de radiación que encerraba, como una semiesfera cristalina, el Hemisferio Oeste: el Telón Atómico.

Ninguna de estas eran carreras que un nativo de la Prefectura de Bretaña hubiera escogido, pero la verdad es que figuraban entre las más asequibles para nosotros. Nuestras familias habían venido juntas a Inglaterra en aquella gran emigración que, procedente de Norteamérica, había precedido al establecimiento del Telón Atómico. Recuerdo a O'Hara, que no tenía entonces ni dieciocho años, haciéndole preguntas a su padre una noche que fui a visitarle, como hacía a menudo, porque él era mi ídolo en aquellos días, mucho mayor que yo y mucho más osado. Yo nunca me hubiese atrevido a preguntar aquellas cosas.

—¿Por qué abandonó nuestra familia América? —preguntó—. Era nuestra patria, ¿no?

—Sí, nuestra patria —contestó su padre solemnemente, porque aquella palabra *patria,* todavía tenía un sonido particular, casi religioso, a pesar de lo anticuado que había llegado a ser—. Pues es que... nuestros antepasados y aquellos que opinaban de igual forma... creían que lo que América iba a hacer era una equivocación.

—Perdona, papá no veo el por qué —dijo O'Hara—. Si a los americanos, a los yanquis —y cómo amaba esa palabra—, no les gustaba el resto del mundo, ¿por qué no iban a poder separarse de él?

—Lo siento, Emmett, eres demasiado pequeño para comprenderlo — contestó su padre

—¿No es esa la respuesta que dan los hombres cuando ellos mismos no entienden una cosa? —insistió O'Hara, y yo contuve la respiración.

Pero su padre tomó en consideración aquello, como siempre hacía con todo lo que decía O'Hara ya que eran gentes llenas de lógicas, gentes que estudiaban las distintas formas de pensar. Al fin dijo:

—Sí, es verdad. Realmente nunca he comprendido por qué lo hicieron. Cuando yo tenía tu edad, le hice a mi padre esas mismas preguntas. Me parecía injusto que tuviéramos que abandonar lo que era, como a menudo yo había oído decir, una posición favorable en el mundo, en Norteamérica, para venir a este hemisferio, tan superpoblado, como emigrantes, como gentes que despertaban sospechas, como inferiores por nuestro nacimiento y ante la Ley, y sólo por obedecer los dictados de un ideal. Pero tu abuelo se expresó en

términos vagos sobre estos puntos. Después de todo él no recordaba el viaje, sino sólo que se había visto forzado a abandonar todas sus posesiones, a comenzar una nueva vida en un país que era ya demasiado pobre para sustentar a sus propios ciudadanos.

—Has acabado de mencionar un ideal —dijo O'Hara—. ¿Cuál era?

—Pues, que este mundo era, o debería haber sido, uno solo, uno que no tenía por qué estar irrevocablemente dividido por el Telón Atómico. Que si la Providencia hubiera deseado que fueran mundos separados, ella lo habría hecho así.

—Entonces era un ideal erróneo —dijo O'Hara—, porque si la Providencia hubiere intentado hacer de este un mundo único, lo sería en estos momentos.

Su padre sonrió.

—Ya es bastante, joven filósofo, ¡a la cama!

Y nos fuimos a la cama, pero no a dormir, porque O'Hara estaba excitado por la conversación. Yacía sobre el lecho con las mejillas apoyadas en las palmas de las manos, con sus ojos oscuros e incansables que parecían iluminarse con la intensa curiosidad de su joven inteligencia y hablando infatigablemente durante horas, aun después de estar yo medio dormido.

—Siempre ha sido así —me decía—. Retrocediendo incontables siglos en el tiempo se encuentra siempre uno con que gentes que se han decidido por un camino equivocado y lo han perdido todo por ello, describen sus motivos como obediencia a un ideal. ¿Recuerdas la historia de América?

—¿Cómo podría recordarla? —pregunté—. Nadie la enseña.

—Acostumbraban a hacerlo. Todavía existen libros de Oxford. Una gran lectura: la Revolución, la Guerra Civil, las tres Guerras Mundiales. Te quedarías asombrado de cuán a menudo se utiliza en ellos el mismo recurso: la obediencia a un ideal. Sí, supongo que es verdad. Aquellos que abandonaron el Hemisferio lo achacaron a un ideal. Y apostaría que es igualmente cierto que aquellos que permanecieron dentro de él, sabiendo que serían aislados para siempre del mundo que tú y yo conocemos, invocaron la misma excusa: un ideal los guiaba. Paz eterna, liberación de la necesidad y del miedo...

La campana de un reloj sonó en algún lugar de la casa. Era la una en punto. Sentí un escalofrío sin saber por qué.

—¿Y lo encontraron?, me pregunto yo. —La voz de O'Hara resumía—. ¿Qué les ha sucedido a los americanos en los doscientos setenta años transcurridos desde que montaron el Telón Atómico? ¿Qué le hubiera sucedido al resto del mundo, Europa, Asia y Africa, si no lo hubieran alzado?

Porque ellos formaban un pueblo maravilloso, de magníficas improvisaciones, de extraordinaria inventiva. Y no me refiero a las pequeñas cosas que ya tenemos, como la luz eléctrica y la radio, sino a las grandes cosas, las cosas sublimes que cambiaron el curso de la historia, o parecieron que lo iban a cambiar. La bomba atómica de los Álamos, la bomba de hidrógeno de Bikini y las pruebas de Yucca Flats conducían al mundo, por sí solas, por una nueva y extraña senda gloriosa del saber científico, y todo el mundo seguía por ella rápidamente. Todos nosotros íbamos a contar con las ventajas y horrores de la fisión atómica, hasta que...

—Lo sé muy bien —dije—. Hasta que estalló la Tercera Guerra Mundial.

O'Hara sonrió extrañamente.

—Entonces, tú has leído algo.

—He leído un montón de cosas —le repliqué—. Cosas contemporáneas e importantes, no los olvidados e inútiles libros de la Historia de América.

—¿Recuerdas, entonces, por qué terminó la Tercera Guerra Mundial?

—¡Oh, sí! Fue por el torio.

—Torio —susurró—. Sí, eso fue, el torio. ¡La más grande de sus improvisaciones! Cuando descubrieron la técnica para hacer la fisión del torio, del que tenían infinitamente más yacimientos que del uranio, ninguna coalición de fuerza que careciera de la fórmula podía retarles. Firmaron la paz que pretendían gracias a aquella fórmula. Y aquella paz prohibió la fisión atómica para todo el resto del mundo. Ninguna nación osaba investigar, ningún científico del Globo, excepto en América, osaba experimentar sobre aquella fisión, porque sabían que la más ligera radiación que fuera detectada por los aparatos registradores de Washington, podía ocasionar en el espacio de media hora la destrucción, el completo arrasamiento.

»Y así fue como conquistaron el mundo. Sin embargo, en vez de gobernar a ese mundo con quistado, prefirieron levantar alrededor y sobre el Hemisferio Oeste esa gigantesca sombrilla de radioactividad: el Telón Atómico. Y los dos continentes de América, el Norte y el Sur, se perdieron tras él completamente, como si se los hubiera tragado el mar que baña sus playas.

—A pesar del torio, debían de tener miedo —dije.

O'Hara se mofó de lo que yo acababa de decir.

—¿De qué? Quizá de ellos mismos, de su propio poder pero, desde luego, de nada más. Podían destruir las demás naciones del mundo, por eso éstas, que lo sabían, no se han arriesgado a realizar investigaciones, por temer aún la lluvia de proyectiles de cabeza atómica que podría llegar aullando

desde el otro lado del Telón Atómico. Aun hoy, a pesar de haber transcurrido siglo y medio, estamos tan obsesionados, que mantenemos la Patrulla Internacional volando incesantemente por el exterior de la franja radiactiva, con la estúpida esperanza de que, si la lluvia de cabezas atómicas viene en camino, seamos advertidos de su próxima llegada. Pero, ¿qué ventajas hay en ser avisados? Quizá contar con algunos minutos para rezar; porque no hay defensa alguna. Es un estúpido e inútil terror que ha llegado a ser posible porque más allá del Telón todo es misterioso para nosotros, porque detrás hay algo que no podemos comprender...

—Y sin solución —indiqué.

Pero O'Hara no me oyó.

—Eso es —gritó—. ¡El Misterio! El más grande, y desconocido poderío, en una tierra incógnita. Me sorprende que nosotros, temiéndoles tanto y sin saber nada de sus intenciones, no los adoremos, parque el miedo, la ignorancia y el misterio son los requisitos indispensables para crear un ídolo. ¡Una raza de dioses mitológicos!

—Pues que lo sean —dije—. No me gusta pensar que desciendo de una raza de dioses. Se me hincha de vanidad el yo y no lo puedo resistís. ¿Puedo dormir ahora?

—Ni siquiera una raza de dioses puede quitarte el sueño —dijo O'Hara, y apagó la luz.

Era una idea fija. Lo que había dicho era verdad. Más tarde conseguí acercarme a aquellos olvidados e inútiles libros que estaban amontonados y llenos de telarañas en un sótano desordenado de Oxford, pero para la mayoría de nosotros, que escudriñábamos como los insectos en busca de comida, los dos continentes perdidos del Hemisferio Oeste no eran más importantes que los anillos de Saturno, un fenómeno que no afectaba en forma drástica los precios de los huevos. Sabíamos, desde luego, que el Consejo Mundial mantenía a la Patrulla Internacional circunvalando el Telón Atómico a la menor distancia posible, pero aquel era un problema que afectaba a los Doce Ancianos de Génova lo mismo que el gradual crecimiento en extensión de las capas de hielo de los Polos. A ellos, a O'Hara y a los suplementos dominicales de los diarios.

La cuestión era que habíamos pasado toda nuestra vida con el conocimiento vago del Telón Atómico y que el asunto era demasiado fantástico como para que lo comprendiéramos o nos importara a la mayoría de nosotros. Era como los hongos del bosque, que por ser venenosos no los tocábamos y por tanto llegábamos a ignorarlos. Recuerdo un pasaje de uno de los libros que desenterré de Oxford, una cosa curiosa, seguramente una engañifa, y sin embargo explicada con un lenguaje pomposo, queriendo decir que sostenía la opinión de un eminente hombre ce ciencia de una famosa

universidad, de un lugar llamado Harvard, que suponía que la vida era posible en Marte. Sin embargo ni en la historia de América de aquel periodo, ni en ninguna de las poblaciones contemporáneas, pude encontrar la menor señal de alarma ocasionada por ello. Había vida en Marte. Lo más seguro es que a nadie se le ocurriría comprar municiones de sobra para su arma, ni acumular alimentos, ni beber hasta morir, ni acudir a las iglesias con más devoción que antes, a causa de aquella remota posibilidad. ¿Quién iba a ir a Marte? ¿Y quién, en nuestros tiempos, excepto los pilotos de la Patrulla Internacional, iba a aventurarse a las zonas bien determinadas y, afortunadamente, distantes, contaminadas por el Telón Atómico?

Sin embargo, debo admitir que algo de la fascinación de O'Hara por todo aquel asunto se me contagiaba por sus cartas que recibía desde aquellas frígidas bases aéreas desde las que partía la Patrulla. Había noticias en ellas aunque yo no siempre podía captarlas.

La primera carta la recibí al mes de pertenecer al equipo del «*Observer*». O'Hara, por aquel entonces, había terminado sus estudios para ingresar en la Patrulla Internacional y estaba prestando sus primeros servicios a la base más detestada de la Patrulla, con sólo el Antártico tras él y la extensa capa polar, teniendo como más próxima a una ciudad de tan poco importancia como Hobart, en Tasmania, que estaba en el punto opuesto del Círculo Antártico en que se encontraba su base.

Debió de haber sido un trabajo aburrido el volar desde las islas de Falklands a South Shetland, ensordecido por los rugientes chorros y cegado por las espantosas galernas que cabalgan alrededor del Cabo de Hornos y, para variar, el constante golpeteo del indicador de radiactividad que le iba informando cuán rápidamente se aproximaba al límite Sur del Telón Atómico, que en aquel lugar, se encontraba muy próximo, abarcando la capa de hielo misma y el violento mar de más allá.

¿Trabajo aburrido? Recuerdo la primera carta de O'Hara: «Un cielo negro se une con el agua, aún más negras en un horizonte intensamente oscuro, un horizonte que es como una cinta de luto colocada, constantemente, más baja que el nivel de mi mirada, como si quisiera advertir que estos fueran mares y cielos muertos. Pero este disfraz es engañoso porque no están muertos. La estridente violencia con que deben haber nacido los planetas suena aquí aún, como un eco, como el viento rabioso que debe haber aullado a través del infinito cuando la Tierra se desgajó para separarse del Sol. Y enfrente, a quince kilómetros de distancia quizá, la Barrera de la Muerte, invisible, de pie y vibrando.

A la velocidad a que suelo volar, un error de un segundo me lanzaría contra ella. Helado un instante y al siguiente tostado hasta los huesos. ¿Qué grosor tiene esa pared? Los cálculos más dignos de crédito dicen que trece kilómetros. Sólo trece kilómetros de radiactividad, una distancia que podría

yo recorrer en menos tiempo que el que tú necesitas para doblar tus dedos hacia la palma de la mano; quizá mi aparato, en este mismo momento, podría zambullirse en ella. Creo que puede hacerse. Creo que yo mismo podría intentarlo por el extremo Sur de Sudamérica y cuando estuvieras paseando por el despacho de la editorial del «*Observer*», en Londres, yo habría ya roto el Telón Atómico y aterrizado en aquella costa que una vez se llamó Patagonia. ¿No es esto un desafío? ¡Un reto terrible para llegar a ser el primero que en doscientos setenta años alcanzara los dos continentes perdidos! Pero tiene el inconveniente de que moriría y que, por tanto, no podría gozar de mi triunfo como lo hizo el magnífico Balboa sobre un pico de Darién.

Vi al Telón, cumpliendo con su rutinaria misión, un día de la pasada semana. Yo iba volando muy bajo, a menos de treinta metros de la superficie del mar, haciendo la acostumbrada medición de la radiactividad del agua. Esto lo hacíamos en todos los vuelos, comprobar la contaminación del mar que, generalmente, es constante, esparciéndose bajo el Telón hasta una distancia de ochenta kilómetros pero decreciendo en actividad con una precisión casi matemática. Sin embargo, cuando hay una poderosa galerna soplando en dirección sur o hacia el oeste del Telón y que parte del extremo que una vez fue llamado Chile o Argentina y que actualmente está abarcado por el Telón, las corrientes superficiales algunas veces se ven obligadas a invertir su acostumbrada marcha alejándose de la capa Polar, el legendario cabo de Hornos, de los primitivos marinos, y la contaminación se extiende mucho más hacia el Antàrtico antes de difuminarse.

Ni qué decir tiene, nuestra base en las Falklands está ligeramente contaminada; todas estas áreas limítrofes lo están, y todos nosotros estamos ligeramente tocados por la enfermedad atómica, tal como los que viven en los trópicos padecen de malaria. Ya sabes cómo es: náuseas de vez en cuando, diarreas continuas, tendencia a sangrar por las encías, conjuntivitis y... bien, la condenada caída del pelo, la calvicie. Diez años más de esto y pareceré un huevo de alcatraz. Eso me aterroriza. Actualmente, sin embargo, estos son sólo tendencias, ya que no nos exponemos más allá del más lento tictac de nuestros registradores. No nos arriesgamos, esta es nuestra Patrulla, no una unidad de combate, porque no hay nada contra qué combatir. Nada, absolutamente nada, sólo esta cortina invisible situada a una latitud y longitud fija en cada medio metro de sus decenas de miles de kilómetros, con la única variación, en la superficie contaminada, que antes mencioné. Lo que me recuerda lo que iba a decirte.

Estaba patrullando a treinta metros sobre la superficie del océano, cuando vi enfrente, y no sobre la negra cinta que formaba el horizonte y que antes te he descrito, un extraño objeto oscuro que, al parecer, flotaba sobre las aguas. Inmediatamente cambié de rumbo para dirigirme hacia aquello, pero, cuando había alcanzado el límite de radiactividad que se nos permitía, la cosa negra estaba a quince o más kilómetros de distancia.

He debido de estar, en aquel instante, exageradamente cerca del Telón. ¡Si es que no estuve metido en él! Pero aquel objeto se dirigió hacia mí a través de la mar gruesa. Era el primer objeto móvil que veía en este sector.

Me vi obligado a dar la vuelta. En una fracción de segundo lo perdí de vista. Por estar atravesando una galerna sólo tenía combustible para unos minutos de vuelo. Describí un arco cerrado y volví a aproximarme. El objeto seguía allí y seguía aproximándose.

Estoy seguro de que si el Jefe de mi escuadra hubiera estado vigilándome, me habría dado un destino en tierra para toda la vida, porque, en los diez minutos siguientes, volé describiendo, quizás, unos cien óvalos, aproximándome al objeto, retirándome de la contaminación, otra vez, y otra vez de nuevo, intentando mantenerme en contacto con él hasta que estuviera lo bastante cerca para inspeccionarlo. Entonces me di cuenta de que el combustible no podía ya ser gastado sin peligro; por tanto informé por radio a nuestra base de Falklands y continué mi ruta a Shetland del Sur.

Una fuerte nevada se me echó encima, aullando, minutos antes de aterrizar y me dejó sin visión. No sé qué hubiera pasado si llego a perder otros cinco minutos en trazar aquellos óvalos. Desde luego me asustó. Supongo que llegué a enamorarme demasiado de aquel condenado misterio.

Pero detén tu fantasía literaria un momento. Hay una continuación, porque volamos en dobles patrullas durante toda la siguiente semana. El objeto oscuro no volvió a ser avistado de nuevo sobre la superficie del mar; la ventisca, supongo, lo impidió, obscureciéndolo todo. Entonces, justamente ayer, una patrulla que volaba sobre las Islas Orcadas observó un zumbido molesto en su registrador de radiaciones. No poda ser que la contaminación hubiese llegado tan al suroeste del Telón. Lanzamos una docena de aviones en aquel sector en menos de media hora y, finalmente, destruido sobre la peñascosa playa de la Isla de la Coronación, encontramos a nuestro objeto oscuro.

Estaba caliente, muy caliente, demasiado para examinarlo con detenimiento. Hicimos descender un anfibio junto a Coronación. Su equipo trabajó durante algunas horas con cámaras provistas de teleobjetivo. ¡Las películas acaban de ser reveladas aquí! ¡Y realmente teníamos algo!

Lo que habíamos conseguido, tan exactamente como pudimos determinar partiendo de una granulosa lámina, era una especie de barco construido con troncos de árboles, un navío tosco y de pocas dotes marineras, te lo aseguro, pero que tenía la virtud de ser insumergible. Había una cabina o algo que se le parecía, con algunas sábanas de un material brillante, parecido al asbesto: sobre ella, juntos y extremadamente confusos en la impresión, se veían tres objetos negros que decidimos debían ser hombres. Es decir, lo debieron ser una vez, antes de que penetraran en el Telón Atómico. Ahora

estarían carbonizados, pero las formas de los brazos y de las piernas, aunque distorsionados por una muerte tan horrible, se mostraban distintamente. Sobre un barco de troncos, tres hombres que venían... ¿de dónde?

De las islas Sándwich, probablemente. Eso representaría un viaje tremendo, miles de kilómetros a través de un temporal pésimo, pero, ¿de qué otro lugar situado en mares tan desolados podían venir?

A menos que quieras imaginar conmigo la más improbable de las fantasías, a menos que vinieran ¡del otro lado del Telón Atómico! ¡Del Hemisferio Oeste, de los perdidos Continentes! Completamente absurdo, desde luego. Sabemos el grado que ha alcanzado su civilización. Ellos, ahora, no utilizarían barcos de troncos tan toscamente construidos y, con toda seguridad, si los construyeran, no zarparían en ellos para atravesar el Telón. No, eso era pura fantasía, pero, sin embargo, me gustaba pensarlo. Hubiera renunciado a mi próximo ascenso con tal de subir a la cubierta de ese barco. Pero no estoy aún dispuesto a dar mi vida, que es lo que seguramente me costaría. De aquí a diez años, posiblemente, cuando la contaminación haya desaparecido, si es que desaparece, y si es que para aquel entonces nos importa un bledo, en la isla de la Coronación, en el Antártico, estarán todavía los restos de un barco que podría revelarnos cómo es el hombre, de hoy en día, que está tras el Telón.

¡Ah!, otra cosa...»

Sí; aquella carta estaba llena de noticias, pero, en vez de echarle cuenta, lo que hice fue utilizarla como base de un guion que quedó bastante bien y que debió hacer que el viejo Julio Verne se removiera en su tumba. ¡Buena lectura para muchachos en un sábado lluvioso!

O'Hara volvió a Londres dos años después, cuando iba a Estocolmo para ser destinado a otra misión. Lo pude ver en su piso de Bloomsbury. Por aquel entonces ostentaba ya las tres barras doradas y el medio globo de teniente, y en su brillante uniforme azul parecía más que nunca un hombre desplazado, porque no había muchos pilotos de la Patrulla, y menos como O'Hara, que estuviesen paseándose por las calles de Londres, tan alejadas de sus rutas obligadas. Había aumentado de peso, bastante; sin embargo se las había arreglado para absorberlo, de algún modo, en forma compacta: uno ochenta y ocho de alto, noventa kilos de peso, rostro moreno y curtido, sólo algo menos oscuro que el de un polinesio, y un espeso y azabachado cabello, porque su predicción no se había realizado, su cabeza no era ningún huevo de alcatraz.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté—. ¿La enfermedad atómica?

Se echó a reír y terminó su trozo de asado antes de contestarme.

—Eso está ya olvidado —dijo por fin—. Uno llega a sobreponerse. Supongo que se produce una autodefensa que permite tolerarlo. El primer año

es poco duro, se puede determinar quién es novato por sus ojos irritados y el color enfermizo que traspasa el rostro curtido por el viento, como si hubiera una luz amarilla bajo la piel. Y eso que nunca se hace frente más que a 0,165 milésimas de roentgen a la hora. Después, de repente en cosa de un mes, uno se encuentra en forma y puede sobrepasar esa medida, con casi absoluta falta de peligro, hasta 0,225, esto es, uno está fuera de peligro por cortos períodos de tiempo y a menos que no sea un condenado loco y se meta dentro del Telón. Eso no se puede tolerar, aunque no puede comprobarse, porque no tiene uno tiempo. Se convierte uno en ceniza casi instantáneamente.

—¿Se pierden muchos cadetes?

—Un porcentaje —porcentaje definitivo— de un tres por ciento. Se ve claramente que no comprenden que todo esto ha sido estimado con toda exactitud y que no hay margen de error. El Telón es constante, y la forma del suelo debe serlo también, exceptuando las variaciones producidas por las galernas, ante las cuales, sólo existe una regla: correr como un demonio hacia el sur antes de que el avión sea atrapado por el Telón. Tuvimos el último verano a un nuevo elemento que...

Hizo una pausa. Sus hombros cayeron hacia adelante y sus ojos me miraban sin verme, tal vez recordando la Antártida. Sus dedos golpearon la mesa lentamente tres veces.

—¿Qué le pasó? —dije.

O'Hara saltó. Parecía increíble, pero eso fue lo que hizo exactamente, saltar como si le hubiera dado un grito.

—Perdona —me dijo, y se echó a reír de repente—. Perdí el hilo por un momento. Nunca supimos con exactitud qué es lo que pasó. Un error de lectura de sus instrumentos, seguramente. Debió confundirse. Eso es lo que puede ocurrir y ocurren a veces cuando hombres sin experiencia llevan a cabo esos largos vuelos sobre la superficie del agua. Quizá se les nubla la vista. Otra posibilidad es que... bueno, seguramente esa clase de gente no llegan, la selección por la que se pasa los elimina, pero es que también hay un gran interés en cubrir las vacantes, dada la pérdida de un 30 por ciento. Si un candidato es capaz de pasar por un meticuloso examen para determinar la capacidad de resistencia a la fatiga y la reacción emocional, es aprobado.

—Seguramente son sometidos a toda clase de emociones ¿no es verdad?

—Sí; hasta el máximo, pero no resulta ser lo suficientemente selectivo. No lo fue al menos en el caso de Anstruther.

—¿El novato que mencionaste?

—Sí. Estaba en mi escuadrón con base en las Falklands. Un muchacho muy agradable, bien constituido, con cara de ángel, rubio y de ojos azules.

Muy bien educado además, y quizá más bien religioso. Había intentado entrar en un seminario antes de que le atacara el microbio de la Patrulla. Me gustaba, me recordaba a mi mismo cuando llegué allí. Ya sabes, impaciente, con mucha imaginación. Creo que eso era lo peor, su imaginación. En su último vuelo, uno de los que él había ya recorrido una docena de veces por entonces, bajar hacia Shetland del Sur, sucedió que yo estaba a la escucha en la chabola de la radio. Eso no formaba parte de mis obligaciones, pero me tenía preocupado. ¿Era sólo una corazonada, o algo más? Sospecho que yo sabía, basado en mi propia experiencia, cuál era la opinión que tenía sobre aquellos vuelos y que debería haberlo sustituido. Pero no lo hice, no lo hice porque me repugnaba hacerlo, porque no había razón alguna en la que basarse, porque sería historia pura el exigir un informe sobre él, ya que el equipo médico le había dado el visto bueno. De manera que por eso estaba yo escuchando sus llamadas sintiendo que mi culpabilidad estaba sólo latente, justo a punto de ordenarle por radio que diera la vuelta, que se alejara de aquel Telón ahora que podía... volver.

Los dedos de O'Hara dieron aquellos tres rápidos golpecitos sobre la mesa, una vez más. Después continuó:

—¡Era todo tan rutinario! Seguí convenciéndome a mí mismo de que no tenía por qué advertirle nada, que todo era pura rutina. Una serie de lecturas de latitud y longitud, la constante vigilancia del medidor de miliroentgens... todo completamente sin peligro alguno. El seguía conservando la distancia hasta el Telón y había pasado la latitud del Cabo de Hornos, el punto desde el cual no hay ya un peligro extraordinario, porque el Telón termina allí y el resto del viaje se hace volando superficialmente sobre las aguas en dirección a la base Sur Shetland. Empecé a tranquilizarme. Me estaba diciendo a mí mismo que los hombres con presentimientos son los primos espirituales de los radiestesistas, de los zahoríes y de las pobres gentes que miran, como miopes, a bolas de cristal, cuando de pronto, la voz monótona de Anstruther cesó.

»Aquello podía suceder en todo momento, y sin embargo el silencio pareció abofetearme. Fue exactamente como una fría bofetada en el rostro. No fueron ni cuatro segundos de completo silencio. Después, la voz de Anstruther volvió de nuevo, pero era un grito.

»No de terror. Quiero aclarar bien esto, que no era terror. El muchacho simplemente estalló. Excitado. Una excitación que a mí me pareció llena de júbilo. Como si estuviera animando a su tripulación para alcanzar la victoria, una intensa vibración en la radio y estas palabras: ¡Se fue! ¡Se fue! ¡No funcionan ya los contadores! ¡No puedo localizarlo, se ha ido, el Telón:

»Después nada. Ni una sola palabra, nunca más. Ni encontramos la menor huella, ni de él ni del aparato.

—¿Y ustedes pensaron que...?

—No, no —dijo O'Hara—. Estuvimos haciendo suposiciones, pero sin base alguna para determinar nada. Ni el más ligero indicio, ni la menor pizca de un hecho. Volando a más de mil seiscientos kilómetros a la hora podía haber hecho cualquier cosa una vez que él hubiera perdido su propio control. El fondo del mar...

—¿O chocar contra la Cortina?

—Sí. Con toda probabilidad.

—¿Y atravesarla?

—Tú estás acordándote de una de aquellas estúpidas cartas que te escribí cuando llegué allí por primera vez. No sé, no hay seguridad. Sin embargo, lo que yo creo es que su aparato quedó convertido en átomos. No creo que haya conseguido atravesar el Telón. Por lo que quiera que sea, Anstruther perdió simplemente el control sobre sí mismo, pues las indicaciones que él leyó establecían definitivamente que no estaba cerca de la Cortina cuando cayó; su última lectura en milésimas de roentgens estaba entre los límites ae completa seguridad; cuando su mente se oscureció, interpretó erróneamente lo que sus instrumentos le decían. Aquello lo mató. De todas formas, y poco importa cómo, aquello lo mató. ¿Tenemos tiempo para el budín? Salgo para Estocolmo a las tres y diez.

No fui a Croydon para verlo marchar. En la Patrulla no les gusta. Las despedidas, me imagino, son deprimentes, aunque estoy seguro de que no podrían deprimir a O'Hara. Nada era suficiente para eso, incluso el destino de Anstruther. Los cadetes llegan y se van, y si sus oficiales toman demasiado en cuenta a ese desafortunado 30 por ciento, había siempre las sanas reglas de los Doce Ancianos de Génova que habían concebido, además de su latente y estúpido miedo, la organización de las operaciones, en conjunto, de la Patrulla. Aquellos que se volvían malhumorados eran, simplemente, destituidos. Gastados, como ellos se expresaban, gastados, fuera de uso, descartados. Pero con elegancia y confort, como viejos caballos de carreras.

Un año pasó antes que O'Hara escribiera que había conseguido su ascenso a capitán. Estaba destinado entonces en la base de la isla de Wrangel, a ciento cincuenta kilómetros de donde Telón cambiaba bruscamente de dirección h el extremo de Siberia, surcando las Montañas Anadyr y cerrando el paso hacia las Indias, estrecho de Bering.

«Piensa en los esfuerzos que se hicieron — *escribía* hablando del estrecho—. El antiguo de Noruega, Bloodyaxe, cazando ballenas y morsas llegó, por entre los témpanos de hielo y dirección Este, hasta Nueva Zembla, en la costa de Siberia. Sebastián Cabot, en tiempos de Enrique VIII, buscando un paso septentrional para Catay, ¿o habéis enterrado esto bien lejos vuestros libros de historia? Y John Rut, de Plymouth, y Hugh Willoughly, que pereció

con sí hombres en la península de Kola, y el viejo Brentz, el invencible, y Henrik Hudson yendo hacia el oeste por los hielos polares y viéndose forzado a explorar los lugares del continente q hace ya tanto tiempo han vuelto a perderse d nuevo, la Bahía y el río de Hudson, y que fina mente murió con su hijo más joven, a bordo un bote arrastrado por las corrientes de esos mismos mares que habia descubierto, hasta que en 1728 el viejo Vitus Bering, trabajando para e gran Zar Pedro, avanzó hacia el este desde Ojotsk y descubrió, al fin, el estrecho. Sí, historia, amigo mío, centenares de hombres pereciendo valientemente, y ahora su trabajo perdido, el estrecho cerrado por ese Telón impenetrable.

»El tiempo se acorta aquí. En un día puedo estar sobre el Golfo de Anadyr, muy cerca del Mar de Bering y a menos de mil kilómetros de donde nuestros antepasados lanzaron los cohetes que destruyeron el puerto de Vladivostok en la Tercera Guerra Mundial, la gran base que estuvo en Alaska, en Nome. Puedo estar sobre el Golfo de Anadyr al amanecer, atravesar las Montañas de Anadyr en dirección a nuestra base de Wrangel y, antes de que se me acabe el combustible, aterrizar en la isla Bear, que guarda al río Kolyma que desemboca al Nordeste de Siberia. Repuntando puedo llegar de golpe a la Isla de Nueva Siberia o a una de nuestras bases de operaciones cercanas al río Lena, como Barkin, despegar con más combustible en dirección al Yenisey, tomar tierra en las de Francisco José, rozar el fiordo de Hielo, en las Spitzbergs, aterrizar en Estocolmo y estar contigo, para el asado, en el Swall, por la noche. El personal de tierra, para el servicio de suministro, en los puertos que están situados a lo largo de las líneas aéreas, lo pueden decir. Desde las huellas de Vitus Bering, año 1728, al Swall de Londres, año 2230, en un sólo día de vuelo. Por eso, ¿qué es el tiempo?

»Pero es una ruta ideal la que te acabo de trazar, lo fácil de la misión, los puntos entre los qur me gustaría volar a todos. Porque realmente, después que el Telón pasa por la longitud de Wrangel da una vuelta mucho más cerrada hacia donde suponemos debe encontrase ya la tierra del continente de Norteamérica, pasa por el Sur del Polo situado a nuestro lado, pero a larga distancia y cruza las vastas sábanas flotantes de hielo, recién nacidas, en su camino hacia la punta norte de Groenlandia. Y para que la Patrulla sea algo efectivo debemos volar trazando triángulos isósceles, en dirección al Telón y partiendo de nuestras bases situadas en líneas a lo largo de lo más septentrional de Europa y Asia. No podemos volar mucho tiempo cerca de la Cortina en el Ártico, sino que debemos volar hacia ella y después volver, una serie de dedos exploratorios extendidos hacia el Telón, lo que resulta ser más duro que nuestras patrullas del Antártico. Sobre el agua —que quiere decir hielo— y sin ver tierra alguna. Problemas de vuelo. Añade a esto la angustia... la palabra evitada. No debemos nombraría.

»Pero yo he visto más del Norte de Europa y Siberia en estos últimos doce meses que todas las expediciones de los zares y de los Bolcheviques

moscovitas hayan podido explorar en miles de años. Las ruinas de sus civilizaciones yacen esparcidas a lo largo de esta vasta masa de tierra de Eurasia, con sus inmensas bolsas heladas en los lugares donde antes se erguían ciudades, las cicatrices de la Tercera Guerra Mundial. A través de este aire por el que volamos ahora, la primera nube de cohetes llegó del continente de Norteamérica, allanando toda Rusia al mismo nivel de Moscú antes del ultimátum y de la rendición. Una barrera de proyectiles hormigueantes. Yo he visto la prueba de que no perdonó nada, ni a las ciudades, ni a los bosques, ni a los témpanos de hielo ni a la tundra. Todo está allí, bajo nuestros aparatos, como recuerdo de nuestra última guerra, la realmente Gran Guerra que hizo pedazos el sistema político de Europa y Asia y que nos obligó a la creación de nuestro Consejo Mundial de Naciones y a la división de la Tierra, situada fuera del Telón, siguiendo el sistema de Prefecturas, manteniendo los viejos nombres de naciones que no significan ahora absolutamente nada.

»Sí, aquí, en el norte helado, fue la tierra nuevamente moldeada según el sistema que conocemos en la actualidad, antes de que el Hemisferio Oeste se retirara, finalmente tras la Cortina.

»Por eso para nosotros, los de las Patrullas, el tiempo parece achicarse. El pasado está con nosotros. Somos verdaderamente, los guardianes del pasado, porque si hubiese un futuro —que significa un cambio— yace más allá de la Cortina, entre las gentes del Hemisferio Oeste, ya que son los únicos que poseen el conocimiento de cómo levantar y mantener este Muro de la Muerte. ¿O es en realidad para ellos un Muro de Vida? ¿Qué maravillas no habrán ellos alcanzado en sus doscientos setenta años de progreso aislado y sin impedimentos? ¿Qué nos queda a nosotros como gran aventura si no es el atravesar...?

»No, te diré que estoy muy cerca de estar gastado. Esa sucia palabra se abre paso de nuevo a través de mi mente, la palabra que no debemos ni susurrar entre nosotros, los de la Patrulla... la angustia. Pronto, no lo dudo, estaré de vuelta en Londres, tan fracasado como el pobre Anstruther, otra víctima de la proximidad del Telón. Ya puedes irme preparando una pequeña casa cómoda para mí.»

Pero O’Hara no iba a volver a Londres tan pronto como se imaginaba. He incluido aquí estas cartas para que sirvieran como indicación de su agudeza mental, de cuán cerca estuvo de las verdades científicas mientras vagaba de aquella extraña manera. Pero este no es un periódico científico, y mi objetivo principal es ahora un tema político, particularmente económico, si es que hay alguien, hoy en día, que pueda apreciar la diferencia entre ambas cosas. Mi meta es la Verdad y la revelación de ella tal como yo la conseguí de Emmett O’Hara aquella tarde de su vuelta; un año y unos días después de haber desaparecido mientras patrullaba por los contornos de su base en la isla Wrangel.

Dos días antes de Navidad, el 23 de diciembre de 2.228, supe que O'Hara se había evaporado. Su padre me telefoneó tan pronto como recibió el telegrama para preguntarme si era posible que, por medio del *Observer,* se pudiera obtener una información más amplia. Pude enterarme de algunos detalles, pero no eran muchos.

O'Hara dejó la base de la Patrulla Internacional en Wrangel para un largo vuelo rutinario hacia la Cortina a las 12'15 del día 20 de diciembre. Su orden de vuelo era llegar a los siete grados de latitud y volar a lo largo de ella hasta que el registrador de radiaciones llegara, a 0'25 milésimas de roentgens a la hora, que era el máximo que se permitía, incluso para los veteranos. Tenía después que girar hacia el oeste, durante quinientos kilómetros a lo largo de la franja del Telón, más tarde volver hacia Wrangell y llegar a la una de la tarde. Tenía que tardar tanto porque tenía que ir leyendo constantemente las indicaciones de los instrumentos y para ello había que mantener al aparato a una velocidad media. Despegó con una carga más que suficiente de combustible, ya que su rango de capitán le permitía extender el vuelo, en caso necesario, pero siempre sometido a la comprobación por radio.

O'Hara alcanzó el grado setenta de latitud 7 llegó junto al Telón. De todo eso iba informando por radio cada tres minutos. Poco después, cuando empezaba a recorrer los quinientos kilómetros de vuelo a lo largo de la Cortina, de acuerdo con las órdenes recibidas del Coronel Alfred Tournant, comandante en jefe de la base de Wrangell, O'Hara informó sobre una súbita galerna, con violentos vientos en dirección sur y trastornos eléctricos, pero nada que su aparato no fuera capaz de atravesar. A las 12'34, según el Coronel Tournant, se oyó la voz de O'Hara:

—O'Hara, vuelo Doce, Latitud 74, Longitud 163, Miliroentgens 0,255, un poquito cerca, ¿eh?, Kilómetros por hora 1.400 y retrasándome; hay un gigantesco cúmulo que se va formando y yo... ¿Tournant? ¿Me escucha? No me gusta esto... los relámpagos son cada vez más seguidos... ¿Tournant? ¡Pido permiso para cambiar el curso inmediatamente! Miliroentgens 0,268... Me dirijo por el Norte, hacia el Polo. Kilómetros por hora 1.600... pero no... puedo... salir...

Unos crujidos, producidos por parásitos atmosféricos, ahogaron su voz.

Y aquello fue todo.

Estos eran, en realidad, todos los detalles que había sobre la desaparición de O'Hara. En el corto tiempo necesario para pronunciar una docena de palabras había estado bromeando para, súbitamente, empezar llamando a Tournant con alarma. Y cambiando el curso. Y aquellas palabras finales: «...pero no... puedo... salir...»

El diez de marzo llegó a Londres, inesperadamente, el Coronel Tournant y el *Observer* me envió para hacerle una entrevista. Tenía una

espléndida hoja de servicios en la Patrulla y se le consideraba el futuro Jefe, con toda probabilidad el próximo Vice-Mariscal. El *Observer* no necesitaba enviarme, nadie, excepto la misma oficina de Seguridad podría haber evitado que fuera a verle. Me recibió en sus habitaciones del Claridge y, después de estrecharnos las manos, me indicó una vitrina-bar bien surtida de licores.

—Encontrará algo que le guste —dijo—. Deje que le ayude. ¿Usted?... ¿eh?... ¿usted conocía al capitán O'Hara?

—Desde la niñez —repliqué—. Mi mejor y, quizá, mi único amigo.

El coronel Tournant sonrió rápidamente. Era un hombre pequeño y gallardo, lo que yo consideraba el material base para un ordenancista, de espesos bigotes, ojos castaños y con el cutis tostado como la mayoría de los hombres en la Patrulla, unos modales nerviosos y una forma de hablar deshilvanada.

—Sí, usted también lo ha pensado —dijo—. O'Hara producía en todo el mundo esa impresión. Puedo deducirlo por la forma en que usted habla, aunque... usted es también un emigrado ¿no es verdad? Descendientes de los yanquis de O'Hara. Algunas de las palabras que usted utiliza como él, alguna de sus inflexiones. Él era también mi mejor amigo, aunque no de la niñez. ¿Qué edad me echa usted?

La pregunta me sorprendió. No parecía venir a cuento.

—Cuarenta y cinco —calculé.

Removió sus dedos entre el pelo.

—Mi cabello está lo bastante gris para pensar eso —dijo, y su sonrisa era un tanto forzada—. Pero tengo treinta y dos, seis años más viejo que O'Hara. Y aquí estoy, en Londres, en mi estación término... estoy gastado.

—¡Gastado! Pero si creíamos...

—Lo sé —saltó—. Usted suponía que estaba entrevistando al próximo vicemariscal de la Patrulla. La verdad es que estoy acabado. A los treinta y dos años, estoy acabado.

—Eso es una noticia —indiqué—. ¿Me permite publicarla?

—¿Por qué no? No es una desgracia. —Se encogió de hombros—. Escogí yo mi profesión. He perdido el estómago en el trabajo. Si éste fue capaz de atrapar a O'Hara sé condenadamente bien que estoy demasiado viejo para llevarlo a cabo. Si hubo alguna vez un piloto a quien considerara superior, alguien que no podría... bueno desintegrarse... era O'Hara. Tenía todo lo que hace falta para el trabajo: tranquilidad y cerebro, ingenio y una completa falta de miedo. Sin embargo el Telón lo cogió.

—¿El Telón? Perdone, coronel, creí que había sido la tormenta. Él dijo,

en su última comunicación por radio, que no podía salir...

—No sea asno —saltó Tournant—. O'Hara sabía lo que era mal tiempo. Además, yo, personalmente, volé un centenar de horas por el sector de su última llamada y no había resto de avión alguno. ¡Y volé mucho! Envié, además, cuatro escuadrillas. Hubiéramos encontrado la pluma de un albatros si hubiera estado allí. No hubo ninguna maldita tormenta. El Telón fue lo que atrapó a O'Hara. ¿Recuerda cómo se sucedían las lecturas en su última llamada por radio? Miliroentgens 0,255 y, irnos segundos después, miliroentgens 0,263. ¿Se da cuenta del salto? ¡En segundos, fíjese! Y durante esos segundos él creía que estaba dando la vuelta hacia el Polo, es decir, alejándose de la Cortina. ¿Quiere saber lo que pasó? Que su mente se desintegró. La mejor de las inteligencias, la más estable, y conste que O'Hara la tenía verdaderamente, no puede soportar esa constante tensión, sin que suceda de pronto lo imprevisto.

Se me quedó mirando belicosamente. Después chasqueó los dedos.

—Como esto, amigo chupatintas; la mente se obscurece y es el fin del piloto. No, gracias. Ya he tenido bastante. Cultivaré rosas, rosas de té, y, cuando yo muera, no tendrán necesidad de manejar mi cuerpo con tenazas. ¿Otro trago?

Miré un instante mi vaso vacío, y después le dije:

—Sí, un brindis. Por O'Hara.

Bebimos a la par.

Aquel trago preparó el ambiente para una juerga, una juerga tan completa como puede desarrollarse en el día siguiente a la Navidad, 26 de diciembre de 2229. ¿Qué otra cosa mejor puede hacer uno por un amigo perdido que embalsamar su memoria en el mejor de los wiskis?

Sí, el escenario estaba listo, pero daba la casualidad de que el veintiséis de diciembre estaba yo escribiendo cosas muy distintas; hacía mi sátira anual sobre las glorias de Peter Pan, el eterno espectáculo de la estación, explicando cómo Jill Ferguson representó los mejores tipos de la tradición, antigua de siglos, de los niños siempre jóvenes. Había llegado al segundo párrafo y me sentía ya inspirado, cuando el teléfono de mi mesa, en el *Observer,* sonó.

—Te he cogido otra vez en plena prosa —escuché—. Estás escribiendo sobre la función, ¿no es verdad?

—Y, ¿a usted qué le importa? —le solté.

—Puede que me importe.

—¿De verdad? ¿Quién demonios es usted?

—Mi nombre es O'Hara. Emmett O'Hara.

—Esa es una broma de muy mal gusto.

—Sí, ¿no es verdad? Necesito verte. Acabo de llegar de El Cairo después de cuatro días de vuelo y necesito un trago. Nedra no bebe y a mí no me gusta hacerlo solo. He abierto el piso de Bloomsbury, ¿cuánto puedes tardar?

Me llevé las manos a la cara. Después, atento al sonido de la voz, pregunté:

—¿O'Hara?

—Estás perdiendo el tiempo y yo no tengo tanto como para perderlo —dijo—. Quiero verte Despierta de una vez, vejestorio, ya te tengo servida una copa...

—O'Hara, ¿eres tú realmente?

—¿Puedes estar aquí a las seis?

—Pero, esto es...

—Ya lo sé... imposible. ¿Puedes venir?

Cuando llamé, él mismo me abrió la puerta. Permanecía allí, de pie, como si tal cosa, son- riéndose como si yo acabara de volver de un recado a la tienda de la esquina.

El cuello de su brillante uniforme azul estaba abierto. Las tres barras y el medio globo habían desaparecido. Su pelo azabachado lo tenía revuelto.

—Bien, entra —me dijo, y me llevó al cuarto de estar—. He conseguido algo para comer. Vamos, bébete esto.

—¡O'Hara! —exclamé.

Él se echó a reír.

—También yo me alegro de verte.

Puso una mano sobre mi hombro y me dio un vaso.

—Bebe. Te sentará bien.

—Pero, ¿dónde...? El coronel Tournant me dijo que...

—Bueno, toma otro trago. Puedes servirte más, si lo deseas —dijo O'Hara volviendo a llenar mi vaso—. La cena tendrá que esperar aunque es sólo comida de tenedor. Conque Tournant te dijo, ¿eh? Le habré dado el susto mayor ie su vida. ¿No te vas a sentar?

—No, hasta que no me digas dónde has estado.

—Pues, verdaderamente —dijo—, lo mejor es que te sientes, porque te lo voy a contar. Esta silla es para ti, y presta atención a tu copa. Te trasladaré

por un momento a los setenta y cuatro grados de latitud y ciento setenta y tres de longitud, hace un año y cuatro días.

Elevó su vaso. Cuando lo bajó estaba vacío.

—Si has visto a Tournant ya sabes lo que pasó —dijo—. Pero no creo que haya podido decirte lo que encontré allí.

—¿La súbita galerna? La tormenta...

Se oyó un lloriqueo en la habitación de al -lado.

Un extraño llanto, bajo, dolorido, lleno de congoja, triste, como si alguien se sintiera extremadamente solo, hasta un límite insoportable. Confieso que di un salto y me quedé migando a O'Hara.

—Es un grito engañoso —dijo con perfecta raima—. Tú piensas que alguien está transido de dolor, ¿no es verdad? Te aseguro que no es así. A veces soy yo quien sufre, pero no si me mantengo agitado. Pues sí, fue aquella súbita galerna...

Me las arreglé para recordar lo que íbamos diciendo. O'Hara hablaba muy rápidamente.

—Recordarás que te escribí diciéndote que nuestra base de Wrangell no está muy lejos de donde, hace ya bastante tiempo, se unían los continentes de Asia y Norteamérica, donde se abrió paso el estrecho de Bering. Los vientos, a menudo, se ponen a dar vueltas a una velocidad superior a la de los huracanes, aullando en aquella desolación helada sin razón alguna para ello porque no hay nadie a quien aterrorizar.

Estaba ahora inclinado hacia adelante, recordando. Continuó:

—Aquel día no estaba yo asustado. No me gustaba, pero yo había luchado antes con vientos tan malos como aquél. De manera que conservé el curso fijado para aquel día, manteniéndome a una velocidad de unos quinientos kilómetros a la hora y a una distancia que hacía marcar 0,250 miliroentgens por hora. No demasiado cerca para un veterano.

Hizo una pausa para llenar su vaso. Echó una mirada a la habitación contigua y se dirigió de nuevo a mí.

—¿Sabes? Nunca he jugueteado con el Telón. He visto sus efectos y nunca he olvidado cómo se perdió Anstruther. Quiero que esto quede bien claro: no pensaba arriesgarme. Estaba volando guardándome del peligro, concediéndome un dilatado margen de seguridad. La galerna me molestaba pero, a pesar de eso, el vuelo iba siendo perfecto. Nada de particular. Alrededor de las 12,30 empecé a atravesar un campo eléctrico, fusilazos y relámpagos extensos de luz lívida. Dos minutos después, a las 12,32, fue cuando vi el cúmulo.

»Sólo tuve tiempo de echarle una ojeada, el suficiente para informar por radio, e instantáneamente la cosa estalló. Como en una erupción, fui pillado en una especie de tiro de chimenea, impulsado hacia arriba, muy alto, en oleadas enormes, mientras la furia desatada del Artico rugía entre miles de bífidas lenguas llameantes.

»El zumbido del registrador de radiaciones hirió mis oídos. Había subido a 0,268. Me había desviado en dirección al Telón. Di la vuelta enseguida, rumbo al Polo, alejándome de la Cortina hacia el Norte, y aumentó de golpe la velocidad a más de mil seiscientos kilómetros por hora. El cúmulo parecía ahora derrumbarse sobre mí y yo veía que no podía acelerar lo bastante rápido como para no ser cogido debajo. No debía perder los estribos. Yo sabía que en un instante me encontraría en el vórtice de aquel torbellino de viento y de aquellas llamas ululantes .Después todo estalló.

»Lo recuerdo perfectamente. Aquello estalló entre llamas, y todo se me oscureció.

»Salí de la concusión lentamente, quizá tardé sólo unos segundos, pero me pareció como si para recobrar el conocimiento tuviera que hacerlo a rastras. Mi aparato volaba a 150 metros del hielo. La tormenta había desaparecido. El viento era fuerte, de unos doscientos kilómetros por hora, mí velocidad era de 1.800 kilómetros y el contador marcaba 0,320 miliroentgens. Muy peligroso. Y, todavía peor, mi aparato se dirigía hacia el Sur otra vez. Maniobré hacia el Polo.

»Aquello debería aplacar al contador, pero en pocos segundos saltó a 0,325, después a 0,350.

Me estaba aproximando de nuevo a la Cortina aunque me dirigía hacia el Norte!

»Di la vuelta hacia el Sur. El contador empezó a descender inmediatamente. No tenía explicación. No era posible porque yo estaba entre el Polo y el Telón cuando perdí el conocimiento. Fue entonces cuando, en forma automática, comprobé mi posición. Latitud 73, desde luego me había alejado mucho durante el tiempo en que permanecí inconsciente. Longitud 136; lo comprobé de nuevo. Pero era así. La longitud era la de 136 grados.

O'Hara sabía perfectamente donde le situaba aquella. El hizo lo que todo técnico de laboratorio había hecho. Repetir el experimento tratando de encontrar un error en sus cálculos. No había ninguno, ya lo sabía él. El sabía, aun antes de la comprobación final, que había atravesado el Telón Atómico.

De alguna manera había pasado la muralla de la muerte que había separado de nosotros al Hemisferio Oeste durante cerca de doscientos setenta años. Ahora volaba sobre el campo helado en el que terminaban los extremos superiores del continente norteamericano.

Echó una mirada al indicador de combustible y después, volviéndose hacía el Sur, puso los motores a la máxima velocidad de vuelo. Sí, había sido atrapado por el Hemisferio Oeste, la tierra incógnita que le había fascinado desde que supo leer, sabía que debía volar tan lejos de la desolación del Artico como le permitiera su aparato. Y después...

«Después veremos», se dijo a sí mismo O'Hara. «Sí, veremos... al fin.»

SEGUNDA PARTE

Cuando se hubo convencido a sí mismo de que había realmente atravesado el Telón Atómico, O'Hara dijo que su primera sensación fue la, de un regocijo salvaje y completamente irrazonable.

«¡Lo hice!» se repetía a sí mismo, como si se hubiera puesto las botas, en casa, con un acierto en las carreras de Aintree de veinte a uno.

«¡Lo he hecho! El primer hombre que en doscientos setenta años ha conseguido romper la carrera. Y ahora, por fin, ¡a saber!»

Pero aquella euforia no duró mucho. Sí, aquí estaba en el Hemisferio Oeste, la cuna del futuro, una tierra enigmática desde la Tercera Guerra Mundial y no parecía muy diferente de las regiones polares sobre las que había volado en la Patrulla Internacional. Verdaderamente, ninguna diferencia había: los cielos grises, sin límites, las mismas sábanas ondulantes de hielo polar traspasado sólo a grandes intervalos por peñascos y áridos picos, las islas del Mar de Beaufort, sobre la costa norte de Canadá. O'Hara navegaba a 3,200 kilómetros por hora.

Su indicador de combustible indicaba que podía continuar otros 4,800 kilómetros más, según la altitud. Era necesario, lo sabía muy bien, permanecer por encima de los doce mil metros y continuar a esa altura para poder alcanzar la mayor distancia, y él iba a tener un largo camino hacia el Sur, porque las tormentas de diciembre habrían cubierto de nieve una gran extensión del perdido continente de Norteamérica. No estaba equipado para una larga permanencia en la nieve. Su aparato contaba con los avíos usuales en la Patrulla, un bote neumático, una pistola de señales, una automática del 38, con seis cargadores, suministro de agua y raciones para caso de emergencia, los artículos que se consideraban indispensables mientras se esperaba a que un equipo de salvamento iniciara la búsqueda inmediatamente después que le fuera imposible comunicar con su base en la Isla de Wrangell. Pero ahora, al Sur del Telón, no podía llegar ese equipo. Nadie podría atravesarlo. Por tanto su vida dependía sólo de poder llegar más al sur de la tierra yerma del Ártico.

Estas cosas, explicaba O'Hara, se le vinieron a la mente, automáticamente, pocos minutos después de comprobar que había traspasado la Cortina. Eso y la extraordinaria importancia del hecho en sí, de que el Telón podía ser atravesado. El no tenía la menor idea, desde luego, de cómo había conseguido la cosa. Sucedió mientras estaba inconsciente pero, cuando lo pasó, se imaginó que su aparato debía haberse dirigido unas veces al norte y otras al sur, y después haber chocado violentamente contra la Cortina atravesándola. No tenía tampoco ningún dato sobre el máximo de la radiación en la Cortina, tenía idea de la contaminación a la que ha- estado expuesto.

Pensó que en ese mismo instante debía, lógicamente, estar convertido en una masa carbonizada, como los cuerpos de aquellos hombres de la Isla de la Coronación en el Antártico, después que su barco de troncos de árboles había penetrado en la Cortina llevado per la corriente.

Pero el hecho indiscutible permanecía: no estaba carbonizado. Sólo cabía aceptarlo y tomar toda clase de precauciones aconsejables para seguir viviendo. En este momento, la precaución más aconsejable parecía ser la de seguir volando hacia el Sur.

Al cabo de unos minutos pasaba por una línea de la costa y seguía el cauce de un río helado que apuntaba aproximadamente al Sur. Lejos, y hacia su derecha —al oeste—, los dientes gastados de unas montañas, sostenían sus resplandecientes picos cubiertos de nieve sobre el continente y O'Hara se puso a recordar los mapas que había estudiado cuando muchacho. Serán eso, el oeste debía ser Alaska. Comprobó de nuevo su posición en cuanto a latitud y longitud, y decidió que el río sobre el que volaba, debía ser el Mackenzie, que se dirigía al Lago de los Osos, en Canadá, para continuar al de los Esclavos. A alguna distancia después de la tundra cubierta de nieve, hacia el Este, debía de estar el golfo de la Bahía de Hudson.

—¿Recuerdas —me preguntó O'Hara— que te escribí diciéndote que el tiempo se empequeñecía en la Patrulla? Ahora, para mí, se estaba achicando de nuevo. Otra vez volví a estar con Hendrik Hudson, aunque, gracias a Dios, no en la misma clase de barco. Yo estaba de nuevo explorando el Oeste, viendo el maravilloso continente, las maravillas que antes sólo había visto encerradas en curvas de nivel y coloreadas en rojo y azul sobre mapas ya olvidados. En sólo cinco minutos —los cinco que habían pasado desde que atravesé la Cortina— estaba yo explorando más terreno de esta impresionante tierra norteña que el viejo Hendrik jamás osó soñar.

Maravillas, sí, pero maravillas que desgraciadamente eran muy semejantes a las extensiones de tierra de Siberia y por tanto sin diferenciarse de lo que ya él conocía antes de atravesar el Telón. O'Hara sintió algo así como si el mito del Continente Perdido le hubiera traicionado. Hasta que observó el contador de radiaciones.

Había bajado solamente a 0,305 miliroentgens por hora. Aquello resultaba alto, peligrosamente alto según las normas de vuelo de la Patrulla: sin embargo había sido mucho más alto hacia el Norte, hacia la Cortina. Confiaba sólo en que, a medida que avanzara hacía el Sur, la cosa iría declinando gradualmente. Entonces se le ocurrió que el agua radiactiva podía estar corriendo bajo la capa de hielo del Mackenzie, hacia el Sur; giró rápidamente hacia el Este dejando el cauce del río algunos centenares de kilómetros atrás antes de girar de nuevo. El contador, en vez de marcar menos elevó su altura a 0,325 por hora. Al mismo instante O'Hara recordó un hecho curioso, el Mackenzie corría hacia el Norte. No podía estar contaminado por

la Cortina.

De nuevo volvió O'Hara hacia el Oeste, atravesó el Mackenzie y voló directo, hacia la región de picos nevados con sus faldas cubiertas por los mayores glaciares que había visto en su vida, brillantes como la plata, los extremos más septentrionales de las Rocosas, los primeros huesos, pensó, del cuello de la columna vertebral del continente.

En esta carrera hacia el oeste, el contador fue decreciendo paulatinamente hasta que, sobre la cadena de la montaña, quedó estabilizado, por fin, a 0,285. Sin embargo, cuando siguió adelante, hacia la costa occidental, al Pacífico, empezó de nuevo a subir. Hizo la corrección oportuna en su vuelo, ajustándose a la curva que en dirección sureste tomaba la cadena montañosa, llegando a la conclusión de que había descubierto un corredor de menos contaminación que tenía su base en el Norte de la Cortina cuyos dos flancos, al este y oeste de las montañas, eran fuertemente radiactivos.

Estaba ahora bajo la Cortina, bajo el extremo norte de la elipse que, como era sabido, encerraba la costa del Atlántico de igual forma que la del Pacífico, y habla estado durante treinta minutos barrenando derecho al Sur, a pesar de su vuelo exploratorio en zigzag. El aspecto del terreno estaba cambiando, no por ser menos montañoso, sino porque se observaban algunas variaciones en la cantidad de nieve y porque ahora se veían más a menudo los precipicios de roca y picos que sobresalían a través de la nieve. Más allá de la elevada espina de las Rocosas, en dirección al distante y reluciente azul intenso del Pacífico, la nieve misma había tomado un aspecto granuloso; como de inmensos bosques, pensó O'Hara, cubiertos también, pero mostrando las blancas protuberancias sobre ellos. Más lejos aún, casi confundida con el borde de la curva del mar, yacía una faja que mostraba los colores castaño oscuro, negro y verde vivo, seguramente una playa espesamente cubierta de bosque y limpia por completo de nieve. O'Hara hizo un cálculo rápido basándose en su altitud ya conocida y en el valor aproximado de la distancia hasta el horizonte. El resultado lo dejó estupefacto. El cinturón de vegetación se extendía hacia el interior unos quinientos kilómetros.

El vuelo le iba resultando monótono hasta el extremo de producirle somnolencia. La desilusión que le produjo el descubrimiento de que los extremos inferiores del continente era tan exageradamente análogos a los de Siberia habia aumentado y, a medida que pasaba el tiempo, iba notando que sus ojos se cerraban inexorablemente. No había nada que hacer. El temible continente era una fábula hecha misterio solamente por los recuerdos deformados de su historia. Era, después de todo, un engaño, una almeja vacía en la que él iba internándose.

Lo que pensó a continuación le hizo dar una sacudida y ponerse derecho en la carlinga de su aparato. ¿Y si efectivamente fuese una almeja vacía? Supongamos que no hubiese nada en esta inmensidad, en la tierra que

había sido de los padres, a excepción de estos ríos y tundras heladas, y de estos bosques y estas torturadas y entrelazadas cadenas de montañas. Supongamos que está muerto, sin vida alguna.

Y aquello bien podía ser. O’Hara mismo había estado expuesto abiertamente durante casi una hora a un grado de contaminación que la Patrulla Internacional consideraba más allá del límite peligroso, y en su vuelo hacia el este y el oeste se había zambullido y atravesado cinturones que excedían de 0.300 miliroentgens a la hora. ¿No era probable que estos americanos al establecer su Telón Atómico no hubieran simultáneamente contaminado sus dos continentes más allá del límite de resistencia? ¿El suicidio de una raza?

En un instante de pánico, O’Hara giró en un cerrado arco hacia el Norte. El tenía, y lo sabía, una sola oportunidad de escapar: arremeter a la máxima velocidad contra la Cortina y atravesarla.

Pero, rápidamente, lo desechó. Comoquiera que fuese la forma en que atravesó la Cortina por primera vez, no iba a lograrlo de nuevo. Estaba convencido de que aquello había sido una especie de accidente providencial, algo que seguramente tendría que ver con la explosión de la fuerza eléctrica del cúmulo. Aquí estaba, en el Hemisferio Oeste, irremisiblemente aislado.

Su razón, también, vino rápidamente a rescatarle. Estas montañas y la lejana inclinación hacia la costa del Pacífico estaban cuajadas de bosques. Y los árboles eran vidas, vidas biológicas. Si había vida vegetal tenía que haber también germinación, bacterias; seguramente bacterias animales, vida animal aunque fuese en poca escala. Y quizá no existiera el hombre.

¡Quizás! Esta era, verdaderamente, la mayor aventura. Se dirigió de nuevo hacia el Sur.

Todas estas especulaciones con sus saltarinas consecuencias, como O'Hara decía, le habían hecho perder tiempo de vuelo y, por tanto, no había obtenido los progresos que se había imaginado. Sin embargo no hacía dos horas, ni siquiera noventa minutos desde que atravesó la Cortina, cuando O’Hara vio un imponente golpe de luz a su derecha. Se daba cuenta por primera vez de la creciente claridad del sol que no hacía mucho estaba tan oscurecido por nubes y neblinas heladas. O’Hara bajó, trazando una espiral, hacia una amplia meseta rodeada por una cadena de montañas bajas e interiores.

La luz, como descubrió después, venía reflejada por un objeto rectangular, que recordaba una inmensa joya, colocado en la cara de una alta edificación que alcanzaba una altura de unos treinta pisos, una solitaria aguja elevándose de aquella planicie cubierta de nieve. Perdiendo rápidamente altura, a punto de hacer que el descenso fuera más bien un picado, O’Hara se puso a la altura de la torre... porque eso resultó ser, una torre gigantesca de

piedra y metal, expertamente construida, un resplandeciente y pretencioso pináculo como nunca había visto antes.

El resplandor era producido por la reflexión de la luz en la pulida superficie, que, al parecer, era de cristal.

El piso superior parecía ser una especie de solárium con seis caras, colocadas en tal posición que pudieran recibir el sol constantemente. Los picos de abajo carecían de toda especie de aberturas; O'Hara sacó en conclusión que, si en efecto la torre haba sido utilizada alguna vez para oficinas o casa-habitación, los que vivieron allí habían tenido sólo luz indirecta.

Estaba convencido de que ahora estaba desierta.

Había una quietud mortal en ella; una torre de piedra y metal elevándose abruptamente de una llanura cubierta de nieve, abandonada desde hacía mucho, olvidada. Descendiendo aún más pudo descubrir las formas geométricas en que estaban colocadas las edificaciones más bajas, y las anchas avenidas, pero todo en un vacío de muerte; los techos derruidos, las mismas paredes se habían venido abajo en muchos otros lugares para formar parte de la ruina general. Una ciudad muerta, en verdad, pero que sin embargo debía haber sido una metrópoli que había tenido su culminación en aquella maciza y extraña torre antes de morir.

—Nombres olvidados de olvidadas historias volvieron a mí —dijo—. La costa noroeste... ¿Vancouver? ¿Seattle? No, porque ambas habían estado sobre la misma costa. ¿Spokane, entonces? ¿O, posiblemente, alguna ciudad que haya florecido después del establecimiento de la Cortina? Aquello no importaba, el lugar estaba muerto y poseía el anonimato de la muerte. El cementerio de una civilización que había sido la más grande de la Tierra. Sin embargo la prueba de que esta civilización había existido, que no era un mito, fue un enorme estimulante para mí.

»Fue un segundo momento interesantísimo.

La torre y la ciudad en ruinas le habían hecho olvidar los problemas de vuelo. De pronto se sintió sorprendido por el rápido golpeteo del contador. ¡Señalaba 0,400 miliroentgens a la hora... algo irresistible!

—La muerte —dijo O'Hara—, se alzaba en mi busca.

»Ellos querían a ese extranjero que husmeaba los cielos sobre sus tumbas. Sentí su hostilidad como si una llama de cohete atómico estuviese brotando con un rugido. La contaminación era tan mortal como cualquier proyectil atómico pudiera serlo.

La decidida ascensión hacia el cielo y el tajante cambio de dirección hacia el espinazo del continente hizo imposible más observaciones. No estaba exageradamente asustado. Esperaba descubrir en cualquier momento en su

cuerpo la severa violencia de las quemaduras por radiación; se veía venir la hemorragia y sintió en el arranque de sus mandíbulas una clara sensación de náuseas. Pero pasaron los minutos sin que estos síntomas empeoraran. La fatiga cesó. Aún no había sido tocado o, si ya lo estaba, los efectos no eran perceptibles. Esto aumentó las posibilidades de una aclimatación que nunca había osado investigar. Eso podía también probar que el hombre era capaz de existir en estos límites de radiactividad.

Grandes parches coloreados aparecieron ahora en la interminable extensión de nieve de un pálido celeste. Los picos montañosos y las altas mesetas todavía mostraban un aspecto de cosa amontonada, pero, en los valles más profundos, algún que otro río, libre de hielos, se enroscaba en busca de salida hacia el este o el oeste. O'Hara recordó que el este llevaba al intrincado sistema arterial que convergía, al fin, en el río Mississippi, el desaguadero del continente que vertía su carga de cieno y despojos en el delta pantanoso de, ¿cómo era?, ¿Luisiana? Las formas completas de los mapas, antes familiares que había estudiado tan intensamente de niño volvían a su recuerdo ahora vívidamente: los dos sistemas montañosos, los Apalaches y las Rocosas, el gran valle del Misisipí, las costas del Atlántico y del Pacífico, la tela de araña de sus fabulosas ciudades, nombres como Nueva York. Washington, Chicago, Kansas City, Los Angeles, San Francisco y, en algún lugar de las Rocosas, que ahora seguía, estaba —o habían estado—, la ciudad del Lago Salado y Denver.

La excitación que le producían estos nombres era tanta que O'Hara abandonó el monótono presente por el reluciente pasado, cuando la palabra *mañana* significaba algo más que una repetición de hoy.

O'Hara supo entonces, positivamente, que había establecido un segundo y más importante hecho. Durante dos horas casi, había estado volando por estos cielos prohibidos sin que ninguna patrulla defensiva —salvo la radiación atómica de la ciudad muerta— le hubiese, ni por asomo, hecho frente. Era inconcebible que una civilización importante existiera en la parte norte de los Continentes Perdidos sin que patrullaran sus espacios los aviones y, por tanto, si una civilización existía, debería haberse mudado al sur, abandonando este despoblado. Sin embargo, unos minutos más tarde, observó una serie de familiares dibujos geométricos que recordaban los trazados de los laberintos de Creta.

Estaban lejos, sobre la helada superficie. Ahora se iban aproximando a uno de ellos que se extendía unos kilómetros sobre el piso de un ancho valle. Con mucha precaución, consultando constantemente el contador, empezó a descender hacia él, en picado.

Con la misma rapidez que bajaba, el contador de miliroentgens subía, llegando a marcar 0,290 en los primeros mil quinientos metros de descenso, después marcó 0,360 cuando su altitud se había reducido a 9.000 metros y,

por último, dio un salto brusco, a 7.200, señalando 0,352. El extraño laberinto estaba demasiado caliente para una inspección. La regularidad de su forma parecía una prueba de ser obra del hombre; aquello decidió a O'Hara. Continuó bajando hasta que el altímetro registró 1.500 metros.

La forma del laberinto se veía claramente. Estaba formado por un número casi infinito de líneas paralelas unidas en sus extremos de forma que semejaba una instalación de infinitos tubos. Varias secciones de ella estaban como coloreadas ligeramente al pastel; una enorme granja-tubo se extendía a todo lo largo del valle, bien visible, pero su objeto era desconocido entonces, para O'Hara. Su contador se aproximaba ahora a 0,400; otra vez ascendió, casi verticalmente, hasta volver a los 12.000 metros.

Estas granjas tubulares fueron pronto visibles también en los valles principales y hacia el este, en el gran declive de las llanuras hacia el Misisipi; estaban en todas partes, como las casillas, de un tablero de ajedrez continental que, en algunos lugares estaba obscurecidos en parte por montones de nieve y en otros yacían expuestos a la luz solar.

En los 130 minutos de vuelo continuo por este largo corredor al sur del Telón Atómico, el contador de miliroentgens había permanecido casi fijo a 0,295, pero a las 14,30, y sin una clara razón física para ello, el contador se elevó de pronto a pesar de que iba volando a una altura de 12.000 metros. O'Hara intentó librarse girando bien al este o al oeste, o variando de altitud, pero la contaminación siguió elevándose por encima de 0,400 por cada segundo de vuelo. Este era un nuevo fenómeno, una densidad en la radiación que indicaba la presencia de una nueva e intensa barrera. Momentos más tarde O'Hara vio un extraño y enorme cuerpo blanco y de forma oblonga que se extendía de Este a Oeste, no en el mismo horizonte, pero que cerraba efectivamente el área que componía el corredor, de norte a sur, de menos contaminación. Tanto era lo que marcaba el contador, que O'Hara supuso que aquello debía ser una especie de manantial, o un gran consumidor de energía ató mica. Los cálculos de O'Hara fijaron su posición en la parte Sur del estado del Colorado. El largo pasillo era realmente un rectángulo cerrado, una caja, un ataúd sin salida. Lo único que podía hacer era volver sobre sus pasos, hacia el Norte de nuevo.

El arco de sus exploraciones le había llevado muy hacia el este, por eso en ese instante de su vuelta pasó por encima de los restos de otra ciudad vacía, con los techos derrumbados en igual forma y paredes desecadas por el tiempo, extendiéndose, en muchos kilómetros, alrededor de una solitaria torre, escudriñadora del cielo, de piedra y metal con el solárium encerrado, bajo cristal, en su cima. Esta vez, aunque todo desapareció en un instante, un nombre se fijó en la mente de O'Hara que quedó corroborado por la latitud y longitud: la ciudad, alta como el cielo, era Denver.

El contador de radiaciones iba bajando hacia el límite fijado, cuando de

pronto los motores se pararon. Se había agotado el combustible.

—Hay seres que son héroes —dijo O’Hara.

Hizo una pausa, echándose hacia atrás en un confortable sillón de su piso en Bloomsbury, con una bebida refrescante en su mano. Tomó un largo trago y se quedó pensativo. Por un momento fue como si hubiéramos atravesado de nuevo el Telón, los dos, de regreso al Continente Perdido, siendo necesario, por un segundo, hacer un gigantesco esfuerzo para zafarnos de lo irreal y volver al soso presente de Londres. O'Hara sonrió torcidamente.

—Sí —continuó—, hay seres que son héroes; Tournant está muy cerca de serlo. Tuvo el valor de hacer lo que podía hacerse y de rechazar lo que no se podía. Eso para mí, es ser un héroe. Pero yo no lo soy ni nunca lo seré, por eso, cuando oí el último y desgraciado golpe de tos de los motores y me di cuenta de que definitivamente estaba atrapado, sentí mis rodillas tan blandas como la cera. No, no tan firme; eran como la jalea. Cuando comprendí que iba descendiendo y que mi aparato, que hasta entonces me había dado una sensación de poderío, no era nada más que metal muerto... bien, el miedo hace locuras con uno. Yo me puse a chillar. En verdad, me porté como un buey corneado, golpeando con mis puños el altímetro hasta hacerlo pedazos, hasta que al fin la aguja, rota, fe atascó.

Después de aquello, dijo, estuvo demasiado ocupado para gestos teatrales. Los picos subían hacia el vientre del aeroplano como los morros de tiburones en el mar abierto. Hizo todo lo posible para reducir la velocidad del aterrizaje y en el último segundo consiguió posarse de plano sobre una pradera, sin árboles, acolchada de nieve.

El aparato no sufrió desperfectos. Con combustible y sin la gruesa colcha de nieve podría despegar de nuevo. Esas eran las cosas que un piloto observaba automáticamente. Salió de aparato y estaba comprobando el terreno cuan do una tercera cosa se le vino a la memoria y allí quedó, maldiciendo en las cuatro lenguas que mejor sabía. Había olvidado la radio. Desde el momento en que atravesó el Telón, fuese o no posible la ayuda, debería haber enviado un mensaje a su base de Wrangel, porque la única cuestión de importancia en su desgracia personal era que la Cortina podía ser horadada, quizás una vez de cada diez mil intentos, pero podía hacerse. Esa información debió haber sido transmitida en seguida a Wrangell.

Durante la siguiente media hora O’Hara intentó furiosamente establecer contacto, consiguiendo sólo la sucia burla quejumbrosa del espacio. Había volado demasiado lejos. No podían oírle.

—Eso era el fin de mi diario de vuelo en la Patrulla. Como Anstruther, me había evaporado, dejando sólo unas histéricas palabras finales, tan inútiles para la ciencia y para mis congéneres como el gorjear de los estorninos en una tarde de verano.

La noche iba sumergiéndose en las tinieblas. Se encerró en el aparato y colocó la automática en el asiento de al lado. La soledad le producía una especie de coma que le ascendía por las venas como si fuese savia.

—El viejo Hendrik Hudson fue arrastrado por la corriente, en una embarcación abierta, entre témpanos. Creo que por fin llegué a comprender. El tiempo, también, estaba helado. Como si estuviera agonizando.

Durante la noche le despertó un súbito aullido más agudo que el del viento; empuñó su automática y quedose escudriñando atentamente la oscuridad. No muy lejos, y sobre la superficie del suelo, vio una bola de fuego que se desvanecía súbitamente, como si reventase.

No volvió a repetirse, o si lo hizo le cogió dormido; su voluntad fue víctima del agotamiento y del desánimo.

Cuando despertó, el sol estaba bien alto, sobre los picos de los alrededores. O'Hara rompió el cristal que le separaba de las raciones de emergencia y luego descendió del aparato para, con las manos ahuecadas, coger y tragar un puñado de nieve.

«¿A qué espero?», se preguntó.

Hubiera preferido no tener que abandonar el aparato.

Era su fortaleza, tanto física como mental, el único lazo que le ataba al mundo situado al exterior de la Cortina, aunque, como él bien lo sabía, el lazo era completamente inútil por ahora. Era inútil conservarlo pero también, por lo que veía, no servía de nada abandonarlo. La misma ociosidad le impulsó, al fin, a ponerse en acción. Cogió su automática, la cargó y se la colocó bajo su pelliza de vuelo; después, con el hacha para hielo, cortó un buen montón de trozos y los colocó encima y alrededor del aparato enmascarándolo así burdamente. Se dirigió hacia el bosque que rodeaba al valle y empezó a andar con dificultad por la nieve.

Al pasar, justamente, la primera línea de árboles, se paró.

La nieve estaba pisoteada, como si durante la noche hubiesen jugado un partido de rugby. Tirada sobre ella había una especie de antorcha gastada y ennegrecida por el humo; un trozo de madera con una escoba atada cuidadosamente a un extremo. O'Hara pasó el dedo sobre el hollín. Olía a petróleo.

¡Petróleo! ¡Vida para los motores de su aparato! Y en algún lugar cercano. Su búsqueda tenía ya un objeto.

—Yo no sabía qué demonio iba a hacer con combustible —dijo O'Hara —. Volar por aquel pasillo infernal, supongo, como un pinzón real en una pajarera, libre para todo menos para volar más allá de los límites. Lo que parecía importar más era el poder remontar de nuevo el vuelo.

»Eso es lo que la Patrulla le hace a uno: fijar ideas en el cerebro. ¡Yo quería combustible! ¡Y cómo lo quería!

Las huellas se extendían atravesando el bosque; una serie de líneas convergentes, como si los componentes de una multitud hubiesen andado buscando algo mediante una formación desplegada que se uniera en esta pradera de la montaña. Una serie de huellas iban del Sur al Este. O'Hara siguió esa senda; la pelliza abierta para poder empuñar rápidamente su automática y usar el hacha cuando necesitase abrirse paso por entre la maleza.

—Has visto cómo anda una gaviota, ¿no? Fuera de su elemento natural se pone a anadear; es bastante buena volando y excelente en el agua, pero andando... bien, anda como una gaviota.

»Así me sentía yo al caminar por entre aquel bosque —continuó O'Hara—. La mayor parte era cuesta abajo, lo que representaba una ventaja, los matorrales se fueron aclarando y los árboles se hicieron más grandes y menos numerosos. La tarea de caminar me fue más fácil. Seguí las huellas hasta después del mediodía y por fin me dispuse a tomar aliento apoyándome contra una roca de granito.

Pero no lo consiguió.

—Cuando lo vi tragué saliva y después... después me di por vencido. Agazapado arriba, en el borde, había un gato enorme. No porque te diga un gato enorme tienes que imaginarte un león.

»El rey de la selva es un cobarde asqueroso al lado de aquello. Esa bestia me acechaba como si estuviera jugando una especie de pequeño juego homicida; en sus ojos, de un color amarillo pálido, se podía ver la locura; sus dos colmillos eran verde-amarillentos y más grandes que los de una morsa. Si se hubiera lanzado me habría dado cuenta sólo el momento que necesita para que, por una yugular rota, se escape la vida con la sangre. Como te iba diciendo; no pude tomar ese aliento; hice fuego; a lo loco, sin apuntar, pero la bala atravesó uno de aquellos ojos amarillos y se incrustó en el cerebro de la bestia.

Mientras hablaba, O'Hara paseaba, pero no como una gaviota. No se había liberado de aquella bestia. El recuerdo de aquellos colmillos volvía a él una y otra vez, insistentemente, martilleando un oscuro rincón de su memoria, hasta, que al fin, la palabra se formó y estuvo en sus labios.

—¡Maquerodo!

Era absurdo. No podía ser aquello, pero lo era. El gato había sido un maquerodo, o al menos se parecía mucho a los esqueletos de esos asesinos, chupadores de sangre, desaparecidos, hace tantísimo tiempo, del Continente norteamericano.

O'Hara no se permitió, después de aquello, poner su automática en el

interior de su chaqueta. Pegado al camino que formaba la nieve pisoteada, fue bajando la vertiente de la montaña. Las huellas, gradualmente, se hacían más recientes; la nieve, después de pisada, estaba menos derretida. Empezó a andar con más precauciones.

Estaba pasando por un desfiladero y en dirección a un espacio entre rocas que había más adelante cuando comprobó, por primera vez que era vigilado. Cuánto tiempo hacía de ello no lo sabía; las señales no eran concluyentes. Una lluvia de rocas que caían de lo alto. Cuando O'Hara miró hacia arriba creyó ver cómo una cabeza desaparecía entre los matorrales que asomaban sobre el alero. Paró en seguida, pero no se escuchó nada, ni reapareció la cabeza. Después de unos segundos se dio cuenta de lo estúpido que era permanecer expuesto en aquel pasillo estrecho, como un plato de los que se usan en el tiro, para quienquiera que estuviese oculto en el borde. Se echó a correr.

Una vez más cayeron, en cascada, pequeñas rocas. Esta extraña barrera permanecía siembre tras él empujándole por el camino de nieve hollada del desfiladero. Quienquiera que le hubiese seguido se las había arreglado para hacerlo así, obligando con ello a O'Hara hasta hacerlo llegar al espacio abierto, una especie de anfiteatro natural. Allí terminaba el rastro. Las huellas se separaban ahora, en dirección a las paredes de roca pura. Junto a éstas no había nieve que las delatara.

—Estaba atrapado —dijo O'Hara—. Me habían conducido hasta allí como quien persigue a una liebre. Era posible, desde luego, salir de aquella concavidad, ellos tenían que hacerlo, escalando las paredes de unos diez metros o más, pero para ello necesitaba yo un guía de los Alpes, o que me izaran con una cuerda desde arriba. Me dirigí inmediatamente hacia el desfiladero en una carrera.

»Esta vez, las rocas que cayeron, eran como losas. No me fue capaz de descubrir un movimiento entre los matorrales de arriba.

»Pude haber pasado —dijo O'Hara—. Podían fallar. Pero parecían bastante expertos y preferí esperar vigilando las alas del anfiteatro, con la automática dispuesta.

Ellos le hicieron esperar hasta el anochecer. Entonces, deliberadamente, lanzaron una antorcha encendida desde la parte de atrás de un peñasco que había en lo alto, sobre él. Lo hacían para ver cuál era su reacción. Permaneció quieto donde estaba y no hizo nada.

Otra antorcha se dejó ver, no avanzando ni oscilando, sino colocándolo en el centro de sus rayos con un propósito desconocido aun. O'Hara pensó que sería un juego, una hechicería infantil. Pero no habían sido cosas de niños aquellas losas de rocas.

Un grito salvaje, procedente de las rocas, sobre él, le sobrecogió. Por el

desfiladero, con una lentitud muy ceremoniosa, avanzaba un único adversario.

Iba armado sólo con una cachiporra de madera, en forma de huso, y vestía una prenda hecha de cuero, que le recordó a O'Hara las faldas de los escoceses; los pies y las piernas encerrados entre pieles que quedaban apretadas con una espiral de tiras de cuero; una pesada capucha le cubría la cabeza y la cara. Todo demostraba un trabajo perfecto.

El intruso, aunque de menos estatura, avanzó tan confiadamente que a O'Hara le pareció ridícula su automática.

—No era una cosa deportiva —dijo—. Uno no puede disparar contra un hombre armado sólo con un trozo de madera labrada, sobre todo cuando se sabe que un centenar de compañeros suyos están ocultos entre rocas situadas encima de uno. Guardé la automática. Como tú ya sabes yo solía luchar; le calculé qué pesaría, posiblemente, unos ochenta kilos. Pensé que podría aviármelas siempre que los demás mantuvieran las losas lejos de mí.

Cuando en la oscuridad quedaron uno frente a otro, O'Hara observó que el número de antorchas, sobre él, había aumentado y estaban más adelantadas. Podía ver ahora, aunque de forma confusa, las siluetas de las capuchas. El juego se aproximaba al punto culminante.

Vino de repente. El adversario saltó súbitamente blandiendo el garrote directo a la cabeza de O'Hara; un golpe que, si hubiera alcanzado el objetivo, le habría aplastado el cráneo, pero él, agachándose bajo el arco, llegó al brazo en el momento del descenso; lo agarró, dio un giro alzando el hombro y lanzó al adversario volando por los aires.

O'Hara recogió el garrote. El contrario, recobrándose rápidamente, se revolvió y cargó de nuevo. O'Hara, preocupándose más bien de la muchedumbre, llevó a cabo su segunda decisión: dejó caer el mazo y esperó a pie firme. Al segundo siguiente se vio despedido del suelo por la ferocidad del ataque, pero al caer cerró los brazos alrededor del cuello de su enemigo e intentó hacer una variación del truco que ya había usado antes, pero en un momento vio roto su abrazo y cayó de espaldas. Instantáneamente el garrote de combate se elevó.

El golpe machacó los músculos del hombro; había dado vueltas y se colocaba sobre las rodillas cuando un segundo golpe le roció los ojos de sangre; entonces saltó. Los dedos, a ciegas, encontraron el palo y lo torcieron hasta liberarlo. Esta vez olvidó que era un juego... golpeó de firme. Su adversario cayó hacia atrás y quedó allí inerte.

—Me sentí —dijo O'Hara—, como si estuviese recitando las líneas de Horacio en el puente. O como Espartaco. La cabeza me dolía terriblemente. Las antorchas se acercaban más. Pude ver entonces a quienes las llevaban; eran grandes y me rodeaban como si fueran a empezar a lanzarme peniques. Les amenacé con el garrote. En aquel momento creo que habría •ido capaz de

luchar contra todos ellos porque mi sangre hervía; estaba hecho una fiera. Fue entonces cuando algo chocó contra mis pies.

Su adversario se había arrastrado por la nieve y estaba alzándose: sus manos suplicaban. La capucha había caído hacia atrás. Era una mujer.

Ella se mantenía apoyada sobre mis rodillas y me miraba a la cara; una masa de cabellos rojizos que le llegaban a la cintura y que calan sueltos a la espalda. Era hermosa: el pelo reflejando la luz de las antorchas tomaba un tono entre castaño y rojo; sus ojos tenían el azul de los glaciares, un rostro clásico, exquisito, pero sin la dulzura que nosotros conocemos; sólo pasión.

—Rápidamente se puso en pie, sus brazos me estrecharon contra sus espléndidos pechos, una amazona que adoraba sólo la fuerza, cosa que yo poseía y me alegraba poseer en ese momento. Los que estaban en lo alto bajaron entonces por las paredes del anfiteatro, como si fueran gamos, portando con ellos sus antorchas. Déjame que te lo repita; eran grandes, uno noventa de promedio, los pechos como de toros. ¡Y qué ágiles! El verlos descender aquel precipicio tan rápidamente confiando sólo en la rapidez de sus piernas donde yo había encontrado mis manos insuficientes me deprimió. Yo contaba con el mazo de guerra y con mi 0,38**,** pero si ellos querían cogerme nada era bastante para impedirlo.

En lugar de eso se alinearon a los lados y esperaron a que la mujer tirara de él, hacienda que la siguiese, y que abriera camino. De esa forma se pusieron en marcha como una extraña procesión flanqueada de antorchas a través de la noche, como una pareja de recién casados caminando bajo un arco de espadas.

—El simple hecho de zurrarle la badana parecía haberla excitado; que me condene si sé por qué. La cosa más natural del mundo cuando es costumbre local. Sin embargo era embarazoso. La estudiada indiferencia de nuestra escolta lo hacía aun peor. ¿Cómo puede uno hacer el amor andando y rodeado por un centenar de hombres? ¡Durante horas!

Iban descendiendo la montaña gradualmente, llegando por fin bajo una roca que sobresalía en una estrecha grieta y allí, alrededor de Inmensas fogatas, un enjambre de mujeres y niños esperaban; habían estado esperando, comprendió O'Hara ahora, durante la larga ausencia de sus hombres, porque, en seguida, en silencio, pero más diligentes que las hormigas, empezaron a arrastrar grandes trozos de carne desde una serie de cuevas que habían sido horadadas en la pared de piedra, y los iban colocando sobre las hogueras para asarlas. La mujer de O'Hara indicó que debían sentarse. Entonces los hombres enterraron en la arena sus antorchas humeantes y se pusieron en cuclillas junto a ellos, y guardaron un silencio impasible, esperando.

—Primitivo —dijo O'Hara—. No había habido nada parecido desde ¿cuáles eran aquellas antiguas cavernas de Francia? ¿El hombre de

Cromañón? Los que dibujaron perfectas y pequeñas siluetas de búfalos en las paredes de las cuevas. Estos gigantes silenciosos, estas mujeres de espesa y abundante cabellera, el precipicio y las cavernas, el olor de la carne asada, el constante correteo por la arena de los niños chicos envueltos en pieles; primitivo, en verdad. La tribu, el clan.

Alguien se puso a cantar. Era el más anciano. Las palabras que usaba no eran de los idiomas que conocía O'Hara, sin embargo le eran familiares. A medida que otros hombres se unían al canto, las voces fueron enriqueciendo un monótono estribillo; las de las mujeres actuaban de contrapunto mediante una especie de himno. La compañera de 'O'Hara se levantó y lo tomó de las manos. El canto cambió entonces; había un lamento en él, el dolor de cosas perdidas. Las voces de las mujeres dominaban, agudas como hielos cristalizados, como música encerrada entre las frías piedras de torres de catedral. La mujer de O'Hara condujo a éste hacia una de las cuevas; se movía lentamente, sombría, erguida. Dentro, hundido en las tinieblas, un leño ardía lentamente. El humo formaba sombras fantásticas que saltaban por las rocas. Ella se volvió y permaneció allí rígida, de pie, mirándole.

Afuera, el canto volvió a cambiar de nuevo; un coro de jubilosas voces de hombres fue aumentando el ritmo hasta que, de pronto, cesaron. Del silencio mortal que siguió se alzó una voz increíblemente alta, increíblemente remota, que cantó en adoración.

La compañera de O'Hara le soltó la mano; después, dejando resbalar una tira de cuero por sus hombros dio una sacudida y quedó a la luz del fuego, desnuda. Al instante siguiente ya había saltado sobre él, sus manos como garras que intentaran desgarrarle la cara y garganta, empujándole hacia la entrada de la caverna, hacia el clan. Era una repetición de la lucha del anfiteatro, salvaje, apasionada, que le hizo comprender a O'Hara que tenía que dominar o morir. Usó la estaca.

—Cayó —dijo— No lo niego. Pero lo que importaba era que Nedra no pensaba igual. Así se llamaba, Nedra. Lo supe, como otras muchas cosas que aprendí, en los días siguientes.

Aprendió más rápidamente cuando llegó a comprender su lenguaje. Era un inglés decadente, elidido, bastardo, libre de abstracciones, un lenguaje de trabajo para gente de montaña, verbos, nombres y los adjetivos más simples. El truco para comprenderlo estaba en no intentar comprenderlo palabra por palabra —no tenían ya semejanza con las inglesas—, sino por frases completas porque con tres sílabas se podía expresar una idea que en los días escolares habría necesitado diez palabras o más. Mucho dependía de la inflexión: una pregunta, una orden, una exposición de hechos. Y sin embargo, el escuchar aquellos sonidos mal pronunciados, repetidos en forma rápida, sugería una estructura más compleja del inglés de la que quedaban excluidos los nombres abstractos. O las ideas nacidas desde el establecimiento de la

Cortina Atómica. No le fue difícil a O'Hara una vez que captó los sonidos básicos.

La clave para ello, su profesor, fue Nedra. Durante dos días con sus noches, y según la costumbre del clan, a O'Hara no le estuvo permitido abandonar la cueva nupcial. La misma Nedra sólo salía para buscar el agua y alimentos necesarios, volviendo en seguida con aquella ferocidad de las hembras de su pueblo.

—La violencia —dijo O'Hara—, pero no la mezclada con nuestras costumbres europeas tan corruptas, no el anillo en el dedo y el velo nupcial, sino la pura violencia, la estaca y las manos que desgarran y finalmente la sumisión al sexo fuerte estaban de forma implícita en sus sitios y en sus vidas constantemente. El original combate en el anfiteatro nevado fue nuestro casamiento que, más tarde, quedó consagrado con los cánticos que se alzaron fuera de la cueva. Nunca una ceremonia fue más simple, y nadie puede olvidarla fácilmente. Creo que el recuerdo confuso de vestidos, uniformes y flores no es tan sagrado. Ni tan impresionante. ¿Qué es cortejar, sino un intento inútil de compenetrarse antes del matrimonio? Nedra me había visto matar al maquerodo. Yo no vi en ello valentía alguna, pero ella lo encontró admirable. Me quiso. Sufrí una prueba ante su gente en el anfiteatro. Era simple.

»Pero con la pasión, la lealtad y el respeto, tal como ella me exigió que aprendiera, no vino la ternura. Ni entonces ni nunca. Yo tenía que aprender esa lección. Nedra no era dulce. La debilidad la habría hecho enfermar. Era, lo confieso, inquietante el saber que yo tenía que estar siempre alerta, que entre nosotros no podía haber gentileza, que el garrote de madera tallada, símbolo del matrimonio, tenía que estar siempre listo para golpear, pero, una vez que conseguí desprenderme de mis nociones melindrosas, me encontré con que yo mismo es- taba... bien, orgulloso de ello. Yo también podía gobernar mi cueva.

»Sí, habitantes de cavernas —dijo O'Hara— pero no tan primitivos como yo había supuesto

Fue al tercer día de estar con el clan, después que él y Nedra habían salido por fin de la cueva nupcial— O'Hara podía ya entender el lenguaje cuando se le repetía algo por dos o tres veces— cuando descubrió una faceta en la cultura que le dejó sorprendido. Había ido con el jefe del canto de la ceremonia, un hombre de cabellos grises, llamado simplemente el Viejo—, los nombres era lo que importaba, los apellidos no existían—, un poco más allá del desfiladero de las cuevas por un camino a lo largo de !a montaña con un grupo de chiquillos que recogían la leña caída, cuando, de un macizo de helechos un oso gigante se alzó, un oso que recordaba al Kodiak que O'Hara había visto en Siberia, al otro lado del Telón Atómico, pero mucho más grande, una enorme y peluda bestia terrible con el retumbar del trueno en su

garganta.

Los niños se helaron de miedo. Antes de que O'Hara pudiera sacar su automática del interior de la chaqueta, el Viejo dio un paso adelante, apuntó e hizo fuego —un chorro de humo y fuego y el agudo estallido del arma— después continuó avanzando osadamente y disparó una y otra vez contra el macizo animal hasta derribarlo.

La sorpresa de O'Hara fue inmensa.

—No sabía que tuvieran ustedes armas como estas — dijo.

El Viejo sonrió. Era un revólver del 45, de culata pulida por incontables decenios de uso, un tipo de pistola que O'Hara no había visto nunca.

—¿Armas? —dijo el Viejo—. Se llama un Colt, no un arma. La hemos tenido siempre. Nuestro pueblo la trajo cuando vino a estas montañas.

—Entonces, ¿ustedes no han estado siempre aquí?

Le tocó al Viejo sorprenderse.

—¿Siempre? No; no es el lugar mejor para estar siempre. Vinimos sólo para escapar de la enfermedad, en el tiempo de los padres de mis padres. Hace ya mucho.

—¿La enfermedad?

—Tú eres uno de los nuestros, tú eres de nuestro pueblo —dijo el Viejo —. Nosotros lo sabemos porque usas el poder de las pistolas, porque te vimos matar al maquerodo. Si hubieses usado una pistola atómica nosotros habríamos huido, porque son más fuertes que el Colt. El Colt no puede luchar contra la pistola atómica. Pero tú eres uno de los nuestros y debes saber ya estas cosas.

—No las sé —dijo O'Hara.

Los niños estaban ahora muy ocupados cortando al oso gigante, preparándolo para llevárselo a las cuevas.

—Yo vine desde más allá del Telón.

—¿Qué significa eso de más allá del Telón?

—Más allá del Telón Atómico que separa a este continente del otro mundo, el mío, el Hemisferio Este. Más allá de los océanos. Europa, Asia, Africa.

—Esos sonidos no significan nada. Europa, Asia, Africa. ¿Hay otras montañas quizás a lo largo de la costa? Nosotros no hemos estado allí... es demasiado lejos y el peligro de morir demasiado grande.

—¿Ustedes no bajan nunca de estas montañas?

—Ninguno. Sería la muerte por la enfermedad, o algo peor: seríamos capturados. La montaña baja es tabú para nosotros. Si yo bajara, uno de mis hermanos de raza dispararía el Colt contra mí. Es nuestra ley.

—Pero ustedes permiten a otros venir hasta aquí, ¿no?

—Eso se permite, pero nunca ha sucedido hasta que tú viniste. Te vimos alto sobre nosotros, en aquella cosa grande voladora que tú montabas. Nosotros no hemos visto nunca esa cosa, pero hay una historia —leyendas que la gente antigua nos contó cuando yo era joven—, sobre la cosa voladora que los hombres podían conducir por los cielos como hace el cóndor. ¿Tú viniste de otra montaña que está más allá de la región de los Degradados?

—Del Norte —dijo O'Hara—. Más allá del hielo y del Telón, pero, ¿qué son los Degradados?

—La gente atómica, si se les puede llamar gente. Los que viven en las tierras bajas de las montañas.

—¿Un pueblo diferente?

El viejo parecía incrédulo.

—Tú debes saber estas cosas. Es imposible que no lo sepas.

—Pues no las conozco —dijo O'Hara—. Nosotros, más allá del Telón, no sabemos nada. ¿Quiénes son esas gentes atómicas y cómo es que son diferentes a ustedes? Y la enfermedad de la que usted hizo mención. Dígame...

No podía obtenerse una respuesta a todo en tan poco tiempo, al menos mientras siguiera trabajando la cuadrilla que descuartizaba al oso y reunía leña para las fogatas del clan que ardían en el suelo del desfiladero. El Viejo hablaba mientras trabajaba, enseñando a los niños. Ellos eran considerados —ya O'Hara lo había deducido—, como hijos del clan, no como los de una pareja. El concepto de familia se había extendido hasta abarcar al clan entero. Una familia encabezada por el Viejo, de doscientas personas viviendo comunalmente y sin poseer nada. Incluso sin armas; los Colt eran propiedades transmitidas de generación en generación. Trabajaban como un todo unitario, dirigido por el Viejo, con extrañas y pequeñas islas de tecnología en su ruda civilización. Por ejemplo: sabían cómo extraer los metales. Tenían sus fundiciones y los trabajaban expertamente, manufacturando los utensilios que necesitaban: fuentes, pucheros, cuchillos, y los cartuchos para los Colts. Las montañas eran ricas en cobre y en hierro. Cuando, más tarde, pudo ver O'Hara los yacimientos le fue evidente que usaban en ellas una técnica muy avanzada, tanto que parte de ella era hasta incomprendida por los miembros del clan. Entre las posesiones más miembros del clan. Entre las posesiones más celosamente guardadas por el Viejo había una retorta grande de cristal, parte de un lujoso laboratorio químico que ahora era sólo ruinas.

De qué servían era algo desconocido para ellos. Ni siquiera conocían cómo se obtenía el cristal. El Viejo creía que su retorta era un vaso sagrado. Lo era sólo por su antigüedad.

—Nuestros padres, que vinieron desde las llanuras, comprendían estas cosas —explicó—. Quizás era la magia que necesitaban allí; quizá los salvó de la enfermedad. Nosotros no la hemos necesitado y por eso hemos olvidado su uso. No sabemos las ceremonias necesarias.

—¿Fue este clan el único que se salvó de la enfermedad de las llanuras?

—No, hay otros. Muchos vinimos juntos, huyendo de las llanuras; algunos vinieron aquí, otros fueron hasta aquellas cordilleras de allí y aún más allá —dijo el Viejo señalando con su mano—. Más lejos también. Muchos clanes, pero no tantos como los que quedaron en las tierras bajas y se perdieron.

—¿Ustedes ven a esos clanes?

Ellos nunca los vieron. Eran familiares, pero sin lazos políticos o de sangre que los unieran. Las constantes incursiones de los atómicos —los Degradados— hacían imposible una asociación más íntima de los clanes de las montañas. Siempre, decía el Viejo, miles de Degradados serpenteaban por los valles buscando gente de las montañas para cazarlos.

—Los Degradados no trabajan. No necesitan leña para sus hogueras ni animales para su alimento ni cobre para sus utensilios —dijo el Viejo—. No hay nada que necesiten, sólo caza- nos. No quieren destruirnos, sólo capturamos para regenerar su sangre, para detener la enfermedad. Nosotros preferimos morir antes que emparejar con ellos. Son animales. Tú lo sabces, ¿no?

—No.

—Antes fueron como nosotros —dijo el Viejo—. Eso era lo que contaban los padres de mis padres. Eran como nosotros cuando vivíamos rodos juntos en los valles, en las grandes llanuras que se extendían hasta los ríos. Pero aquello fue en los primeros años.

—¿Qué quiere usted decir con los primeros años?

El Viejo intentó contestar.

—Fue en una época de grandes cosas y grandes triunfos. Nadie estaba hambriento y nadie necesitaba cazar para alimentarse. ¿Has visto, desde la cosa que vuela, los extensos objetos ordenados y brillantes que se extienden por los valles? Eso es una parte del todo, de lo que fue abandonado en los primeros años. La gente vivía en torres de piedra y el sol le suministraba todo lo que necesitaba. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Ahora no tiene significado, al menos no lo tiene para mí, porque no lo comprendo. Algo

sucedió que tuvo que ver con la enfermedad y nuestro pueblo huyó. Yo he visto a los ancianos del clan, cuando yo era un niño, hace treinta años, intentar explicar lo que sus padres les contaron, pero no podían aclarar nada.

—Hace treinta años. ¿Usted era un niño entonces?

—Sí, hace treinta años. Soy viejo, más que la mayoría.

—Y estos niños...

—Tienen dos o tres años. Con nosotros crecen lentamente. Los Degradados, sin embargo, son viejos a los veinte, más viejos de lo que nosotros somos a los treinta.

—Dígame —preguntó O'Hara—. ¿Qué edad tiene Nedra?

—Ella ha vivido nueve inviernos. Este es el décimo.

O'Hara sintió que la tierra se estremecía. Nedra tenía diez años. Por un momento pensó que posiblemente medían el tiempo de forma diferente, pero las últimas palabras del Viejo echaban por tierra aquella idea. ¡Nueve inviernos! Iba a cumplir diez años y estaba ya desarrollada. Mucho más que las muchachas casaderas de su mundo, sin la protectora faramalla de sentimentalismo y falso romanticismo. ¿Era entonces extraño que las emociones degeneradas de los viejos estuviesen ausentes de estos seres? Pasión y ferocidad, que eran tributos de la juventud, pero no malicia y ternura. Durando la vida tan poco no había tiempo para eso. Cuando volvió a su caverna entró con un sentimiento de culpabilidad, de vergüenza, pero el garrote labrado tan extrañamente yacía allí, en el suelo, y Nedra estaba esperando aquella mirada de adoración que ahora reconocía él como la apropiada en la mente de un niño. Pero ella no era ninguna chiquilla; tenía una magnífica peligrosidad, una espléndida fortaleza y suma agilidad, sabía lo que quería y sin absurdos miramientos.

—Te estaba esperando, O'Hara.

—Sí, ya lo veo. No te importe nunca ese garrote. De aquí en adelante nos aviaremos sin él.

—¿Cómo? —preguntó ella simplemente.

Ella no podía imaginar una sumisión plácida; ni O'Hara tampoco podía ya. Era otra cuestión vital.

Lo que el Viejo había querido decir con aquellos de «los primeros años» no se había podido aclarar, pero O'Hara, recordando los libros olvidados de aquellos sótanos llenos de moho de Oxford —los libros que tanto le hablan fascinado en la escuela— sacó en conclusión que esos primeros años se referían a los decenios que siguieron al establecimiento del Telón Atómico, un hito histórico que estos hombres del clan no comprendían porque lo hablan perdido por la rápida sucesión de tantas generaciones, una

cada diez años. En lo concerniente a la enfermedad, el Viejo estaba mejor informado. Esto sí era una cosa constante, presente entre el pueblo atómico, incluso ahora, Junto al terror y repugnancia de los hombres del clan.

—Lo que comen —dijo el Viejo— es abominable. Crece en las llanuras, en aquellos sistemas inmensos de objetos colocados que parecen tuberías. Si tú no los has visto desde tu cosa voladora te llevaré a un picacho desde el que se puede ver. Estas tuberías están contaminadas, pero fabrican su alimento, una porquería venenosa. No tienen otra forma de alimentarse, ni ellos lo desean. La energía atómica les da de todo. Ya hecho.

—¿Quién hace esas cosas que producen la energía?

—Esas cosas son inconmovibles. Nadie tiene que preocuparse de hacerlas.

—¿Son automáticas?

—No entiendo esa palabra, pero nadie necesita hacer cosas para la gente atómica. Todo está hecho. Ellos tienen unas máquinas que les trabajan; las tuberías coloreadas cuidan de los alimentos, y el agua que beben y que fluye de esas tuberías es extraída del océano que dicen que está más allá de las montañas del oeste, pero el agua también está contaminada. La tierra misma, el terreno de la llanura, está contaminado, empapado de la ruina atómica.

»Sus ciudades...

—¿Cómo son sus ciudades?

—Nadie las ha visto, pero hemos oído hablar de su existencia. Los padres de nuestros padres contaron estas cosas: una vez las construyeron de piedra y metal, como montañas con muchas cuevas, pero huyeron de ellas en los primeros años. Eso fue antes de que nuestro pueblo lo abandonara todo obligado por la enfermedad.

—¿Cómo les ataca la enfermedad?

—En su descendencia.

—¿Sólo en su descendencia?

—Sí, no ataca a los que ya han nacido, pero los descendientes son diferentes. Cada generación va pareciéndose más y más a los animales.

Innegable, aunque tiempos atrás fueron como nosotros. Ahora sus brazos son mucho más largos que los nuestros y sus pies son distintos; sus mandíbulas son prominentes; las cabezas, de forma extraña, con un plano inclinado hacia atrás a partir de las cejas.

—¿Como monos?

—¿Monos? —dijo el Viejo, desconcertado.

—No importa. ¿Y dice usted que esta enfermedad proviene de lo que ellos comen y beben y de las ciudades donde vivían?

—De todo cuanto les rodea. De los Túneles del Sol bajo Tierra...

—¿Qué son esas cosas?

—No lo sabemos. Nunca las hemos visto. Fueron inventadas después que los padres de nuestros padres huyeran. Las leyendas dicen que los túneles se extienden por todas partes, bajo la corteza de la Tierra, como los caminos por las montañas, y que en algún lugar situado en el centro de estos túneles hay un sol que arde dándoles calor, luz y energía, y algo más que nosotros no entendemos, una extraña protección, no contra nosotros, sino contra un gran mal...

—¡El Telón!

—¿Tú sabes cuál es ese mal?

—Quizás. Y puede ser que sepa más algún día. Pero dígame una cosa: ¿por qué huyó su pueblo de la enfermedad?

La reacción llena de dignidad del Viejo fue impresionante.

—Ya le he dicho lo que sucedía a los descendientes. Es mejor luchar y esforzarse por vivir. No tiene objeto que el hombre viva como un gusano, pálido y contento bajo un leño.

Aquello fue lo que más se parecía a un credo religioso de todo lo que O'Hara oyó de los hombres del clan. La Seguridad era mala por sí misma.

Pensando O'Hara en todo esto, decidió que en los primeros años, estos hombres que habían huido de la vida fácil y sin esfuerzos de las regiones atómicas, habían descubierto que la seguridad tenía un precio que ellos no querían pagar. Le habían vuelto la espalda en su huida, escapando de la más grande de las maravillas científicas a causa del —también— mayor error de la ciencia; un error imprevisible que captaron sólo al ver los resultados pero sin llegar a comprender las causas. Sin embargo, debían haberlo sabido de seguida.

O'Hara lo sabía.

La contaminación atómica, no mortal, sino lo bastante para ser tolerada, hacía sus estragos en los genes de la raza.

Habíase revertido el proceso de la evolución.

Los pueblos de la llanura, la gente atómica, estaban retrocediendo, volviendo al mono y a un paso increíblemente acelerado por alguna mutación en los genes que obligaba a alcanzar la madurez a los diez años de edad, una generación cada decenio, ¡diez en un siglo!, ¡veintisiete desde el establecimiento del Telón Atómico! La velocidad del retroceso era

infinitamente más rápida de lo que había sido la lenta evolución iniciada en el principio de los tiempos, porque, con el desastre en los genes que había producido ese retroceso, había también llegado lo contrario de la ley que dice que sólo los más aptos pueden sobrevivir. El estado atómico perfecto, que significaba seguridad para todos, estaba preservando y multiplicando a la raza predominante, a la formada por aquellos que eran los más ineptos.

Incluso estas tribus de las montañas que harían huido, habían sufrido aquel golpe que los iniciaba en el retroceso. Habían vuelto a la vida simple y a la magnífica estatura de los tiempos de Cromañón. Porque aquí, lejos de las granjas-tuberías y de los pantanos de agua destilada del mar, los alimentos y bebidas de las llanuras, y de las peligrosas instalaciones de energía, había siempre un exceso de radiación. El contador de O'Hara registró 0,285 miliroentgens a la hora en el momento en que su aparato aterrizó; no resultaba peligroso para un veterano de la Patrulla Internacional, pero era verdad que no se había supuesto, al fijar los límites, la exposición por un largo período de tiempo.

¡Adultos a los diez años! ¡Viejos a los treinta! Y, tal como decía el Viejo, mucho antes en las llanuras.

El Viejo había descrito a los atómicos como animales, como monos, pero O'Hara estaba sorprendido por los adelantos científicos demostrados: dos armas atómicas, las granjas—tuberías, el mismo Telón. Todas estas cosas no eran los frutos de inteligencia inferiores, por eso tenía que haber, con toda seguridad, otro pueblo en las llanuras, un pueblo superior que había concebido y dirigido la operación de estos soberbios inventos. Si ese pueblo existía, el Viejo no sabía nada de él.

—La gente de la montaña y los Degradados, no hay otros —insistía—. Es imposible que los haya porque, si viviesen allí, tendrían también la enfermedad.

O'Hara no podía creerlo. Sin embargo se confesaba que no parecía ser una contradicción mayor que el que una raza cavernícola empleara pistolas y solo conociera del petróleo la propiedad de producir luz.

El petróleo seguía siendo para él una meta. El viejo resultaba evasivo en ese asunto y Nedra, que le habría dicho todo lo que supiera, lo consideraba como un misterio que ni comprendía ni le importaba.

—¿Por qué hablas de las antorchas? —preguntaba— Si las necesitamos nos las dan. ¿No te basta conmigo para entretenerte?

—Sí, Nedra, pero yo quiero saber...

—¿Eres tú realmente uno de nosotros, O'Hara? Haces preguntas que sólo interesaría a los ancianos de treinta años, pero tú no puedes tener más de doce. Estás intranquilo, no eres feliz conmigo. ¿No te parezco bella?

—No hay una mujer en el mundo más bella que tú.

—Hay algo que deseas. ¿Son los hijos, O'Hara? Pronto los tendremos.

—Para el clan, supongo.

—Desde luego. ¿O prefieres que abandonemos el clan y nos vayamos con ellos a otra montaña? ¿Es eso lo que quieres? Pero los Degradados podrían cogernos. ¿Te gustaría que nuestros hijos e hijas se emparejaran con los Degradados? No, debemos permanecer con el clan y nuestros hijos deben de ser para el clan.

—Nuestros hijos —dijo él.

Lo había olvidado. Habría hijos. Antes de que él fuese viejo, ellos lo serían. Y Nedra... Nedra se habría marchado.

—En el lugar desde donde tú viniste con tu cosa voladora, O'Hara —seguía diciendo Nedra—, ¿son las gentes como yo?

—No como tú, Nedra. Ellos te admirarían.

—¿Como tú?

—Sí.

Entonces, perentoriamente, le dijo:

—Quiéreme, O'Hara, y tengamos hijos.

¡El antídoto eterno! Dondequiera que hubiese mujeres, había este remedio para la intranquilidad. Y con razón esta vez, porque él no encontraría, al otro lado del Telón, una vida más idílica que ésta. Había corrido una cortina de cuero en la entrada de la cueva y un leño en llamas producía luz suficiente y calor. Habían comido juntos y ahora yacían juntos en un montón de pieles.

Nedra mostraba la gracia atigrada de su cuerpo desnudo. ¿Se podía pedir más?

—Nedra —dijo él al fin—, tengo que saber todo el asunto de las antorchas.

—El Viejo sabe esas cosas. Pregúntale a él.

—¿De dónde saca el petróleo?

—Esa es una palabra desconocida para mí. No la entiendo.

—El aceite, lo que se quema en ellas. El agua negra.

—¿Para qué necesitas saber cosas sobre el agua negra?

—Para mi... cosa que vuela.

—¿Eso es lo que la hace volar?

—Sí, Nedra.

—¿Tú quieres volar otra vez, lejos?

—Quiero volar, pero no muy lejos. Quizá no pueda alejarme mucho.

—¿Tú quieres volar sobre las tierras de los Degradados?

—Quizá.

—Entonces, te mataré.

—No —dijo O'Hara—, no me matarás. Tienes que comprenderlo, Nedra. De igual forma que tú has nacido para amar yo he nacido para volar.

—Entonces es que no he sido una compañera fuerte para tí. He sido demasiado débil, pero yo...

—Deja ese garrote donde está —le dijo O'Hara riendo—. No te hablaré más de antorchas.

Con el Viejo tuvo, por fin, más éxito. Todo fue debido al cariño que sentía el Viejo por el arma que llamaba Colt. Su mecanismo producía en él casi una fascinación extática. Podía estar durante horas explicando cómo trabajaba cada parte, dibujándola sobre la arena, parándose de vez en cuando para recitar alguna victoria obtenida con ella: un oso gigante, un maquerodo, un monstruo que había aparecido y que procedía de las llanuras.

—¿Y sabes qué es lo que la hace eterna? —le preguntó a O'Hara—. El agua negra de nuestras antorchas.

—Conozco muy bien esa agua negra —dijo O'Hara instantáneamente, decidido a aprovecharse del interés del Viejo—. Es lo que hace volar a mi cosa voladora como si fuese un pájaro.

—¿El agua negra hace eso?

—Sí, cuando al agua negra se le hacen ciertas cosas primero. ¿Le gustaría verlo?

El Viejo se puso en pie, rígido; con toda la solemnidad que le daba su estatura, de uno ochenta, elevó la cara al cielo y dijo:

—Me gustaría ver cómo la cosa remonta el vuelo.

—Para eso tenemos que disponer de agua negra.

—Iremos mañana por ella.

—Y tenemos que hervirla. Construiremos una máquina, algo así como las que usan ustedes para obtener el cobre. Vamos dentro, a la cueva; le dibujaré las partes que deben componerla, pero en secreto, ¿eh? Le diré cómo tiene que hacerse.

—¿Podremos nosotros hacer esa máquina?

—Se necesitará tiempo, pero, si ustedes pueden hacer los cartuchos para el Colt, pueden hacer esta máquina. La haremos juntos.

Utilizando una aguda esquirla de obsidiana, O'Hara dibujó un alambique, rudimentario, pero que era suficiente, estaba seguro para refinar el petróleo.

—Esta parte tiene que ser de cobre —explicaba al Viejo—. Una retorta para contener el agua negra.

—Comprendo, O'Hara.

—Y aquí tenemos que poner unas tuberías. Como un carrizo, como el cañón del Colt. ¿Lo puede usted hacer?

—Puede hacerse. Haremos una barra de arcilla y la introduciremos en cobre fundido. Cuando se enfríe, quitaremos la arcilla

—Sí, podrá hacerse de esa manera. Hay que contar con un horno de mucha temperatura; creo que si se esparce agua negra sobre una capa de carbón y con la ayuda de un fuelle...

—Dibújalo.

—Así. Necesitamos estos serpentines. Para eso curvaremos esos tubos de cobre...

O'Hara continuó dibujando rápidamente. El esquema tenía algo de sentido para el Viejo.

—Esto es algo así como la retorta del laboratorio abandonado —sugirió.

O'Hara asintió.

—Esta es la máquina —dijo—. El agua negra se volverá incolora y con ella la cosa voladora se elevará bien alto en el cielo. Pero primero tenemos que disponer del agua negra.

—Iremos por ella mañana por la mañana —dijo el Viejo—. Tardaremos dos días en llegar al lago que la produce. Y ahora debo irme; tu mujer está enojada. A las mujeres no les gustan los secretos.

Cuando se fue el Viejo, Nedra, agarrando el brazo de O'Hara, le dijo:

—Hiciste mal haciendo esos dibujos —estalló airadamente—. Son como los que hacen las mujeres cuando idean nuevos pucheros. No es propio de hombres eso.

—¿Crees que no soy bastante hombre, Nedra? —Cuando dibujas esas cosas, sí que lo creo.

—¿Lo crees, Nedra?

Se volvió rápidamente y agarró el palo tallado; después se fue acercando lentamente a ella.

Cuando todo terminó y ella dio una vuelta, amodorrada sobre la piel de oso, su voz, por primera vez, ofrecía un tono casi cortés.

—Hemos empezado los niños, O'Hara. Nunca me separaré de ti ahora.

Al amanecer, el Viejo preparó la caravana para el viaje al lago que tenía el agua negra, un manantial natural de petróleo, pensaba O'Hara Nedra era la única mujer que iba también El Viejo había dado su opinión sobre esto, un sermón desdeñoso dirigido a O'Hara sobre la manera de gobernar a una mujer. Nedra no echó cuenta. Sus brazos rodeaban fuertemente el cuello de O'Hara y mantenía la cara obstinadamente oculta contra su chaqueta azul.

—Hará que nos retrasemos —insistía el Viejo—. Tenemos que recorrer rápidamente una gran distancia, atravesar el valle que está bajo nosotros. Si hay algún tropiezo no podremos refrenar nuestro paso al de una mujer.

O'Hara acarició el cabello de Nedra.

—De todas formas, vendrá.

—En tal caso que conste que es tu carga.

—Sí, mi carga. De acuerdo.

El viejo dio la orden de marcha y los hombres más jóvenes del clan se desplegaron al frente, como si fueran exploradores, a una distancia de unos ochenta metros. Los demás avanzaron de dos en dos saliendo a cada cinco minutos de intervalo para quedar dispersados ante un posible ataque con alguna clase de pistolas atómicas, mucho más desperdigados que si lo que se temiese fuesen las pistolas que ya O'Hara conocía. El Viejo colocó a O'Hara y a Nedra para que formasen la segunda pareja de forma que su andadura estuviese determinada por los exploradores del frente. De esta forma, actuando como en una cacería, los componentes descendieron rápidamente por la falda de la montaña en dirección al pequeño valle que se interponía ante la primera cordillera.

Pronto estuvieron abajo, pisando suelo llano y moviéndose rectamente a través de una vegetación tan alta, que les cubría la cabeza y que estaba interrumpida aquí y allá por densos bosquecillos de álamos temblones. A mediodía cruzaban un pequeño río helado en dirección a una espesura. El Viejo, presionándoles desde atrás les obligó a aumentar la velocidad; los exploradores, avisó, ya habían cruzado el río y corrían por la falda de la montaña a través del valle.

—Casi están fuera de peligro —explicó—. No puedes echarle nada en cara. Este es el punto más peligroso para nosotros, cuando no podemos explorar cuidadosamente.

Pero Nedra no necesitaba que le metieran prisa.

Ahora subían la cuesta que se curvaba rápidamente hacia arriba. Estaban exhaustos; el viento helado de diciembre cortaba el delicado tejido de los pulmones como si estuvieran respirando ácidos. Llegaron a la primera hilera de hirsutas coníferas cubiertas de nieve helada y estaban descansando, intentando descubrir a dónde les conducía el camino, cuando, desde un lugar situado frente a ellos, muy lejos y hacia lo alto del declive montañoso, un sordo estallido llegó rugiendo y una delgada columna de humo ocre salió disparada hacia el cielo, se acható en lo alto, y cambió rápidamente de coloración hasta llegar a ser de un rojo veteado; después, como si cediera bajo un peso, se dejó caer hacia la tierra de nuevo.

Nedra se agarró a la mano de O'Hara.

Entonces, tras ellos, más allá del río que acababan de cruzar, otra explosión se oyó al mismo tiempo que aquella tortuosa y pretenciosa columna de algo color amarillo oscuro, de pústula, reventaba como si lo fuera, con un humo lento, rojinegro, como sangre seca.

«Asqueroso», pensó O'Hara, «asqueroso. Un disparo de inmundicia».

Nedra le tiraba del brazo.

—Baja —le susurró—. Arrastrándote. Ellos no ven bien; si permanecemos abajo y vamos de roca en roca puede ser que no nos descubran.

—¿Ellos?

—Son los Degradados. Están detrás de nosotros.

O'Hara sacó su 0,83; se arrodilló Junto a Nedra y esperó que algo se moviera.

—Nedra —le dijo en un cuchicheo—, ¿es eso, esa materia fumante, el arma atómica?

Ella no contestó. O'Hara avanzó, la tocó y pretendió que se volviera, pero ella estaba mirando fijamente algo situado frente a ellos.

De pie, Junto a una masa de granito desmenuzado, gris como la misma roca, con su pesado cuerpo desprovisto de pelos y de la menor prenda de vestir; con sus largos brazos que hacia balancear mientras sus débiles ojos se esforzaban por ver algo bajo una frente bordeada de un hueso prominente, un hombre —aunque no era exactamente eso— sostenía en su repugnante mano un objeto reluciente en forma de tubo.

—Dispara ahora, O'Hara —dijo Nedra—. Haz que ellos nos destruyan. Estamos rodeados. Quieren cogernos, no matarnos. Mira ése, y aquél...

—Nedra. Quiero que eches a correr cuando yo dispare.

—Es demasiado tarde. Mátame, O'Hara.

—No, Nedra —dijo él, pero conservando su 0,38 apretada contra el costado de ella—. Habrá tiempo de morir. Si intentan separamos lo haré.

Es a ti a quien quieren. Si ven que estoy dispuesto a matarte nos perdonarán la vida a los ¿os. ¿Puedes decirle eso?

—Ella no necesita decírmelo —dijo el Degradado—. Tú vivirás mientras ella viva. Y ahora ven; el Padre está esperándote en Washington.

TERCERA PARTE

—Suponte —me dijo O'Hara inclinándose de pronto hacia adelante sosteniendo en su mano el vaso vacío— que tuvieras que volar mañana a la Prefectura de Suiza; salir de Londres, vamos a suponer, al mediodía y que llegaras a tu destino veinte minutos más tarde, aterrizaras en el aeródromo de Berna y comenzaras tu paseo, lejos de la ciudad, en el campo, entre las montañas. Tendrías la sensación de estar muy cerca de Londres. En cualquier momento, pensarías, puedes volver al aeródromo y estar de nuevo en Londres, en Bloomsbury, aquí, en veinte minutos, si lo desearas.

»Supongamos más aun; que mientras paseas por aquellas montañas de Suiza te encuentras con una mujer, más alta que la mayoría de las mujeres de Europa, y mucho más bella, de cabellos castaños rojizos, de ojos azules, vestida en forma extraña, con pieles, un vestido muy semejante al de los escoceses. Que en el transcurso de media hora ella ha intentado machacarte los sesos y que tú, en defensa propia, te has visto forzado a golpearla y que entonces te das cuenta de que eso era exactamente lo que ella quería que hicieses y que por ello, desde ese momento, ella es tu mujer, no tu esclava, sino tu esposa, la madre de los hijos que sí, serán tuyos, pero que no te llamarán padre.

»Todavía más; suponte que de pronto surge de esos mismos Alpes Suizos, no a veinte minutos de donde estamos sentados en este mismo instante corriendo una especie de plácida juerga, una horda de seres de aspecto humano, más repugnantes que monos porque son realmente hombres y no monos, que te rodean y te destrozan la ilusión de un tiempo pasado, te lo destruyen con armas atómicas y con la evidencia de industrias impulsadas por esa misma clase de energías. ¿Ves?

»No hemos hecho retroceder el tiempo sólo al momento en que se alzó el Telón Atómico alrededor de los dos Continente Perdidos del Hemisferio Oeste. También lo hemos hecho retroceder cien mil años, hemos vuelto al Hombre Java pero, sin embargo, estamos también muy por delante del grado de civilización que Europa y Asia han alcanzado hoy. Todo en un momento porque tú estás sólo a ¡veinte minutos de Londres!

—Se necesitan más de veinte minutos para ir, desde aquí, a las Rocosas, en Norteamérica —le indiqué.

O'Hara se echó a reír.

—Sí —dijo—; dos horas de vuelo directo. Y los Doce Ancianos de Génova lo saben. Dos horas hay, ¿te puedes imaginar?, desde donde nosotros sudamos y arañamos el pan nuestro de cada día al lugar donde podríamos vivir para siempre sin que hiciera falta mover un dedo. Vida en plena

abundancia, amigo, alimentos con sólo cogerlos, refugio donde vivir, paz y libertad absoluta y la compañía de los que están atareados y comprometidos en algo que no se parece en nada a la lucha de la humanidad tal como nosotros la conocemos. Y nosotros podemos tener eso. Todos nosotros. Bien allí, en Norteamérica, o aquí si lo deseas, porque en estos momentos los Doce Ancianos de Génova deben estar leyendo mi Informe que ha sido enviado desde Croydon inmediatamente después de mi aterrizaje hace un rato. ¿Qué crees tú que harán en todo este asunto?

—No lo sé, O'Hara. Tú no has terminado.

—No —dijo, y llenó los vasos—. No he terminado, ¿no es verdad?

Bebió. Sus ojos me escudriñaron atentamente.

—Tú quieres ver el cuadro entero, ¿verdad? Bien, lo tendrás. Deja que tu imaginación te lleve al avión que yo mencioné antes y que tardes las dos horas aquellas de vuelo para llegar a las Rocosas a la parte Sur de Colorado, tras el Telón Atómico. Estamos en un valle de las montañas, ¿recuerdas? Nedra y yo cara a cara con un caballero que habla ese extraño y bárbaro ingles que te describí antes, y lo habla con cierta dignidad, como si estuviera acostumbrado a dar órdenes. Y en su repugnante mano sostiene esa especie de tubo brillante que engendra aquellas espantosas explosiones que destruyen, sin dejar rastro, al enemigo: la pistola atómica.

»Ya te lo expliqué antes. Parecido a un mono, pero sin pelos, encorvado y grueso, su piel tan gris como el granito de las montañas, una cosa asquerosa, aunque yo también he visto en las calles de Londres a hombres tan asquerosos como él. Lo que me dejó perplejo, lo que me asombró, fue la paradoja que encerraba su forma de hablar, porque, como te dije antes, tenía cierta dignidad que sólo podía proceder de una mente que había sido educada. Sin embargo, los demás que formaban su patrulla, y que ahora iban llegando por entre las rocas hacia nosotros, moviéndose muy lentamente, a la par que sus débiles ojos se mantenían constantemente acechando en búsqueda de los dispersos elementos del clan, le eran, como supe después, mucho más inferiores. Ellos eran la horda, la masa, si prefieres, mientras que él, por pura casualidad, puesto que en la sociedad de que era miembro, nacer con inteligencia es verdaderamente un accidente, pertenecía a la más tiránica de todas las aristocracias, la oligarquía de los cerebros. Le llamaban el Hijo.

»Nedra —dijo O'Hara— se mantenía apretada y temblando, contra la boca de la automática que yo sostenía sobre su costado. Miraba al Hijo con una expresión de absoluta repugnancia. Ni entonces ni nunca vio en el Hijo nada que lo diferenciara de los demás miembros de la horda. La diferencia de intelecto no significaba nada para ella.

»Habría sido un golpe —siguió O'Hara— para las listos muchachos de esta tierra, haber visto la cara de ella tal como yo la veía. Pero no creo que

haya sido un golpe para el Hijo. El solo esperaba de Nedra su desprecio. Si él la hubiera podido tener, físicamente, su repugnancia no le hubiera importado. El sabía, es decir, se lo habían enseñado así, que las mujeres de su clase eran deseables para el mejoramiento de la raza, un medio de refrenar el proceso inverso de la evolución, deseable deseo el punto de vista de la raza. El estaba extremadamente falto de estética, no podía diferenciar una mujer adorable de otra fea; la flor, del cardo. Y no por falta de inteligencia, ya que tenía algo que se asemejaba a ella, sino porque —yo creo— había huido de el la esencia del romance, la apreciación de la belleza. Y, ¿de qué huía él, él y sus hermanos? Ellos lo tenían todo, incluso la enfermedad. Quizás era de eso sólo de lo que querían huir, de la enfermedad, sólo porque el pensamiento de la fuga había sido incrustado en sus cerebros desde el momento en que comprobaran que la tenían —tan pocos eran los que poseían un cerebro normal. No era un deseo inherente. La masa estaba contenta de seguir tal como iban, de vuelta al mono, al lagarto, al pez, al principio. Las masas de Norteamérica —de ambas Américas— estaban satisfechas. Este es el pensamiento que debe estar aterrorizando en este instante a los Doce Ancianos de Génova Porque en todas partes la masa se esfuerza en llegar a esa placidez, y ahora... bien, ¡pueden alcanzarla! La de este Hemisferio también. Los Doce Ancianos saben ahora esto, pero también saben —como Nedra lo sabía de forma instintiva— el precio que hay que pagar.

»E1 Hijo —dijo O'Hara— indicó la ruta a seguir señalando hacia la parte baja del valle.

—Debemos ponemos en marcha en seguida —dijo—, porque el frío de la noche vendrá rápidamente. Tú que vuelas —dijo, enfrentando su mirada con la de O'Hara— eres responsable de la vida de la mujer. Recuerda que si ella muere a causa de esa barra metálica que mantienes contra ella, tú morirás al instante también.

—Y ahora en marcha —añadió.

Hacían ya dos horas que caminaban, pero sin nada que recordara la precaución y habilidosa precisión con que los hombres del clan habían llevado a cabo antes el ataqué, porque, aunque el Hijo permanecía siempre tra¿' ellas, dispuesto constantemente a impedir la fuga, el resto de la horda —llegaron a ser trescientos cuando estuvieron todos reunidos— se bamboleaba sin seguir una dirección fija, yendo en grupos de dos, diez o cincuenta, parándose ahora y después para explorar una extraña formación de rocas o para palpar la corteza de los árboles para desgarrar en trozos el diminuto cuerpecito de un insecto, o simplemente para detenerse, olvidando aparentemente, por un momento, a dónde iban y por qué. Sólo una orden cortante del Hijo les hacía reanudar la marcha, siempre de forma apática, ni resentidos ni voluntariosos, sino como puede marchar una tropa de pequeños macacos a través de una determinada e interesante parte de un bosque.

—Usted me llamó: «Tú, que vuelas» —dijo O'Hara dirigiéndose al Hijo — ¿Cómo lo sabe?

—Tú fuiste vigilado —dijo el Hijo—. Cuando atravesaste el Telón, el Padre lo supo en seguida. El Padre sabe todo lo que sucede.

—¿Usted nos está llevando a él?

—Sí. A Washington.

—¿Ya sabe que usted nos ha capturado?

El Hijo pareció desconcertado, la piel sobre la protuberancia huesuda que resguardaba sus ojos se arrugó. Pareció dudar un momento antes de responder, pero su ceño se relajó pronto.

—El Padre lo sabe todo —dijo, como si aquella frase de catecismo allanara toda clase de dudas—. El piensa en todo. Nos mandó que viniéramos a las montañas y que volviéramos contigo.

Era interesante el juego de observar la mente del Hijo luchando con preguntas imprevistas.

—Supóngase —dijo O'Hara— que no hubiéramos bajado a este valle hoy. ¿Cómo podría usted habernos capturado?

—Se habría hecho.

—Ya; el Padre habría pensado en cualquier otro medio.

—Sí.

—Pero, ¿cuál?

—El que hubiera sido mejor. Si quisiera, el Padre podría destruir estas montañas. Todas ellas.

—¿Y por qué no lo hace? El pueblo que vive en las montañas es enemigo.

—¡Oh, no! ¡Nosotros no tenemos enemigos!

El Hijo hablaba ahora con más claridad. Se veía claramente que eran lecciones aprendidas.

—La gente de la montaña constituye, más bien, una medicina. Tal como el Padre cuida de algunos medicamentos en tubos de comprobación así conserva al pueblo montañoso en el medio que más le conviene.

—¿Le permite la existencia?

—Los anima para que vivan —replicó el Hijo—. Los estimula.

—¿Cómo?

—Enviándonos a luchar contra ellos.

—Pero eso los destruye.

—Sólo a algunos. Pero eso reanima a los que sobreviven. Por otra parte quedan liberados de los que no merecen, por su ineptitud, tener descendencia.

—Una disposición admirable —dijo O'Hara—. Tiene usted razón al decir que el Padre piensa en todo. Me están entrando ganas de conocerlo.

—Lo conocerás —dijo el Hijo—. Pronto te encontrarás con él.

Estaban llegando a lo más espeso del bosque, que cubría el valle y que se abría hacia el Este, camino de una ondulante llanura, cuando de repente, casi tan rápido como el disparo de un arma de fuego, el bosque cesó y ante ellos se extendió una de las vastas y multicolores granjas-tuberías que O'Hara ya había visto antes desde el aire. Cada sección de tubería tenía, aproximadamente, uno treinta de diámetro, la superficie lisa y a una temperatura que O'Hara, al tocarla, la calculó en treinta y siete grados; los extremos de cada tubo se unían a otros, de tal forma que constituían, en efecto, una interminable serpiente metálica que se extendía kilómetros y kilómetros.

—Tendréis que saltar sobre estos tubos —me explicó el Hijo.

—¿Qué son?

—Foto sintetizadores de la parte oeste de Kansas, aunque no toda su producción se consume aquí. Los rayos solares de esta región son los más favorables para este alimento. La mayor parte de la producción la necesitan las ciudades del Atlántico. Las enviamos por medio de aquel túnel.

—¿Túnel?

—Estamos próximos a la estación local.

El Hijo señalaba hacia el centro de la granja-tubería de la que ahora una súbita erupción de aquellos animales parecidos al hombre —a pesar de que podían hablar O'Hara no podía pensar en ellos como si de hombres se tratara — llegaron saltando sobre los tubos, con las caras marcadas con aquella vacía irreflexión de las masas y conducidos al encuentro de los recién llegados por otro de su especie que, como el Hijo, llevaba en su mano la brillante arma, en forma de tubo, que O'Hara supo después que era tanto un símbolo como un refuerzo de autoridad.

—Estos son —explicó el Hijo— emporianos. Su ciudad es una de las más antiguas, aunque su asentamiento fue cambiado a menudo en los tiempos antiguos, antes de que comenzaran los diluvios. El Hijo que veis entre ellos me dijo que están esperando para muy pronto otro diluvio con el que remediar la aguda superpoblación. Iréis con él.

—¿Otro Hijo?

—¡Oh, sí! Al padre no le faltan Hijos. Y ahora os dejo, mi campo de acción está constituido sólo por los valles de esta cadena de montañas.

Cuando se volvió, las dos hordas se habían ya mezclado de forma que la tarea de separarlas fue como la que realizan los perros pastores con las ovejas, pero no separando las masas especificando los individuos que las componían, sino tan sólo numéricamente. Para ello los dos Hijos gritaban, a medida que dividían a la horda bamboleante y siempre patética. A O'Hara le dejó atónito la docilidad de la masa porque lo más seguro era que tras sus ojos apagados existiese algo parecido a un cerebro y que por tanto debían comprender que aquellos que fueran a las montañas serían utilizados para combatir, expuestos al menos, a enfrentarse con los Colts de los hombres del clan. Sin embargo, juzgando por las apariencias, no les importaba ni la guerra ni la plácida existencia entre tubos de una ciudad como Emporia. La única dificultad con la que tropezaban los Hijos se derivaba de la torpeza de las masas en comprender el hecho de que debían separarse, de que algunos debían dirigirse, por sus propios medios, hacia las montañas y otros volver a la ciudad. Era como la división insensata de una amiba, una división dirigida, quizá, por una inteligencia sublime, pero que no contaba ni con la conformidad ni con la comprensión de las masas.

A medida que observaba a los Degradados —la poca menos que bestial estupidez de la horda y la inteligencia infundida, o reflejos domeñados, de los Hijos— O'Hara fue convenciéndose más y más de que era verdaderamente una inteligencia sublime la que los guiaba, algo que aceptaban, sin discusión, como infalible y a quien, por el inevitable sistema de concepción llamaban Padre, pero que, con toda probabilidad, era el más cabal de los mejores Hijos o un organismo gubernamental que seguramente no se diferenciaba en mucho de los Doce Ancianos de Génova.

Para Nedra tales reflexiones no sólo eran insensatas, sino estúpidas. La masa de los Degradados, los Hijos e incluso el Padre eran sólo nombres distintos con los que referirse a un pueblo repugnante, a gusanos, como los hombres del clan los llamaban. Sólo su curiosidad contenía a O'Hara de estar de acuerdo con ella.

—¿Ves? —dijo Nedra—. Debías haberme matado antes en las montañas, porque ésta es la forma en que todo se desarrolla cuando se trata con los Degradados; se pasa de bando a bando, siempre más hacia el interior de la contaminación en que viven, siempre con menos y menos probabilidad de escapar de ellos. Nos llevarán ahora abajo, a sus ciudades, a Emporia, y entonces, O'Hara, ¿de qué forma nos arreglaremos para escapar?

Había verdad en lo que decía, pero O'Hara

no podía ver que realmente estuviesen peor que antes.

—Te contestaré con dos refranes: «Mientras hay vida hay esperanza —

dijo irónicamente— y «sólo se muere una vez».

—Esa es la mayor de las mentiras —contestó Nedra con la barbilla adelantada en un gesto de terquedad.—. Se puede morir miles de veces y cada vez en forma más horrible que la anterior. Por otra parte mientras hay vida sucede, a veces, que la hay sólo para morir otra vez. Tienes miedo de morir. O'Hara?

—Miedo no, sino aversión.

—¿Por qué? ¿Es que vamos a tener en nuestras vidas noches mejores que las pasadas Juntos en la caverna?

—No mejores, Nedra, pero quizá tan interesantes. Realmente no deseo suprimir esa posibilidad. Un hombre que se esté muriendo de sed en medio del desierto no busca la muerte porque el agua que pueda alcanzar no sea más dulce que la que bebía antes. Es más que eso, más que la zanahoria que oscila siempre Justamente más allá de la nariz del burro. En mi mundo, tras el Telón, tenemos la creencia de que la vida es sagrada por sí misma y que siempre nos es posible alcanzar la redención.

—¿Qué es la redención?

—La vida después de la muerte; una vida mucho mejor que la vivida anteriormente.

—Tú y los tuyos siempre pensáis en vosotros mismos —dijo Nedra— y así, pensando solamente en vosotros, esa noción puede ser la verdadera. Pero, ¿qué pasa con el clan? ¿Has olvidado, O’Hara, lo que hace la enfermedad? Nosotros la tenemos ya, tú y yo, como los Degradados la han tenido siempre, Lo que ha hecho con ellos lo hará con el niño que llevo en mi seno.

—¿Qué tú...? —dijo, pero se detuvo, porque Nedra no sentía su alegría.

Era absolutamente ilógico, pero es que Nedra por no tener el menor concepto de religión no tenía por qué estar agradecida. Por eso en vez de irrumpir en exclamaciones de júbilo se limitó a rozar sus labios por la mejilla de ella en una rápida caricia.

La masa había quedado ya separada, al fin. Los que tenían que ir a los valles, entre las montañas, estaban ya trepando, en su camino de vuelta, por entre las interminables y coloreadas tuberías del foto sintetizador, mientras que el segundo de los Hijos, con su pistola atómica mantenida previsoramente, venía ahora acercándose a ellos.

—El Diluvio llegará pronto y ustedes deben estar, antes de que se produzca, a salvo en el Túnel. El Padre no desea que ustedes se ahoguen.

O’Hara pasó su brazo fuertemente rodeando la cintura de Nedra para evitar cualquier acción que la cogiera de sorpresa. Conservando su 0,38 sobre el costado de ella comenzó a andar, siguiendo a la horda, hacia el interior del

laberinto de tuberías.

Quinientos metros más allá, entre dos tubos de un bermellón intenso, un cuadrado de unos doce metros de lado, construido de cristal opaco, o de metal, o de plástico, comenzó a elevarse, girando sobre un lado, a medida que se aproximaban, dejando al descubierto una plataforma que, aparentemente, era de magnesio y sobre esta plataforma el Hijo colocó a O'Hara, a Nedra, y a todos los Degradados que cupieron. La plataforma empezó entonces a hundirse rápidamente sin ruido alguno por un pozo, de acabado perfecto, y construido con un metal análogo. O'Hara calculó que descendieron unos cincuenta metros hasta llegar al fondo. Una pared del pozo cuadrado se deslizó hacia arriba y abandonaron la plataforma que, al instante, comenzó a elevarse de nuevo para volver a la superficie, mientras el panel se cerraba automáticamente tras ellos.

Estaban en la ciudad subterránea de Emporia.

O'Hara, cuando explicaba todo esto, no podía disimular, ni siquiera en el prosaico Bloomsbury, la emoción tan intensa que debió sentir al ver por primera vez la culminación de una época.

—La época atómica —continuó—, lo que Europa pudo haber llegado a ser si no hubiera sido por la tercera guerra mundial. Si tú estuvieras ahora, como lo estuve yo, en el mismo centro de aquella extraña y, sin embargo, contemporánea metrópoli subterránea, dudo que pudieses escribir otra tontería seudocientífica para esos aficionados que forman la Liga de la Juventud y a la que tú mismo perteneces. Tú eres solo un aficionado, amigo. Lo que tu cerebro clasifica como cosas extraordinarias, y por tanto recomendables desde el punto de vista de un escritor de anticipación, no son nada más que simples aproximaciones. Había más cosas extraordinarias en Emporia de lo que puedes imaginar.

»Más asombrosas que el Telón incluso, más extrañas que los Degradados, más inconcebibles que un clan de hombres del Cromañón paseando con toda magnificencia por entre las cavernas de las Rocosas y a menos de dos horas de vuelo desde donde ahora estamos sentados. Yo debería haberlo imaginado, pues soy un poco médium, lo que me viene, posiblemente, de algún loco irlandés de Boston del siglo XX o de alguna bailadora de Santa Fe. Estos nombres te extrañan, ¿verdad? Una bailadora de Santa Fe, un irlandés de Boston. Los leí, más tarde, en la tremenda biblioteca que el Padre conserva en Washington, los archivos de una democracia fallecida. Sí, hay en mí sangre céltica, en cantidad muy escasa, pero lo suficiente para ser vidente en tales asuntos. Debí habérmelo imaginado todo cuando oí el grito de Anstruther el día que desapareció en la costa de Patagonia. Debí haber supuesto que hay cosas más extrañas en la Tierra que una pared impenetrable.

»¿Has visto las catacumbas de Roma? ¿No te ha maravillado que fueran

hombres los que habitaron esas madrigueras? Entonces puedes tener una idea, aunque mínima, de la sensación que me invadió mientras estaba allí sintiendo a Nedra, apretada Junto a mí, temblando. Las relucientes paredes de magnesio y las avenidas de la subterránea Emporia se extendían en todas direcciones a partir del ascensor que atravesaba el techo de la ciudad, la única comunicación con la superficie de la Tierra. El ascensor se elevaba de una especie de plaza, un espacio ancho y rectangular con avenidas excavadas a través de la piedra viva forrada después con metal, tanto el techo como el suelo, y como los lados, y con los compartimientos, que podían ser comparados a nuestros edificios, que estaban horadados a ambos lados de cada avenida, de tal forma que realmente no daba la sensación de una ciudad —al menos tal como las conocemos— sino de inmensos túneles que se entrecruzaban. No se veían siluetas de tejados ni de chimeneas ni fachadas de diversos estilos arquitectónicos, sólo se presenciaba el triunfo del cubismo, una pesadilla de magnesio que reflejaba el gris pálido de la luz procedente de una serie de tubos traslúcidos que se multiplicaban por el techo de la ciudad. Por esas vastas avenidas, las hordas de los Degradados hormigueaban sin dirección fija y con una satisfacción no simuladas.

»Literalmente —dijo O'Hara— decenas de miles. Las avenidas estaban embotelladas. Era peor que Trafalgar Square en un día de fiesta, peor que el gentío de aficionados al Gran Nacional Continuamente se apretujaban al querer pasar por las puertas de vaivén que conducían a los comedores y dormitorios de Emporia. Eran amplias habitaciones, que no se distinguían siquiera por la arruga de una soldadura unas de otras. Metida en calderos, la sustancia preparada por los rayos solares en los foto sintetizadores estaba constantemente dispuesta. Eran alimentos diferentes que se diferenciaban por su color y por su gusto, todos conducidos por tuberías desde los depósitos en los que los foto sintetizadores estaban sumergidos. Todo automático. No se necesitaba levantar una mano para proceder a la alimentación del populacho excepto la que debía guiar la cuchara a la boca. El populacho era alimentado, no exactamente como si fueran cerdos pero sí con la misma falta de delicadeza o de cariño.

»Los dormitorios eran uniformes. Alrededor de las paredes había hileras de tarimas, un metro ochenta de anchas y dos y medio de largas, que estaban acolchadas con un material seco y blando, muy parecido a la espuma de caucho pero increíblemente duradero. Era imposible desgarrarlo, imposible gastarlo por el pequeño roce a que estaba sometido. Cosa digna de tenerse en cuenta es que estaba sobre aquellas tarimas, sin cambio aparente desde hacía doscientos años.

»¿Sanidad? Ese era uno de los fines más importante de los Diluvios como los llamaban, una purga de la ciudad que la libraba de las dos cosas; superpoblación y suciedad. Era una solución alcalina que... pero no, me estoy adelantando al explicar cómo fue enterándome de estas cosas.

»La ciudad de Emporia era impresionante. Créeme, la ingeniería alcanzó el nivel más alto en los primeros años transcurridos tras el Telón, cuando el miedo y la necesidad habían sido eliminados y todo el ingenio del hombre fue encauzado hacia la creación de la civilización perfecta. ¡Eso parecía: perfecta! Y Emporia fue sellada completamente, aprisionada por el magnesio de sus cavernas horadadas en la roca; el aire era una sustancia fabricada como el alimento; el agua, bombeada a lo largo del Túnel que empezaba en los Angeles, donde instaladores enormes destilaban agua del mar para medio continente. Maravillosos eran estos trabajos enteramente automáticos, pero la faceta más asombrosa de la vida era la vida misma; la horda, las bamboleantes decenas de miles de seres comiendo, durmiendo, emparejándose.

»Tú has sido siempre algo libidinoso. Supongo que piensas que habría un tumulto si cien mil mujeres desnudas pasearan por las calles. Pero no hubo ninguno. No se oyó ni siquiera un silbido en aquellas calles tan abarrotadas de Emporia. Cien mil mujeres, fíjate. Sus cuerpos de un verde delicado bañados por aquella luz; más frágiles que los hombres. Los pechos como bolsillos vueltos, el cabello tan corto como el de los hombres y tan erizado. La mayoría con sus brazos tan largos agarrando sus extraños y pequeños bebés con la fiera actitud protectora de todas las cosas biológicas —la rata lucha por su prole, y la liebre, y el reyezuelo— pero sin un afecto sincero. Cien mil mujeres desnudas y silenciosas, bamboleándose apáticamente ante cien mil hombres desnudos...

»Una escena —dijo O'Hara— del infierno de Dante. Hombres sin emociones y sin almas, o, si éstas no pueden ser separadas de la raza humana, entonces sin la inteligencia precisa para denotar su existencia.

El grupo de los Degradados con el que él y Nedra habían descendido hasta Emporia se había dispersado entre este enjambre de miles, pero el Hijo que los vigilaba permanecía tras ellos. O'Hara, mientras seguía caminando entre las resplandecientes y anónimas avenidas, mientras pasaba por varios de los dormitorios y comedores donde la masa comía o yacía en sus tarimas, bien juntos, bien separados, sin avergonzarse, no podía creer que hubiera un propósito o dirección definida en la marcha.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó al Hijo.

—Hacia el Empalme —replicó el Hijo—. El Túnel de Washington llega hasta ahí. Todos los Hijos destacados en Emporia están también allí ahora para escapar del Diluvio.

—¿Los Hijos se libran del Diluvio?

—Los Hijos y todos los niños que tienen las cualidades necesarias para serlo. Los seleccionamos después de comprobar su inteligencia. Eso se hace cuando nacen. Las ondas cerebrales muestran cuáles son los que deben ser

elegidos.

—¿La comprobación se hace con una máquina?

—¿Cómo, si no?

—¿Y las madres no ponen objeción alguna?

—¿Por qué iban a hacerlo? Cuando los han tenido su tarea ha terminado. Somos nosotros, los Hijos, los que estamos encargados de recogerlos y enviarlos a Washington para que sean educados. Somos nosotros, los Hijos, los que tenemos la misión de engendrarlos...

—¿Sólo los Hijos?

—Los varones de esta muchedumbre son estériles. El trabajo es para nosotros.

—Debe haber muchos Hijos —dijo O'Hara.

—No, desgraciadamente. La proporción entre los Hijos y la masa decrece constantemente. Hoy en día podemos cumplir con nuestra obligación gracias a la inseminación artificial. Por favor, pase por aquí —dijo el Hijo indicando una puerta—. Este es el Empalme.

La habitación donde ahora entraban se diferenciaba de las otras salas de Emporia solamente en dos particularidades. La entrada por la que habían pasado consistía en puertas dobles, como las de las esclusas de un canal y, en el centro de la habitación, el suelo metálico presentaba una abertura con algunos escalones que conducían a una serie de túneles más pequeños, situados abajo. La mitad superior de ellos estaba abierta. En uno de estos túneles abiertos se veía, en aquel momento, un gigantesco cilindro de metal, de unos veinte metros de largo, con una escotilla en lo alto por la que varios de los Hijos descendían ahora llevando cada uno, en sus brazos, un niño y volviendo momentos después a salir con las manos vacías. Al cabo de diez minutos, el último de los Hijos salió, la compuerta fue cerrada de golpe, la aseguraron con cerrojo, y el cilindro comenzó a moverse, desapareciendo en cuestión de segundos por el túnel.

Una voz de trueno llenó entonces la sala. Los

Hijos se volvieron hacia un espejo gigante sobro el que, sin razón aparente, una luz brillante parecía reflejarse.

—¿Han salido los niños? —preguntó la voz, y un coro de Hijos contestó a la manera de un canto.

—Han salido, Padre.

—¿El hombre que vuela ha salido?

—Acaba de llegar, Padre.

—Enviádmelo. La hora del Diluvio está cerca.

El Hijo que estaba con O'Hara y Nedra condujo a estos a un segundo cilindro que ahora ee deslizaba surgiendo de un túnel.

—Debe marchar en seguida —ordenó—. Pero solo, sin la mujer pelirroja de las montañas.

Nedra volviose.

—Me lo prometiste, O'Hara.

—Te lo prometí —dijo éste acechando la pistola atómica del Hijo.

Recordó entonces la súbita y vil proyección de llamas que hubo junto a la montaña. Sería todo muy rápido. Ahora que había, por fin, llegado el momento había desaparecido su repugnancia. No tuvo miedo, sólo sintió un entusiasmo que le cegaba; la fase primera de la muerte.

—¿Estás lista, Nedra?

—Sí —dijo ella.

Volviéndose, cerró sus brazos alrededor del cuerpo de O'Hara.

—Ahora...

La voz sonó como un estampido en la sala.

—¡O'Hara! ¡Espera!

Y los Hijos que estaban más cerca de ellos se inclinaron.

—Enviadme a los dos —ordenó la voz.

La luz del espejo aumentó de intensidad como si estuviera en plena incandescencia.

—Enviadme a los dos —repitió—. ¿Alejarás tu arma ahora, O'Hara?

O'Hara miró la luz frente a frente.

—Sólo cuando nos marchemos juntos.

—Debéis entrar en seguida en el Túnel. Los Hijos no os lo impedirán.

—¿Tú nos ves, Padre? ¿Comprendes lo de la pistola?

—Sí, lo sé; y os veo. Lo veo todo. Y lo sé todo. Ese uniforme es de la Patrulla Internacional. Tú estabas destinado en la base de la isla Wrangell, al norte de la costa siberiana. Antes lo estaba en las Falklands y volabas hacia el Sur, hacia la Antártida. Nacido inglés pero descendiente de emigrados: descendiente de americanos. Tus ascendientes se fueron de este continente antes del establecimiento del Telón. ¿Lo ves, O'Hara? ¡Yo sé!

La luz ahora brillaba tan intensamente como el Sol. O'Hara recordó el

mito de los hombres del clan: Un Sol Bajo la Tierra.

—¿Me temes ahora. O'Hara? —preguntó la voz—. ¿Temes el saber?

—No me asusta el saber.

—Entonces ven, tú y tu mujer. Ahora. Te necesito aquí.

El poder de aquella voz, unido al brillo tan intenso como el de un sol que poseía la superficie de aquel espejo gigante, prestaba tal majestuosidad a las palabras, que éstas mantuvieron a los Hijos en posturas sumisas. Sin embargo a O'Hara el tono le pareció más bien suplicante, como si el Padre estuviera temeroso de algo, como si le horrorizara la idea de que O'Hara pudiera destruirse a sí mismo. ¿Qué otro propósito podría encerrar aquella demostración de que conocía los hechos ocurridos tras el Telón?

Y aquella última frase. «Te necesito aquí».

El Padre lo necesitaba. O'Hara supo, cuando pensó en esto que iba a ir. Y Nedra lo intuyó.

—O'Hara, ¡no!

Colocando decididamente su 0,38 en el interior de su chaquetón, giró, e, inmovilizando las manos de Nedra la llevó suspendida rápidamente bajando los escalones y entrando por la escotilla, en el cilindro. Los Hijos saltaron en seguida y se oyó a continuación cómo se cerraba de golpe el cerrojo.

Con una tremenda sacudida, el cilindro salió disparado arrojando a O'Hara hacia atrás. Tanto Nedra como él cayeron sobre el material elástico, parecido a espuma de caucho, que se alineaba en las anchas tarimas de los dormitorios de Emporia. El interior del cilindro carecía de todo lo demás. Era sólo un largo proyectil completamente acolchado, que ahora se deslizaba suavemente y que no producía la sensación de movimiento debido a la falta de datos exteriores para comprobarlo; sin aberturas, sin vibraciones. Al cabo de unos segundos, cuando O'Hara se las arregló para recuperar el equilibrio y ponerse en pie, viendo a Nedra que yacía inmóvil a dos metros, el cilindro empezó a perder velocidad rápidamente. O'Hara fue de nuevo lanzado al suelo.

Inmediatamente la compuerta se abrió sobre ellos.

Apareció la cara de un Hijo.

—Están ustedes en Washington —dijo—. El Padre les espera.

Segundos, pensó O'Hara. No pasaron veinte segundos desde el momento en que el cerrojo quedó cerrado; sin embargo, en esos veinte segundos, habían viajado desde el oeste de Kansas hasta Washington. Aquello representaba una velocidad inimaginable si es que Washington estaba donde había estado siempre.

Nedra se puso de pie.

El estaba preparado para ver cómo se encendía en Nedra aquella rabia feroz, tan característica de ella, y cómo deberla abalanzarse petrosamente obligándole, una vez más, a comenzar con ello la lucha interminable de un hombre del clan con su mujer, una lucha que había empezado a ser excitante. Pero Nedra ni siquiera lo miró. Permaneció allí, de pie, con los hombros caídos, el pecho inmóvil, apática.

—¿Nedra? —la llamó.

No contestó ni se movió. Los brazos le colgaban inertes; las palmas de sus manos se apoyaban descuidadamente contra los muslos.

O'Hara le hizo dar una vuelta para mirarla a los ojos. Si ella lo vio, lo ocultó perfectamente. Sus ojos estaban vidriosos; su labio inferior parecía estar caído.

—¡Nedra! —gritó O'Hara, sacudiéndola—. ¡Nedra! ¿Qué tienes? ¿Me oyes, Nedra?

—Sí —dijo—. Te oigo.

Sobre ellos, en la abertura del cilindro, el Hijo estaba diciendo otra vez.

—El Padre espera. Deben venir en seguida.

Por un instante, O'Hara captó en la voz átona del Hijo un eco de la de Nedra: la misma monotonía estúpida, la misma pesadez.

Entonces, lleno de pánico, recordó la relación que había descubierto antes entre el nivel de contaminación y la altura, bajo cuando volaba sobre montañas; extremadamente alto, tanto al este como al oeste de ellas, y seguramente más alto aun en estas ciudades atómicas. Recordó también que el pueblo de las montañas había ya recibido el primer impulso hacia atrás, huela el alba del hombre. ¿Había sido Nedra tocada por esta súbita intensificación de la contaminación transformándola gradualmente, desde que rompió el día, en otro miembro de este pueblo semejante a monos?

Este pensamiento le hizo rebelarse. La reacción fue violenta. Imperdonable, la llamó él; imperdonable para siempre, porque en el siguiente segundo fue culpable del mayor de los delitos: de la cólera irreflexiva, lo que más aproxima al hombre a la bestialidad. Esas palabras fueron las suyas, la opinión que él mismo expresó en Bloomsbury. La abofeteó.

El golpe no la hizo caer. Cuando él pudo ver de nuevo, ella no se había movido. Seguía allí, ante él, mirándole fijamente, sin interés. Un hilo de sangre salía de su boca.

—Nada de lo que yo pueda decir, nada de lo que yo he hecho desde ese instante, puede reparar lo que le hice —dijo O'Hara—. Aquello fue la escena

repugnante del hombre que pega al hijo deforme porque detesta en él la imagen inacabada de sí mismo. Todos los hombres son capaces de ello; yo también lo fui. Cuando estuvo hecho, cuando aún me dolía la mano por el golpe, una vergüenza infinita estrujó mi corazón con sus dedos helados. Y algo cambió; algo quedó muerto. La pasión quizá. Ella era más para mí que lo que la pasión podía abarcar después de aquello. Un hombre cae desde la montura de su masculinidad cuando llega a saber lo que yo supe entonces, al fin: la amaba. Ella era mi novia, mi esposa.

Con gentileza puso su brazo bajo las rodillas y elevó su cuerpo sumiso. Con la cabeza inclinada sobre la de ella subió los escalones que conducían fuera del cilindro.

El Hijo, que había estado esperando, les volvió la espalda mientras les decía:

—Deben seguirme.

Y comenzó a andar moviéndose con el paso torpe de los Degradados a lo largo del vasto corredor flanqueado por paredes de magnesio. O'Hara, con Nedra en los brazos, fue tras él.

El pasillo estaba desierto. El Hijo, caminando delante, iba sin el arma atómica en forma de tubo que los Hijos llevaban en Emporia, la única forma de distinguirlos rápidamente de la masa. Sin embargo, aquí, en la ciudad del Padre no parecía haber masa.

Tampoco había, en estos largos corredores, ningún dormitorio o comedor de los de Emporia. La interminable procesión con las inaudibles pisadas de los pies desnudos del Hijo sobre el suelo metálico, mientras que los tacones de O'Hara resonaban y volvían a resonar, le hacía parecer como si estuviera andando solo en la más horrible de las pesadillas, en un espacio vacío. El camino se extendía sin la menor desviación, hasta hacerse insoportable para O'Hara que había perdido, en los brazos, el sentido del tacto debido al peso muerto del cuerpo de Nedra, hasta que de pronto, sin explicación, el Hijo giró hacia la pared y esperó a que O'Hara llegara a su altura. La pared se deslizó súbitamente hacia arriba dejando ver un estrecho tramo de escalera de pequeños e incontables escalones metálicos que desaparecían en la distancia ascendiendo muy por encima del nivel de la visión de O'Hara.

Los escalones lo subieron muy lentamente porque las fuerzas hercúleas de O'Hara estaban menguando. Al fin llegaron a un segundo piso de la ciudad, a una inmensa sala circular de paredes construidas con el mismo magnesio reluciente que reflejaba las luces verdes ocultas en el techo, una luz que incrementaba la sensación magnífica de espacio astronómico y vacío, como si este edificio estuviera más allá de la Tierra y no bajo ella.

Exhausto, tal como estaba, O’Hara fue capaz de deducir que esta

grandiosidad había sido pre calculada para provocar un temor reverencial, no podía tener otra explicación. Incluso la masa de Emporia, el hervidero de cientos de miles de personas desnudas circulando por aquella sala de la ciudad satélite, se había perdido en este tremendo y brillante vacío.

En el centro de esta sala enorme, se alzaba un cilindro. Al llegar a él, el Hijo se detuvo de nuevo. Un segundo panel se abrió y el Hijo, silenciosamente, indicó a O'Hara que debía entrar.

—Contigo —insistió O'Hara.

—Yo no puedo seguir —dijo el Hijo—. Está prohibido.

—¿El Padre os lo prohíbe?

—Sí.

—¿Qué sucedería si lo hicieras?

—No lo sé.

—¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo. El Padre me vigila.

—¿Te vigila ahora?

—El Padre siempre está vigilando. Deben seguir ahora.

—¿Esperarás hasta mi regreso?

—No habrá regreso. El que entra, no vuelve.

O'Hara dudó. Pero él sabía que ya no había forma de volver a Emporia, a las plantaciones, a los foto sintetizadores, a las montañas, y no era una cosa extraña, sólo imposible. El único camino era seguir adelante, al Padre. Se volvió y atravesó el panel. Este se cerró instantáneamente tras él, ocultando a la vista al Hijo arrodillado.

El suelo del cilindro comenzó a elevarse rápidamente. Cuando se detuvo al fin, otro panel se abrió y O'Hara, con Nedra en los brazos, avanzó sumergido en la luz del mismo sol.

No supo cuánto tiempo permaneció allí con los ojos ciegos y doloridos. Si esta luz tuvo también el propósito de humillarlo, falló, porque su cólera convirtiose en desafío, en el valor suicida de los animales atrapados.

—Si yo pudiera ver —gritó—. Sólo con que pudiera ver...

—Tú verás, O'Hara —dijo la voz—. Y me alegro de que me hayas elegido en vez de a la muerte.

A medida que escuchaba aquella frase, el volumen de la voz fue decreciendo, con tal rapidez, que las últimas palabras parecieron no más que un suspiro, pero cercano. La luz también disminuyó y fue tomando forma.

—Cuando hayas visto —susurraba la voz— se te quitará la ira, O'Hara. Tú también sentirás mi regocijo. Piensa en esto, en que durante toda tu vida te has estado preguntando qué es lo que habría tras el Telón Atómico, qué se había creado en estos doscientos setenta años en los Continentes Perdidos y, en particular, en los Estados Unidos, en el Capitolio de Washington. Ahora lo vas a saber. Yo te lo voy a mostrar. Voy a enseñarte, O'Hara. He deseado muy a menudo, en estos años, decírselo a alguien que pudiera comprenderlo. En ocasiones pensé que el hombre había llegado, un Hijo verdadero, O'Hara. Porque no eres tú el primero que atraviesas el Telón. Pero los otros eran ineptos. Me fallaron y yo... quizás yo no sea también lo suficientemente apto. Ahora estás aquí. ¿Puedes verme, O'Hara?

El resplandor había desaparecido, pero una oscuridad infinita lo había sustituido.

—No puedo ver nada. Estos trucos de luz y oscuridad son estúpidos, Padre. Si por medio de ellos intentas asustarme...

—Es sólo la contracción de tus pupilas —dijo el Padre—. Se recuperarán. Con toda seguridad puedes creer que no te he traído aquí para asustarte. ¿No ves aún?

—No puedo... ¡espera!... una pared...

—Estás ahora en el fondo de un pozo. No siempre puedo confiar en aquellos que vienen a mí.

—...Sobre mí, a unos cinco metros, y sobre el borde... un hombre barbudo, tan débil como cualquiera de los Doce Ancianos...

—Sí, soy viejo. ¿Me ves ahora?

—Te veo —contestó O'Hara—. Muy confusamente, pero te veo. ¿Ellos te llaman el Padre?

—Es una medida prudente obligarles a llamarme así, pero tú no tienes por qué hacerlo. Me llamo Bryce, Stephen Bryce, ¡cuán extraño suena! No he oído mi nombre desde hace más de un siglo. Haz el favor de pronunciarlo.

—Stephen Bryce.

—Gracias O'Hara. Ven ahora a mí. No, por favor, no te muevas. Tienes que saber que, de tolas las grandes máquinas, el cuerpo humano es el único que no puede ser sustituido. Consérvalo siempre. ¿Ves? Ahora estás subiendo. Esta es la edad gloriosa en la que apretando un botón se pueden conseguir todas las cosas, excepto las que importan.

El fondo del pozo subía, elevando a O'Hara y a Nedra hasta el borde donde estaba la figura delgada y huesuda de un anciano, los restos de

un hombre vestido con telas resplandecientes y un manto transparente,

un hombre de escasos cabellos que habían sido blancos pero que ahora presentaban un color amarillento, de pergamino. La cara mostraba el agotamiento de un profeta; nariz ganchuda; desdentado. Los labios descoloridos se movían lentamente entre los mechones esparcidos de su barba blanca. Pero los ojos eran jóvenes, grandes, luminosos, de un azul intensificado por la negrura de sus cuencas; sorprendentes en un cuerpo que sólo era piel y huesos.

—Bienvenido, O'Hara —dijo el Padre—. Tú y la mujer de las montañas, bienvenidos. Pero estás cansado.

—Sí, Padre —dijo O'Hara.

Inmediatamente se enmendó.

—Sí, Stephen Bryce. Si me lo permites... si pudiera descansar...

—A esto —dijo el Padre haciendo un gesto con la mano— le llamamos la Cúpula. Una sala que fue muy útil, cuando muchos venían a mí tal como tú has venido hoy. La altura del techo abovedado fue proyectada, como has supuesto, para impresionar, para que el recién llegado creyera estar en el centro de la tierra. El techo está a trescientos metros, pero sólo hay quince de pared a pared. Una obra maestra de la ilusión. Pero después de aquel arco que hay a tu izquierda, por ahí, O'Hara, te encontrarás con algo que te demostrará que nuestros arquitectos no eran, enteramente, inhumanos. Ve y entra en aquella habitación que hay más allá. ¿Ves? Camas, alimentos y bebidas: lo necesario para vivir. Ahora debes descansar. Debes dormir. En esta habitación debes desprenderte de las aprensiones que has tenido. Recuerda; si no te hubiera necesitado no habrías venido a Washington. Confío, no obstante —dijo—, en que perdonarás una última precaución. ¡Retrocede!... ¡la puerta!

Una puerta de corredera cayó con estruendo metálico. O'Hara y Nedra estaban solos.

Era una habitación exquisita. De forma hexagonal; el suelo estaba acolchado con una alfombra tejida con hilo de plástico. Las paredes estaban labradas caprichosamente en piedra, de tal forma que cada cara parecía tener en el centro una ventana que, en realidad, no existía.

No se veía ninguna salida ahora que el panel se había cerrado ruidosamente. El techo era abovedado y de un material parecido al cristal que se iba oscureciendo, a partir de un azul pálido, hasta tomar un tono azul-negro en el ápice. Pegadas a la pared de enfrente había dos camas inmensas, o divanes, juntas, y, sobre una mesa de pulido y oscuro metal, se veían varias fuentes y tazas que contenían los alimentos líquidos de todos colores, de los foto sintetizadores.

O'Hara se acercó a las camas y cuando hizo deslizar su carga por sus entumecidos brazos, una extraña música apagada llenó la habitación. Tenía la

dulzura y etérea transparencia de las flautas pero sosteniendo las notas; sin la rudeza de un órgano; más bien, pensó, como voces humanas que cantaran en octavas increíblemente altas y con un lirismo extraterreno. La música de las sirenas, del deseo, la música que un hombre puede escuchar en sueños.

Nedra estaba por fin despertándose.

Yacía inmóvil. Sus largos cabellos caían en desorden sobre el lecho; sus ojos estaban abiertos por la sorpresa y sus labios gordezuelos suspiraban.

Cuando O'Hara se arrodilló junto a ella estaba diciendo:

—...no debían haber hecho esto conmigo. Podía haberlos obligado a destruirme, O'Hara, pero tú rehusaste. Eres demasiado débil, tú, que serás el padre de mis hijos...

El se echó en la cama junto a ella.

—No, Nedra; estás equivocada. No es la debilidad, sino la violencia lo que retengo conmigo. No hemos perdido nada de lo que teníamos. Conservamos el privilegio de morir.

—¿Tú lo crees O'Hara?

—Estoy seguro. Tengo aquí el medio —dijo, palpando su chaqueta.

—Pero no quieres. Esa es la complicación, O'Hara. Esta sed tuya de saber qué sucederá en el minuto siguiente es como una enfermedad. Tu mano se vuelve más y más perezosa cada vez que la detienes. Ahora que has visto al Padre ¿qué otra cosa esperas? Ya no hay más maravillas que ver. ¿Por qué esperar? Te digo, O'Hara, que...

—Nedra, tú estás obsesionada con la muerte. ¿No es meritorio tratar de sobrevivir?

—Sobrevivir, ¿y para qué? Aunque haya una razón para ello no podremos escapar. Sólo podremos hundirnos más profundamente cada vez en esta gelatinosa putrefacción.

—Estás aprendiendo a pensar, Nedra, y no estoy seguro de que sea conveniente. Hace sólo media hora sentí un terror que no puedes imaginarte, porque creí que no volverías a pensar nunca. ¿Qué es lo que el hombre quiere?

—Sé lo que tú quieres: charlar.

—Pues sí —dijo—, charlar.

La luz opalescente iba ahora amortiguándose.

La música decaía.

—Charlar —dijo O'Hara— y dormir, y despertar otra vez. Sí, Nedra, si

es que podemos despertar. ¡La vida eterna! Recuérdame que tengo que explicártelo, aunque más tarde...

No obstante, fue el Padre quien se lo recordó, pero mucho después.

Cuando O'Hara se despertó, la habitación estaba inundada, una vez más, por aquella luz que simbolizaba el día porque, realmente, en esta ciudad del Padre, la capital de los Continentes Perdidos tras el Telón Atómico, no existía ni el día ni la noche. Cierto que había catorce horas de luz artificial que irradiaba de los tubos ocultos en el techo de los grandes salones y de las avenidas subterráneas. A estas catorce horas sucedían diez de oscuridad en las habitaciones donde se solía dormir. Pero no había noches verdaderas.

O'Hara despertó a este día sintético junto a Nedra que dormía. No tenía prisa por levantarse, por eso se quedó allí, mirando el techo y recordando la amarga acusación de Nedra: «Sólo podremos hundirnos más profundamente cada vez en esta gelatinosa putrefacción.»

Pero aunque permanecieran para siempre aquí, prisioneros, ¿sería eso una cosa insoportable? Si la cueva de la montaña había sido para ellos agradable, ¿por qué iba a ser menos aquí? Supongamos que esa puerta no se abriera nunca.

¿Nunca?

Ese pensamiento le dejó helado. Sintió en aquel instante como si estuviera atado en la cama y que un sudor frío le cubría el cuerpo. Cerró los puños y gritó.

—¡Padre! ¡Padre!

Una voz suave llenó la estancia.

—¿Eres desgraciado aquí, O'Hara?

La puerta estaba cerrada. La voz del Padre se oyó de nuevo.

—No quiero sorprenderte, O'Hara, pero estos no son milagros. Sólo inventos. No dudo que los tengáis más allá del Telón; discos electrónicos colocados en el techo. Puedo oírte y verte, aunque estoy algo distante, en mis propias habitaciones. Estaba preparándome para ir a verte cuando oí cómo me llamabas. ¿Te sientes desgraciado?

O'Hara dijo:

—No soy desgraciado, Padre. Estoy... ¿puedo decir, intranquilo? ¡Enjaulado!

—Comprendo. Echas de menos la ilusión de escoger. Estás mucho más confortable en esa habitación que en tu aparato sobre el Ártico y entre esas paredes, al menos, tienes libertad. Una ilusión, —insistió—; cuestión de valorizaciones. Y sin embargo te irritas, ¿no es verdad? Tengo un remedio

para eso: estimular tu mente. Con el tiempo tendrás paciencia. Hay trabajo para ti. Mientras dormías con tu mujer he estado pensando en una nueva concepción de las Américas. ¡Muy interesante! El primer progreso en cien años, O'Hara, y tan deliciosamente simple que no comprendo cómo no se me ha ocurrido antes. ¿Has visto lo que le ha pasado a mi pueblo?

—¿A los Degradados? —preguntó O'Hara—. ¿A los Hijos?

La voz del Padre se volvió suave como la seda.

—¿No habría tras el Telón nadie que quisiera permutar con un Degradado, tal como tú los describes? ¿No hay nadie en tu mundo, O'Hara que merezca tan desagradable epíteto?

—Lo siento, Padre. Utilicé una palabra de los hombres del clan.

—Que encierra una verdad. Los hechos fisiológicos son irrefutables. Es por eso por lo que estoy orgulloso de mis hijos, el mismo material, pero tan perfectamente enseñado que incluso tú, supongo, crees que tienen una inteligencia superior a la de la masa.

—He oído cómo son seleccionados desde niños.

—¡Y adiestrados! Eso es lo importante ¿Hay todavía perros en tu mundo de detrás del Telón?

—Sí, Padre. Nuestro mundo no ha cambiado.

—Yo tuve una vez algunos perros. Era posible adiestrarlos de tal forma que podían utilizar sus facultades innatas de forma sorprendente.

Nunca se les pudo enseñar a hablar, porque los perros nunca tuvieron esa habilidad, pero hacían uso de sus patas y de su nariz con toda perfección. Ahora los Hijos, que son los niños de las mujeres que integran la masa, han descendido, como los Degradados, del nivel de los hombres que pueden hablar y pensar. Como tú mismo, O'Hara. Yo los he adiestrado para que recobren sus facultades perdidas. Sin ese instrumento no podrías distinguirlos de la masa. Pero por mucha paciencia que se tenga no se les puede instilar —hacer recobrar su posición de antes— el poder de pensar más allá de las cosas intuitivas. Necesitamos un nuevo modelo, un modelo pensante. He perdido demasiado tiempo, más del debido, tratando de salvarlos. Y ahora debo crearlo. Es decir, tú debes crear, O'Hara, una nueva casta, una nueva raza.

—Que pronto seguiría el camino de los Degradados, ¿no, Padre?

—Sí, con el tiempo. La ley del retroceso es exacta, y durante dos generaciones....

La voz del Padre cesó de repente. Después de un instante volvió pero con sorprendente violencia. O'Hara supo que el Padre hablaba ahora con algún otro, y lo hacía lleno de cólera.

—¿Por qué está usted aquí? ¡Debe volver en seguida a su trabajo con los Hijos!

La voz que le contestó era histérica.

—No, Padre, ¡oh, no! No volveré con los Hijos. Le he visto en la pantalla y sé que él está aquí. Voy a advertirle, Padre. El no se rendirá a su maldito, criminal...

—Voy a llamar a los Hijos —gritó el Padre.

—Llámelos y váyase al infierno. Estos brazos suyos son para mí como si estuvieran hechos de manteca. Puedo quebrarlos con los dedos. ¿Ve usted? ¿Lo siente? Dolor... dolor... usted había olvidado lo que era eso, ¿no es verdad? ¡Haga volver a los Hijos!

—Los Hijos llegan ya —dijo el Padre—. Tiene usted que escoger. Vuelva en seguida al trabajo, y la promesa que le he hecho...

—Una promesa en la que no confío.

—Tiene que escoger —dijo el Padre de nuevo—. Si no mantengo mi promesa, ya sabe lo que hay para usted en el futuro. Prefiere confiar en mí, ¿no es así, Anstruther?

—¡Quiero creer! ¡Lo creo, Padre!...

—Entonces, vuelva inmediatamente.

O'Hara oyó un sollozo.

Cuando el Padre volvió a hablar, sus palabras fueron pronunciadas muy lentamente:

—He sido maltratado, O'Hara. No puedo hablar contigo hoy. Ese imbécil que cruzó el Telón, Anstruther, al que conociste cuando volaba en la Patrulla... Lo siento. Debes tener paciencia. Medita. El tiempo no debe significar nada para mí. ¡Nada, O'Hara! Piensa. Y espera....

¡El tiempo no significa nada! ¡Piensa y... espera!

—Esto —dijo O'Hara— eran slogans que los Doce Ancianos de Génova podían haber utilizado.

»La vejez —dijo— tenía una cosa en común a ambos lados del Telón Atómico: la pasividad, porque un cambio es siempre peligroso. Si ellos fundan su manera de pensar en el hecho político más grande de ambos mundos, en el Telón, el slogan resulta ser cierto. Europa, Asia y Africa han llegado a ser fuerzas completamente estática; nuestras mentes han quedado paralizadas por las consecuencias desastrosas de la Tercera Guerra Mundial mientras que ellos, el Hemisferio Oeste, han avanzado en espectacular torbellino, y ambas cosas han tenido una misma causa: el Telón. Pero todos,

ellos y nosotros, hemos perdido el futuro que antes teníamos.

En Bloomsbury, con el creciente hedor de Londres en nuestras narices y con la Intuición de que alguna vez se llegaría a la intoxicación por vivir dentro de él, la voz de O'Hara parecía alcanzar un elevado tono evangélico.

—¿Qué es mejor? —siguió diciendo—. ¿Morir de hambre en Bengala o andar desnudo bamboleándose, y sin razonar, por las avenidas subterráneas de Emporia? Difícil elección, ¿verdad? Yo diría que sería imposible decidirse si hubiera que escoger entre estas dos cosas. Si eso fuera todo, no habría esperanza para el hombre. Me gustaría poder decir que incluso el Padre, Stephen Bryce, estaba menos asustado que nuestros Doce Ancianos. Pero era así en aquel momento. Vendría después, con la desgracia. La que más nos enseña.

»Filosofía, amigo, pero de la barata. Yo no soy un Sócrates, ni un Kant. Lo más que yo era, es piloto de la Patrulla Internacional. Un centinela y nada más. Es absurdo que yo pudiera especular sobre el destino del hombre cuando yo, en aquella exquisita habitación de Washington, no pude imaginar, con seguridad, el augurio que aquella extraña conversación encerraba y que se cumpliría meses después. Pero el hecho de que Anstruther estuviera vivo, y la terrible histeria de su voz, el saber que no estaba lejos, de esta *terra incognita,* significó para mí un shock, dejó mi garganta apretada y reseca. Aún siento aquella seca contracción. Y a ti, Arthur, te hubiera pasado igual, ¿no es cierto? ¿Te llevo el vaso?

Andaba por la habitación con pasos decididos que actuaban como contrapunto para las ideas que él comprendía, instintivamente, que eran demasiado elevadas para provocar una discusión en aquel pequeño y sencillo piso. Mientras yo me servía, una vez más, del mueble-bar, él continuó hablando, hasta que de pronto, haciendo un alto y alzando aquel garrote de ceremonia, gastado por el uso, dijo:

—¡Anstruther, también! Y aquella angustia mental de ver que una ciudad que había creído desierta se convirtiera en un instante en unas catacumbas siniestras donde las voces venían de ninguna parte, donde un hombre que estaba en todos los sitios, pero sin embargo en ninguno, me vigilaba constantemente. ¡Nedra y yo como peces de colores en una pecera! Espiados por aquel viejo esqueleto de viva inteligencia, Stephen Bryce, el Padre.

»Y yo pensé que podía soportarse.

»Pero, ¿durante meses? ¡Piensa y espera! No supe entonces que con aquella palabra el Padre nos encerraba en aquella habitación por ocho meses. Pero no, no es así como debe decirse, sólo parecía que nos encerraba, porque la puerta se abría, o algún panel invisible en la pared, se enrollaba, pero sólo cuando el día sintético había pasado, sólo cuando dormíamos... ¡anestesiados!

»Los arquitectos de Washington habían pensado, verdaderamente, en todo. Esto sólo puedo imaginármelo, porque ni Nedra ni yo vimos jamás que la habitación se abriera en aquellos ocho meses, pero de alguna manera, tal como hacían con los sonidos y con el aire, un anestésico nos convertía cada noche en robots, en robots muertos, eliminados del servicio. Con cada amanecer venían alimentos frescos, las gachas de los foto sintetizadores, bastante sabrosas. La limpieza necesaria había sido realizada por medios menos enérgicos que los diluvios.

»Si no fuera por todo esto hubiéramos estado como dentro de una tumba.

»Robots muertos. Ese era el truco. El Padre nos estaba acondicionando. Estábamos encerrados en un paraíso de bienestar que no requería el menor esfuerzo, la forma más sutil de extinguir el alma humana. Tal como la fiebre desgasta el cuerpo, así nuestras mentes iban aproximándose a un delirio furioso a medida que pasaban aquellos condenados ocho meses. A un frenesí que estallaría, como lo hace la fiebre, dejándonos en un estado de docilidad.

»Ocho meses de días interminables, cada uno idéntico al anterior excepto en el detalle de que Nedra se volvía más gruesa cada vez a causa del niño. Yo creo que fue esta pequeña vida encerrada en su seno la que nos salvó. Nuestros temores se reconcentraban en ella. Nuestro hijo, sometido a incesantes radiaciones antes de nacer, ¿sería otro de estos hombres-monos sin alma? Yo creo aún que Nedra, durante estos meses, fue reafirmándose en su resolución. Ella que siempre encontraba para cada asunto malo la salida de la muerte, era capaz de destruir la del niño, sí.

»¿Comprendes ahora? Aquello nos salvó. La contemplación de una tragedia mayor era lo que nos equilibraba, el principio establecido en medicina, el antídoto. También tuvo éxito con las mentes. Aquello me mantuvo cuerdo... ¡Nedra y el niño!

»Y entonces, una mañana, me encontré con que Nedra había desaparecido.

»Aquella fue una mañana de infierno. Fue el fondo del pozo, el estallido del frenesí —dijo O'Hara.

Durante horas, solo, dentro de aquella exquisita pero espantosa habitación, aporreó con sus puños la piedra inflexible, o gritó el nombre del Padre ante los discos ocultos en el techo.

—¡Devuélvemela! ¡Haz que vuelva, Stephen Bryce! ¡Pídeme lo que quieras, pero tráemela!

O, cuando vio que las súplicas no servían de nada:

—Tengo la pistola. ¿Lo has olvidado. Padre?

»¿Crees que cuando abras, al fin, me vas a encontrar aquí vencido? ¿O que consentiré en dormir siempre bajo tu anestesia? ¡Tengo la pistola!

Nunca tuvo una respuesta. Ni el más ligero suspiro de los discos ocultos en la habitación. El Padre sabía muy bien que mientras alentara en él la menor esperanza de que Nedra vivía y de que podía volver, O'Hara no iba a quitarse la vida.

Sin embargo esto no fue ni por asomo calculado como una tortura, dijo O'Hara. Actuaba como tal, y seguramente el Padre era indiferente ante ella, pero no era sólo el único propósito de este noveno mes, el más terrible de reclusión. El Padre estaba postrado en cama y un dios no podía permitir que esto se supiera. El Padre también, como O'Hara supo después, se había encerrado a sí mismo y utilizaba los engañosos y rutilantes espejos de su red electrónica para dirigir el Hemisferio. El sabía —lo escuchaba horas tras horas — la rabia de O'Hara pero su propio y agudo problema y su afán de hacerse dueño de la muerte de O'Hara hacía que cualquiera otra forma de proceder no le pareciera aconsejable. La sabiduría de los gobernantes no resulta siempre agradable.

¡Piensa y espera!

Diez meses así, los dos últimos en un grado de tensión que hacía que el pensar fuera como chispas eléctricas a través del vacío. Con el pensamiento y la contemplación se puede alcanzar la humildad o una arrogancia anormal cuajada de helada soberbia. Sin embargo todo terminó en un instante.

A O'Hara le despertó, una mañana, un delicado lloriqueo en sus oídos. Se volvió en la cama y... allí estaba Nedra junto a él y con un niño al pecho.

En la vida de cada hombre hay un momento que no puede ser recordado, porque es de tal emoción que no puede vivirse dos veces El había, por fin, asido de nuevo la razón. Para O'Hara había venido con Nedra. Y con el niño.

Lloró.

Cuando se atrevió a tocarlo, vio que el niño era hermoso, la magia del dulce sueño se veía en sus grandes ojos azules, de gacela; el vigor, en el aprieto de sus pequeños dedos.

—Te conoce, O'Hara.

»Sí. ¿Por qué no iba a reconocerme? Era mi hijo, mi propio hijo. Sí, me conocía.

—Nedra...

—No, ahora no.

Con sus dedos selló los labios de O'Hara.

—Más adelante.

Fue entonces cuando la voz que provenía de no se sabía dónde, la voz ausente desde hacía meses, volvió.

—Buenas tardes, O'Hara. Me perdonas ahora, ¿no?

Y suave, muy suavemente, siguió:

—Ha sido duro, pero no había otro remedio. Si yo no hubiese obrado así, te habrías matado; y también habrías quitado la vida a tu mujer y al niño, pero no con tu pistola. Debes venir en seguida.

—Bueno, pero con Nedra y mi hijo.

—Estarán seguros ahí.

—Es tu palabra contra mi opinión, Padre. O viene o...

—Bueno, tráelos, O'Hara, pero ten la pistola preparada.

El panel por el que habían entrado meses atrás se deslizó hacia arriba dejando ver el corredor vacio.

—Recorre el pasillo y tuerce a la izquierda —decía el Padre—. Será mi voz lo único que te guiará. Perfectamente. Ahora sigue andando hasta que te avise. ¡Y ten lista la pistola!

Nedra iba junto a O'Hara con el niño dormido en los brazos. La pared se cerró tras ellos. Estaban, al parecer, en un interminable túnel metálico que se extendía en todas direcciones hasta el infinito. La intensa luz que se reflejaba, oscurecía las líneas geométricas de las intersecciones. Durante un rato anduvieron con el temor de que en el próximo segundo surgiera una muerte súbita. En completa tensión, O'Hara llevaba su 0,38 en la mano.

—Ahora debéis torcer a la derecha —ordenó el Padre.

Y, al instante un segundo panel se abrió en el muro.

—Entrad. Ya puedes enfundar tu arma, O'Hara. Era sólo en el pasillo donde había peligro.

—¿Qué clase de peligro era, Padre?

La segunda puerta se cerró. Ahora se encontraban en una sala amplia y rectangular. El techo, bien alto, era de un color azul pálido; las paredes, formadas por piedras talladas maravillosamente en forma de encaje, brillantes y pulidas como el cristal. En el fondo, junto a la pared más lejana y sobre un estrado de cuatro patas, construido de piedra, había un lecho.

—Aquí es donde vivo, O'Hara. Donde duermo y trabajo. Aquí será donde tú, tu mujer y tu niño, viviréis. Aquí tendremos soledad y espacio. ¿El peligro? Algunos de los Hijos más jóvenes están provocando un pequeño

alboroto. Es el grupo de Anstruther. Los puedo hacer callar cuando sea el momento oportuno. Acércate más, aquí sobre la tarima.

La voz los rodeaba, venía de todos los rincones de aquella espaciosa habitación, como si fuera la voz de una divinidad. Pero O'Hara compendió que nacía en la cama que estaba en alto. Empezó a andar hacia ella con Nedra, que mantenía al niño contra su pecho, al lado. Como el primer hombre y la primera mujer debieron abandonar el jardín azotado por la ira de Dios. Fue así, como aquello; temor reverente, humildad y, quizá, terror, aunque sabía que era la voz de Stephen Bryce, de un hombre agotado pero con unos ojos que brillaban más que el mismo sol.

—Algo sublime —repetía O'Hara.

—Ven más cerca, O'Hara. No puedo levantarme.

Aquellas palabras entrecortadas, patéticas le obligaron. El Padre estaba impotente. El Padre cuya mente era la fuente de la vida para esos dos continentes, la única inteligencia que existía en el hemisferio, yacía sobre una cama enorme, en un amplio salón. Un tullido, un cerebro que ya no era capaz de realizar por sí mismo las más simples funciones que las masas menos capaces podían efectuar.

Sí, las palabras se entrecortaban. Un hombre de la talla de O'Hara se habría rebelado contra una autoridad sublime como esta que hubiera intentado obligarle a hacer las cosas que él, intuitivamente, aborrecía. Pero la autoridad de un tullido era infinitamente más terrible. El poder de un lisiado reside en la inclinación innata del hombre a ser amable. Si Stephen Bryce lo había planeado así no podía haber hecho nada mejor, porque desde el momento en que O'Hara comprendió lo imposibilitado que se encontraba Stephen Bryce y en qué grado dependía de él, su voluntad empezó a debilitarse

—O'Hara —decía la voz saliendo de los rincones de la inmensa sala, a pesar de que O'Hara estaba ahora junto al lecho—. En este momento eres tú el que tienes el privilegio de hacer lo que pudieron hacer los moscovitas: aplastar estos dos continentes. Porque, si muero, también morirá mi pueblo.

Los párpados de aquellos ojos jóvenes y brillantes estaban cerrados. Por eso Stephen Bryce se veía como un anciano gastado, cadavérico. Vivía, pero eso era todo. Su mano surcada de venas azules yacía frágil sobre la colcha pero cercana a un panel metálico tachonado con innumerables botones de mando.

—¿Qué te parece? —preguntó el Padre irónicamente.

Su voz era sólo un suspiro, pero sin embargo se oía desde todos los rincones. Un dispositivo acústico del que O'Hara no se dio cuenta en los primeros segundos por estar tan atento al sentido de las palabras.

—He demorado con tu llegada —decía el Padre— el Diluvio de

Emporia. Pero estos diez meses de vida no les ha causado extrañeza, ni provocado su agradecimiento. Mi pueblo —dijo con ojos que parecían llamear — es incapaz de sentir sorpresa o gratitud. Eso empequeñece la satisfacción que se siente al jugar a ser Dios. Como ves, no soy un dios; no completamente. Soy algo más que un hombre de carne y hueso, pero no un dios. Son pocos los que lo saben. Tú y Anstruther. Este fue quien me ha hecho ver de nuevo que no soy completamente inmortal. Casi lo había olvidado. Quizá tú lo escuchaste. Cuestión de dos brazos rotos y la debilidad resultante del shock. Por eso estoy aquí, en este grandioso lecho. El viejo león melenudo, O'Hara; el viejo macho, acorralado al fin. Fuera de combate, O'Hara.

Elevó una mano lentamente, temblaba.

—Y ahora hablemos de la vida. Tengo que mostrarte cosas que a una mujer no le gustarla ver. Y cosas que decirte que ni siquiera el niño debe oír, comprenda o no. Aléjalos; a esa pared de la izquierda; está preparada para ellos. Puedes llamarlos en todo momento; en cuanto lo desees. El más apagado suspiro emitido en esta tarima puede aumentarse hasta ser como un trueno. ¿Ya lo has notado? Aléjalos; en seguida; las vidas; no lo he olvidado.

Los ojos se cerraron. La mano cayó sobre la colcha. Parecía como si el Padre hubiese muerto. Durante un momento O'Hara permaneció junto al lecho, después se volvió y descendió los escalones. Después de explicar a Nedra lo que el Padre le había pedido —Nedra se alejó en seguida—, sin una mirada volvió a la cama de Stephen Bryce.

—Gracias, O'Hara. Te portas mejor conmigo que las circunstancias — dijo el Padre abriendo sus ojos de nuevo, mientras que el agotamiento retrocedía arrastrándose hasta la comisura de sus labios exangües.

—Una nueva raza, O'Hara —susurró—. La necesitamos. ¿Recuerdas que te lo mencioné? Vamos, no me mires con esos ojos burlones. Entiendo lo bastante de matemáticas para saber que una raza no puede surgir de una sola mujer, tu esposa, ni siquiera del puñado que mis Hijos pudieran raptar de las montañas. ¿Has estudiado algo sobre ganadería? Aquí tengo libros. Detrás de esta tarima hay una puerta que conduce a la biblioteca en donde yo, antes, acostumbraba estudiar. Entre ellos hay muchos que son de los tiempos anteriores al Telón. Esa sección, si quieres, puede darte a conocer todo la que hemos aprendido en cuanto a genética. Ya no tenemos ganado. Nuestros únicos animales —los pálidos labios se torcieron— ya los conoces: hombres. Tus hermanos, O'Hara. Las masas de Washington y de Emporia, de Nueva York y de Chicago, de todas nuestras ciudades. En ganadería, O'Hara, el hecho más importante es que la decadencia de una raza se obstaculiza cruzando las hembras mejor conservadas con machos de raza superior. La descendencia de un solo macho puede ser casi ingrata, está probado que...

—Ya me lo explicó —le interrumpió O'Hara— uno de los Hijos de Emporia. Inseminación artificial.

—Pues sí, O'Hara. Los varones son estériles, pero no impotentes. Actualmente el reconocimiento a que sometemos a los recién nacidos va encaminado hacia la determinación de la fertilidad, no de la inteligencia. La relación existente entre estos dos factores no es casual.

»El estúpido fértil, que llegó a ser un elemento predominante, perdió su influencia al desaparecer el hambre ya que ellos ponían en práctica la norma de sustituir una satisfacción física por otra. El inteligente-estéril, el tipo hacia el que tendían las clases dirigentes en los días anteriores al Telón, perdió del mismo modo sus cualidades, y por la misma causa, con las necesidades de la vida cubierta para todos y sin esfuerzo alguno, las virtudes de supervivencia del intelecto fueron, por sí solas, mermándose.

»Ahora contamos con las dos razas que nuestra forma de vida ha hecho descollar: el estúpido-estéril y el inteligente-fértil. Se ha convertido en realidad un sueño genético gracias a nuestra civilización atómica: podríamos llegar a los mil años, de edad.

»Pero mientras por un lado hemos conseguido el predominio de las dos mejores razas, el cambio imprevisible de las leyes de evolución ha hecho retroceder a las dos razas, aunque en progresiones distintas.

»La quilla, debajo, está firme; el mástil, erguido en la cubierta, pero el barco se hunde. La naturaleza se ha burlado, una vez más, del hombre.

»Y así, O'Hara, durante estos interminables años de soledad, me he visto forzado a hacer chapucerías: seleccionar las parejas, eliminar a los débiles, inseminación artificial; trucos; sólo trucos; pequeñas estratagemas para detener lo inevitable. Cada generación retrocede un paso más que la anterior. Tu hijo —y perdona— no será enteramente como tú, y el hijo de tu hijo no será ni como tú ni como su madre. Los hijos de los hijos verán, con honor, su fruto. Esto es exacto. Pero si una nueva raza fuera esparcida en el hemisferio podría reconquistarse el terreno perdido por estas generaciones desde que se implantó el Telón.

—Padre, eso sería también una chapucería.

—Pero las posibilidades de ella son grandiosas.

—Tras el Telón, afortunadamente, existe una fuente de procreadores no contaminados.

—¿Y cómo obtenerlos?

—Allá tú.

—Pero, ¿qué dices? No puedo contar con otra tormenta providencial que permita atravesar de nuevo el Telón.

»No se puede confiar en la Providencia cuando se planea el futuro de un hemisferio. Nunca lo hemos hecho. Es cierto que la casualidad —puro azar— pudiera permitir que tú, Anstruther y otros ya muertos, y que vinieron antes de vosotros, atravesaran el Telón. Pero no fue la Providencia. Todo hombre que hubiese volado en la dirección correcta y en el mismo segundo en que tú volabas —y en cualquier punto de la Cortina— podría haberla atravesado.

—Me parece que no te comprendo. En cualquier punto del Telón pero, ¿en qué segundo?

—Existe un determinado espacio de tiempo que dura concretamente diez segundos. Por esos diez segundos, O'Hara, miles de pilotos de la Patrulla Internacional pueden destrozarse contra el Telón cada decenio, pero si todos arremetieran contra él a la debida velocidad, siguiendo la ruta debida y en el momento debido, podrían, todos ellos, perforarlos. La casualidad hizo que tú efectuaras todo esto. Una vez cada año se produce un intervalo de diez segundos entre el momento que nuestro reactor de las Carolinas se para y la puesta en marcha del de Hanford o de la Costa Oeste, para reanudar la energía del Telón. Esto ha estado sucediendo durante los doscientos setenta años de existencia que lleva la Cortina; los reactores fueron dispuestos así desde un principio. Completamente automáticos, desde luego, como los Túneles, foto sintetizadores, plantas de destilación en las costas Este y Oeste, los Diluvios, como todo en este hemisferio. Hay un intervalo de diez segundos entre el cese del reactor de las Carolinas y el arranque del de Hanford. ¡Diez segundos durante los cuales el Telón no existe!

O'Hara cerró los ojos. Sintió el sabor de la sangre en su boca: salado y caliente. Su corazón le latía con la fuerza de un martillo de vapor. Ahí, en esa frase, se encerraba el gran secreto de dos mitades de la Tierra. «Hay un intervalo de diez segundos durante el cual no existe el Telón».

—No puede variar ni la menor fracción del concepto tiempo —continuó diciendo el Padre—. Así es, O'Hara, cómo puedes tú efectuar el trabajo. Conoces ya el tiempo y, en las Rocosas, tienes tu avión. Cuando sea traído a Washington podemos hacer un duplicado a la escala que sea más conveniente. Los Hijos, siempre que se les dirija correctamente, no son malos artesanos. El momento y el medio son problemas que podemos resolver. Sólo queda que quieras obtener, tras la Cortina...

—¿Que yo quiera? ¿Tú crees Padre que los hombres —los que siempre he conocido como tales, no la masa de los Hijos— estudiarían siquiera esta proposición?

—¿Crees que no? ¿Sabiendo que tendrán siempre las barrigas llenas y una vida que no requiere el menor esfuerzo, ni la menor tensión? Realmente, O'Hara, no he olvidado cómo era tu mundo.

—Quítales las tensiones que ya conocen y descubrirán otras. Con el

tiempo, por ejemplo, se rebelarán por negarse a convertir en robots.

—Lo sé. Tengo ya el asunto de Anstruther. Pero ese es un problema que puedo solucionar. Te mostraré cómo manejo los problemas humanos, O'Hara. Verás las ciudades de Emporia, donde por primera vez viste mi pueblo. Mira, a la espalda de esta tarima, sobre la pared, hay una pantalla metálica, como las que has visto de vez en cuando por los pasillos de Emporia. Las hay en todas las ciudades de este hemisferio, incluso en las abandonadas. ¿Recuerdas la de Spokane, con su torre gigantesca y su solárium? ¿Recuerdas que, movido por la curiosidad te acercarte a ella? ¿Y Denver? Esas ciudades quedaron desiertas poco después del establecimiento del Telón, cuando quedaron terminadas las metrópolis subterráneas. En aquellos días nos asustaba el no saber el tiempo mínimo que podían necesitar las naciones situadas tras el Telón, en construir instalaciones atómicas. Puedes creerlo. Teníamos nuestros registradores de miliroentgens, estábamos constantemente en estado de alerta, los cohetes listos. Esas instalaciones podían estar ya construidas y preparadas para operar en un instante y por otro lado no contábamos con informes fidedignos sobre lo que vuestros científicos pudieran estar pensando. Habíamos aprendido que el pensar era mucho más importante que los inconvenientes para la construcción. La única seguridad que teníamos era la de saber que antes de que las supuestas instalaciones entraran en producción podríamos destruirlas por medio de nuestra barrera de cohetes, lo que significaría, desde luego, que nosotros también seríamos arrasados. Teníamos el triste recuerdo de la Tercera Guerra Mundial en la que tuvimos la derrota tan cerca. De manera que no aceptamos el riesgo. Nos metimos bajo tierra abandonando las ciudades donde habíamos vivido. Las construimos nuevas en el Artico; eran puestos avanzados y tan lejos como puede ser la costa norte del Canadá. Sólo dejamos las cadenas de montañas donde los problemas de ingeniería eran insolubles y que estaban más allá de nuestra red de civilización automática. Y ahora, en este panel metílico...

Los frágiles dedos del Padre se posaron so- re los mandos que no poseían indicación alguna.

—Realizo el contacto, como ves, e instantáneamente aparece en la pantalla lo que está sucediendo en Emporia, al otro lado del continente.

La pantalla resplandecía. Cuando el resplandor fue tomando forma, O'Hara pudo ver el reluciente corredor de empalme, la sala de los Hijos de Emporia. Decenas de miles de seres desnudos pasaron ante sus ojos balanceándose. Tan desorientados como los vio cuando estuvo allí. Las mujeres con sus hijos en brazos; los hombres, desnudos y sin pelos, semejándose a los monos, alimentándose, por miles, con los productos de los foto sintetizadores, y, por miles también, durmiendo en las anchas tarimas de los dormitorios. Una masa de vida tan inútil como la cresa, viviente y devoradora.

—Los Hijos han entrado de nuevo en el Empalme —dijo el Padre—. Y ahora aprieto este botón...

Sobre los pasillos de Emporia, en los techos, quedaron abiertas unas ranuras de las que salió una ola de líquido, color ámbar pálido, que cayó, como una cascada, sobre la masa hormigueante, inundándola. O'Hara observó que los atrapados por la corriente se derretían, no se ahogaban, no, sino que se derretían, esa era la palabra. Los que huían, dando chillidos de pánico, se arremolinaban como lo hace una colonia de hormigas escaldadas y se subían por encima de los cuerpos caídos en el apresuramiento, aplastados. Cuando uno de ellos era alcanzado por la marea, de ámbar, retrocedía de un salto, pero donde había estado antes un brazo, una pierna, una cabeza, no quedaba nada.

—Disueltos —dijo el Padre—. El Diluvio es una solución cáustica que limpia a Emporia de toda inmundicia, de todo ser, excepto de los que están en el Empalme, de todo aquello que no debe perdurar. Mira este botón. Ahora el líquido cae por entre las rendijas del corredor y es conducido hasta aquella tubería que se introduce en el Túnel. Este lleva la solución y la masa, ahora convertida en líquido, a la Fosa Común de Yellowstone, la madrona del continente, en donde la solución, después de decantar es devuelta a los depósitos para ser usada en el futuro. Puedes ver cómo trescientos mil, ¿podemos llamarles hombres?, desaparecen ahora, excepto los Hijos. Observa la pantalla; penetra ahora en el Empalme. Esto es aún más curioso.

La escena se difuminó. Cuando se formaron nuevas imágenes, O'Hara reconoció la extensa sala de los Hijos y los vio mirando fijamente, mientras se arrodillaban, sumisos, a la pantalla metálica del salón. Estaba ahora refulgente; de su superficie, brillante como un sol, salía una voz que los exhortaba —la voz del Padre que O'Hara escuchó, por primera vez, en Emporia.

—Esa voz —dijo el Padre— es la mía, también es algo automático. El impulso electrónico que engendra el Diluvio lo pone en marcha también. Todos estos detalles están coordinados desde un principio y se efectúan por medio de baterías de intercalculadores situados aquí, en Washington. Apretando simplemente un botón se pone en movimiento toda una cadena de sucesos. Apretando otros se modifica o se acaba, aunque en todo momento puedo hacer que estas operaciones sean manuales y dirigirlas directamente paso a paso. Si quieres, sintonizaremos con uno de los dormitorios distantes del corazón de Emporia, donde el Diluvio acaba sólo de empezar. Los verás dormidos o en el momento más íntimo de su existencia, y podrás comprobar cuán indoloro, realmente, resulta todo el proceso.

—No, Padre —dijo O'Hara—. No, Stephen Bryce; ya no más.

—¿Compasión, O'Hara?

—Repugnancia. Asco.

—De mí. Lo comprendo. Cuando era más joven sentía, a veces, lo mismo. Pero, ¿de qué otra manera puede resolverse el problema de la superpoblación, O’Hara?

—Tú tienes medios. Los nacimientos están controlados por ti.

—¿Y privar a las mujeres de su único entretenimiento, que es el tener hijos? Además, olvidas que la proporción de futuros Hijos entre los recién nacidos está declinando —para mantener el número de Hijos necesarios hace falta estar elevando constantemente el coeficiente de nacimientos— y necesitamos más niños, más población para seleccionar pero, por otro lado, el suministro de alimentos es constante, el suficiente para una población determinada que mantenemos invariable gracias a los Diluvios que provocamos. Una muerte instantánea (no es peor que la producida por medio de esa institución indolora de tu hemisferio, la silla eléctrica) evita meses y años de la lenta agonía por hambre que es corriente en vuestro apreciado sistema. O'Hara, el sistema de tu mundo está impuesto por la fuerza. ¿Cuál crees que es mejor?

—Pero es que en nuestro hemisferio no hay quien haya comprendido la tarea de solucionar ese problema del hambre que, por otra parte, tiene solución y que...

—La verdad es que ninguno acepta la responsabilidad de gobernar la sociedad, de una forma práctica, ¿no es cierto?

—Tenemos tales clases de hombres. Los llamamos monstruos.

—No habéis llegado aún a la edad adulta. Yo ya tengo casi trescientos años. Nací antes de que el Telón se creara, cuando los de tu hemisferio hacían caer sobre nuestras ciudades lluvias de cohetes con cabezas atómicas, cuando mataron a mi padre y a mi madre y a un hermano pequeño. He vivido lo bastante, O’Hara, para recordar los monstruos de tu hemisferio y los recuerdo vívidamente, no como vagos nombres históricos. También he vivido lo suficiente para llegar a comprender los hechos inmutables de un mundo automático y perder, supongo, los escrúpulos pueriles. A pesar de todo me gustaría poder decidir nuevamente, respecto a estos asuntos, tener menos responsabilidad, alguien en quien apoyarme, alguien que tuviera las facultades físicas que yo no poseo... ¡a ti, O’Hara!

—Rechazo tu oferta, Stephen Bryce. A pesar de todas tus excusas eres un monstruo que ha vivido demasiado para apreciar en todo su valor la vida.

—Y viviré lo bastante para adiestrarme en la misión que te tengo reservada.

—Si es que no te mato ahora.

—¿A mí? ¿A un inválido? No eres capaz de eso. Destruirías también a todos los habitantes de este hemisferio. ¿ Y tú me llamas monstruo, O’Hara?

Vamos, ¿es esa la moral que hay hoy en día tras el Telón, echarse a temblar ante crueldades necesarias para realizar otras infinitamente más horrendas?

—Es una cuestión... Según las intenciones...

—¡Majaderías! Eliminar a millones para salvar a miles. Eso no ha sido nunca propio de una buena economía. Salvar a los habitantes de Emporia, pero no a mí, ni a los diez millones que dependen de mi sabiduría. Ni a ti, ni a tu mujer, ni a tu hijo. ¿No es eso, O'Hara? No hagamos cosas absurdas. Harás lo que quiero que hagas, al menos hasta que te haya enseñado cómo se maneja, mediante este cuadro de mando, a los intercalculadores. ¿No es verdad?

O'Hara resistió por un momento la mirada de aquellos ojos brillantes. Cerró los suyos:

—Sí, Padre. Es verdad.

El Padre sonrió forzadamente.

—Te doy de nuevo la bienvenida. Y ahora debes ir con tu mujer y tu hijo. Voy a dormir. Me ha cansado esta inusitada discusión. Más tarde nos pondremos a trabajar juntos en el problema de Anstruther y los Hijos más jóvenes. Creo que mi cerebro necesitará ayuda para ello. Has de saber que en este momento se encamina hacía aquí. Ese era el peligro del que te advertía. El hombre a quien una vez di la bienvenida tal como te la he dado —el mismo que gritaba diciendo que quería salvar a su camarada de la Patrulla Internacional, a ti— está movido principalmente por una imagen que vio por la pantalla, una visión que ha enloquecido a su frágil cerebro: la de Nedra, tu mujer. Otro complejo de tu mundo que yo había olvidado.

CUARTA PARTE

O'Hara dejó su vaso sobre la mesa.

—Ya tengo bastante —dijo.

Se levantó como un león encolerizado. La ira sofocante que le embargaba era disimulada tan sólo por la dignidad de su cuerpo gigantesco y musculoso. La repugnancia que había sentido hacia Stephen Bryce —el Padre, el único cerebro que guiaba los destinos de cientos de millones de seres balanceantes de las ciudades subterráneas del Hemisferio Oeste— seguía consumiéndole incluso aquí en Londres, en su piso de Bloomsbury, como si en sus venas hubiera instalado una dosis de aquella solución cáustica con la que había visto disolver las masas de la superpoblada Emporia.

—¿Comprendes? —me preguntó al volverse rápidamente hacia mí.

Su rostro tostado por el sol estaba contraído en un gesto sardónico bajo su pelo oscuro y enmarañado. El chaquetón de vuelo azul de la Patrulla internacional lo tenía completamente desabrochado porque los tragos que habíamos tomado, por un lado, sus rápidas zancadas midiendo el suelo del pequeño piso, por otro, y el recuerdo de sus experiencias —pero sobre todo la tensión a que estaba aún sometido— le habían hecho sudar hasta el extremo de mancharle la ropa haciéndole parecer como un caballo cansado de galopar.

—¿Comprendes? ¡Estoy acabado! He perdido los redaños que haya podido tener, o que quizá nunca tuve. Cuando no estamos sometidos a pruebas nos creemos extraordinariamente serenos. Cuando al fin me aparté de aquella inmensa cama de Stephen Bryce, la piedad que sentía por el Padre había quedado ahogada por el pensamiento angustioso de que pudieran existir hombres que hicieran lo que él. Lo temía en ese momento más que a los peligros que acechaban en el interminable pasillo.

»Podía habérmelas con Anstruther. Loco o no, Anstruther no podía parecerme muy peligroso, tal como yo lo recordaba. Sus ojos azules, más bien femeninos; sus cabellos rubios y su romántico aire muchachil —débil, pensé— no podrían nunca impresionarme. Sí, podía habérmelas con Anstruther. Cuando dejé al Padre y me encaminaba hacia la pared donde Nedra me esperaba con mi hijo, yo estaba deseoso de que llegara el momento.

»Te explicaré claramente la situación. Yo había perdido las esperanzas. Me parecía imposible escapar con Nedra y mi hijo del laberinto en que se había convertido Washington, de desandar el camino por aquellos rutilantes y desérticos corredores atravesando paredes que se deslizaban sin esfuerzo humano, de volver al Túnel y, mediante él, a Emporia —una ciudad ya muerta— subir por su único ascensor hasta la superficie y pasar por entre las

patrullas de

Degradados, en el oeste de Kansas, una vez que estuviera en aquellas montañas donde los parientes de Nedra vivían. Nadie —según los hombres del clan— había logrado nunca escapar después de haberse hundido en las ciudades de las tierras bajas. Fue aquella falta absoluta de esperanzas lo que me empujaba, sin ofrecer resistencia, al Padre. Y ahora, sin embargo...

»Ahora creía que había una salida. Sólo tenía que aprender, el mismo Padre me lo enseñaría, el manejo de los intercalculadores, de ese panel de mando, cuajado de botones, que mantenía bajo sus manos, surcadas de venas azules, y apaciguar a Anstruther que, seguramente, conocía este laberinto de la ciudad y que, como el mismo Padre había dicho, dirigía una facción de Hijos disidentes y el camino quedaría libre para Nedra, para mi hijo y para mí.

»Aquello era la esperanza. Lo imposible se había convertido, de pronto, en una cosa bien simple. Sólo tenía que hacer esto y preparar esto otro. Me preguntaba entonces cómo había sido capaz el Padre, tan propenso a ser avasallado, de haber durado doscientos años.

»La verdad era que, desde luego, yo no reflexionaba. Lo único que hacía era unirme a lo que siempre ha estado en contraposición con el raciocinio: a la esperanza. Y la esperanza me cegó. O más bien, el proyecto. ¡Había estado tanto tiempo sin una cosa ni la otra!

Había estado, dijo, completamente seguro de la dirección que tomó, cuando se alejaba de la tarima. Había visto a Nedra ir hacia el apartamiento construido en la lejana pared y pensó que sólo tenía que recorrer aquel mismo camino para reunirse con ella. Pero absorto en sus pensamientos anduvo durante quince minutos sin que la distancia se acortara. Fue sólo la sensación que tuvo de paredes que se deslizaban, encerrándole, lo que finalmente le hizo parar.

Estaba en un pasillo. De una forma u otra había salido de la gran habitación del Padre.

—Más tarde supe que en la ciudad de Washington las paredes no eran como las que nosotros conocemos. Tenían el grosor y la altura de muros pero el Padre, vigilando constantemente por la pantalla que tenía sobre el lecho, podía, con el simple contacto de sus débiles dedos, deslizar aquellas inmensas secciones de piedra y metal, para formar miles de combinaciones, con el objeto de hacer frente a toda situación imaginable. Vería después el gigantesco mecanismo que podía elevar, en un instante, los pisos más bajos de la ciudad a los lugares más altos y trasladar la misma Cúpula —aquella sorprendente ilusión arquitectónica— a las mismas entrañas de la tierra, a una profundidad de kilómetros bajo el fondo del fangoso Potomac. En toda la ciudad lo único fijo era el Túnel pero sólo porque la expansión tan rápida significaba tan fenomenal proeza para los ingenieros que incluso para los que

existían, y que eran maravillosos, en los días siguientes al establecimiento del Telón, fue demasiado. Además, habría desequilibrado la corteza misma de la tierra y, como en el caso de Arquímedes cuando dijo que era capaz de mover el mundo, ¿dónde estaba el punto de apoyo necesario?

»Pero la ciudad, Washington, era un conjunto formado por miríadas de partes intercambiables, de tal forma, que en ningún momento después de ser construida, ha sido posible contar con un plano de ella, con nada que permitiera que un enemigo pudiera decir, en forma definitiva, que esto o aquello llegaba hasta aquí o hasta allá, y que era así o asao. O determinar el plexo, el lugar exacto que destruir. Dentro de los límites que representaban miles de modelos e incontables miles de dispersiones integrales menores, existía sólo en la forma que el Padre deseara y por medio de su cuadro de mando podía ser, instantáneamente, construida según su capricho.

»Dije que la única excepción era el Túnel. Es verdad, el Túnel era fijo aunque sus terminales podían ser desplazados bien lejos, pero cuando eso sucediera, dejaría al Túnel herméticamente cerrado. Puedes imagínate la ciudad, si quieres, como una serie de esferas encerradas unas en otras, como un giróscopo infantil, que se revuelve cuando el impulso viene de los intercalculadores, o se expende al integrar cuerdas de una esfera exterior y más grande que entonces se contrae a una órbita menor. ¿Demasiado complicado? También lo era para mí.

»Fue realmente un gran problema para mí. Cuando me encontré encerrado en los límites estrechos —comparados con los anteriores— de aquel pasillo, lejos de la sala donde estaba el Padre y Nedra, sentí por primera vez, desde la vuelta de Nedra con el recién nacido, aquella frustración completa y estúpida que se apodera de los pobres diablos roedores que los psicólogos obligan a pasar a través de pequeñas puertas para establecer su sistema de reflejos. Me quedé allí inmóvil con la cabeza vacía, tanto como el corredor que me rodeaba; ensimismado... ¿Cuánto tiempo? No lo sé.

»Al fin me di cuenta del espasmo de mis dedos.

En los cinco minutos siguientes —dijo O'Hara— su mente recorrió los estrados progresivos del ciclo completo de la evolución. Inerte al principio; después activo, pero sólo una solución de sal puede serlo eléctricamente; más tarde entumecido tímidamente como una planta sensitiva, y finalmente consciente. Los gusanos retroceden ante superficies demasiado calientes o frías. El estaba consciente pero sólo en semejante grado, hasta que en alguna parte del rápido camino recorrido en la recuperación de la mente humana, él encontró y se rehízo, si no el temor, al menos de la imposibilidad de temer.

El temer, dijo, y conocer el por qué, constituye el paso más importante que se haya dado en la vida a partir del cieno primitivo.

—¡Nedra!

Fue su primer grito. Después:

—¡Oh, Padre. Padre! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Y la voz llegó a él dulcemente.

—Ves, ¿O'Hara? ¿No eres como el niño que enciende el fuego que ha de quemarle? Me llamaste ahora como si yo fuera un dios. Sólo porque parece que te castigo.

—Padre, te burlas de mí...

—Sí, O'Hara, me burlo. Pero sólo para ayudarte a recobrar la razón. Hay una cosa que debes saber, O'Hara: que un hombre que ha vivido haciendo uso de su autoridad durante tanto tiempo, ha visto las lamentables reacciones humanas que se producen bajo la tiranía. Cuando te alejabas de mí lado yo ya sabía que estabas pensando en la manera de conspirar en contra de mí. No puedo leer en tu pensamiento, pero, dada la clase de hombre que eres y entrenado como lo estás, era inevitable que reaccionaras de esa forma. Yo podría —eso creo— simplificar todo esto en una ecuación comprensible, con la misma facilidad con que puedo barajar los componentes de esta ciudad para formar el modelo que desee sin tener que pensar en los detalles de cada fase. Los intercalculadores me dan ya esos datos resueltos. Puedes comprenderlo porque todas estas pequeñas maravillas mecánicas habían ya enraizado en el mundo antes de que existiera el Telón y aún existen. Ecuaciones del cerebro. Teníamos ya las ideas fundamentales para ello, años antes de la Tercera Guerra Mundial. También contábamos con los cimientos de la arquitectura espacial. Se encerraban en aquellos edificios experimentales en los que las paredes eran móviles. Desde luego sólo en sentido horizontal, pero no por eso muy alejada de la técnica matemática de la construcción vertical y esférica de esta ciudad. Cuestión de ingenio solamente, ¿no es verdad?

»Y de memoria, O'Hara. Mi memoria para recordar teclas de mi caja, y la memoria automática de los intercalculadores para comprender el significado de los diferentes impulsos electrónicos.

»De manera que yo puedo escribir la ecuación de tu carácter, O'Hara; una ecuación en función de los años que has vivido y de las veces que has estado frente a la muerte y al amor. Incluyo al amor a pesar del concepto de cosa efímera que de él tienen sus poetas. Sí, el amor, O'Hara. Como sin duda alguna has pensado alguna vez, el amor es una cosa muy compleja; con más misticismo que el existente en la delicadeza de los brazos de una mujer o en el aliento de un niño chico. Desde luego más allá, intelectualmente, de las tablas de multiplicar que estudiaste cuando joven. El alma humana, en suma. Seguramente tú ya lo has reconocido así. Tu mujer de las montañas, Nedra, carece de la capacidad tuya de amar que, antes que nada, es delicadeza, y por eso no la comprendes siempre, ¿no es así, O'Hara? El alma, ¿lo dudas? Observa ahora la clase inferior a Nedra, la que llena este hemisferio, la masa

del pueblo. ¿Qué es lo que han perdido? Sí, lo sabes. ¡Sus almas! la capacidad para amar, que decrece en proporción directa de su retroceso. Si la poseyeran habría esperanza para ellos, pero no la poseen. Sí, O'Hara, puedo escribir esa ecuación; la fuerza física, la mental, y la capacidad para amar —el alma—, son los términos algebraicos de un hombre. ¿Te aburro?

—Mi mujer y mi hijo, Padre, ¿dónde están?

—Conmigo y a salvo. ¿Ves? Yo llego, incluso, a imitar los atributos de un dios. Las cosas que tú quieres las tendrás siempre conservando la fe en mí. ¿Debería llamarlos rehenes? La promesa de la inmortalidad te obliga a ser bueno. ¿No es lo mismo? Sí, estarán conmigo, esperándote, hasta que hayan realizado la tarea que te he consignado.

—¿La tarea?

—En definitiva tu tarea será la que ya te indiqué antes: la vuelta al Hemisferio Este para obtener los iniciadores de las futuras generaciones de América. Pero ahora, antes de que eso sea posible, debes hacer retornar a Anstruther a mi causa.

—Pero tú mismo, Padre, me dijiste que Anstruther era un loco.

—Sí, enloquecido por la visión de Nedra. Pero puede ser salvado. Debe ser salvado. Si te pierdo, O'Hara —si algo fuera mal durante el vuelo de vuelta al Hemisferio Este— tendría, al menos, a Anstruther. Ya no tengo tiempo para depender, otra vez, de que la suerte envíe a otro piloto aventurero o aturdido a atravesar el Telón.

—¿Y te arriesgarías a que un loco hiciera la tarea que me has encomendado?

—Sólo si me veo en la necesidad. No subestimo el riesgo. Pero en esa cuestión, ¿puedo confiar en ti? Una vez que estés al otro lado del Telón, ¿qué otra cosa puede hacerte volver si no es la mujer que amas? Y ese lazo es demasiado endeble para que sea de entera confianza. Debes recuperarme a Anstruther; debes traerlo hasta donde pueda yo atraparlo.

—Debo ser su judas, ¿no es así?

La voz del Padre, un susurro de seda en aquel pasillo reluciente, restalló de pronto.

—Me fastidia tu postura. No estamos discutiendo temas éticos, sino lo que harás. ¿Tan fácilmente has olvidado los meses que estuviste encerrado, solo, en aquella magnífica y pequeña habitación? ¿Es qué has olvidado a Nedra y a tu hijo?

—A quienes no podrás hacer daño. Constituyen lo único que me mantiene atado a ti.

—No pienses en que no me atreveré, O'Hara. Ni exageres el valor que tengas para mí. Si lo creo necesario, trabajaré con menos herramientas. Para que se te quiten los escrúpulos te diré que si deseara destruir a Anstruther podía hacer que ahora mismo quedara disuelto. Puedo hacerlo en este mismo instante, sólo tocando el botón que tengo aquí, bajo el dedo. No, no lo destruirías por traérmelo. En realidad me librarías de la necesidad de eliminarle.

—Posees, Padre, unos razonamientos llenos de lógica, pero rehúso.

—¿Sí? —dijo el Padre—. Entonces debo mostrarte algo. Verás que las paredes del pasillo se alejan rápidamente de ti, O'Hara...

Instantáneamente fue engullido por el espacio, por el vacío. El techo y las paredes se desvanecieron en el infinito, a kilómetros de distancia en un segundo, de forma que él se sintió condensado en sí mismo, contraído, pero sabiendo que la macroscópica ciudad aún lo contenía. Cuando colgaba de aquel pingajo de razón, el suelo comenzó a hundirse de manera que otra vez hubo paredes que le rodearon. Descendía. Bien alto sobre él, una superficie metálica se cerró dejando todo a oscuras y la pared que estaba a su izquierda empezó a retroceder e igualmente hizo el piso a una velocidad tan terrible que sus sentidos no pudieron resistirlo. Se desmayó.

Cuando se recobró estaba boca abajo. Durante un buen rato estuvo allí, incapaz de moverse; después oyó un grito reprimido y débil Se levantó apoyándose pesadamente sobre sus nudillos. A menos de tres metros y tras un muro transparente vio a Nedra y al niño. Nedra mantenía a su hijo bien alto sobre su cabeza mientras que ella nadaba frenéticamente en aguas que se elevaban de nivel y que en aquel instante le llegaban a la garganta.

En seguida el agua estuvo por encima de la cabeza formando remolinos a causa de los caños invisibles que debían de existir en algún sitio. Nedra volvió la cara hacia él; era un rostro desesperado. Se hundió pero continuaba su desesperada lucha para conseguir que la cabeza del crío quedara sobre el nivel del agua. El pudo ver como Nedra abría la boca como si gritase. Vio como movía las piernas violentamente y comprendió que aquello no podía durar mucho. Se lanzó contra la pared transparente dispuesto a destrozarla con el hombro.

La pared cedió bajo su peso como si fuera jalea: flexible, pero impenetrable. Haciendo uso de su fuerza gigantesca pudo tocar con sus puños el cuerpo de Nedra, pudo dirigir sus dedos hacia ella y afanar sus brazos y piernas enloquecidas, pero no podía sentir el contacto, no podía tocarla. El no podría salvarla.

Nedra estaba otra vez pataleando desesperadamente. La falda de piel se le desprendió en la lucha frenética. Una vez más pudo arreglárselas para sacar la cabeza del agua y continuó el furioso intento para evitar que el niño se

ahogara. O'Hara seguía lanzándose continuamente contra la pared elástica, esforzándose inútilmente para llegar a alcanzarla con las manos. De pronto oyó la voz estrangulada de Nedra que sobresalía de entre el chapoteo, como cuando el sonido de una película de cine retorna después de algunos minutos de silencio.

—No puedo, O'Hara... no puedo seguir... no puedo...

Se hundió de nuevo. Esta vez sus piernas agotadas no fueron capaces de mantener al niño sobre la superficie; sus brazos se hundieron impotentes. El niño daba vueltas lentamente en el agua con los ojos espantados y abriendo y cerrando los pequeños dedos de sus manitas. O'Hara los vio derivar en la forma indiferente y moribunda propia de la materia semi flotante.

—¡Padre! —gritó— ¡Stephen Bryce...!

—Sí, O'Hara.

La voz se oía como suspendida en el espacio ríe le rodeaba.

—Sí, comprendo. ¿Ves? Ya he invertido el sentido de la corriente. La habitación se está vaciando.

O'Hara no podía hablar. Cayó de rodillas mientras veía cómo el agua descendía hacia los cuerpos yacentes sobre el piso de la habitación. En un instante se vació. Nedra —inconsciente— tenía abrazado al niño. El agua se deslizaba, en pequeños ríos por entre su pelo suelto y abundante que envolvía su cuerpo como un chal.

—Ellos me necesitan ahora, O'Hara —dijo el Padre muy suavemente —. Debes comenzar tu trabajo. Estaré contigo constantemente. Vigilaré y cuando sea conveniente charlaremos. Pero recuerda que cada vez que yo lo desee te llevaré a una pared transparente como ésta, flexible pero impenetrable y, tras ella, muy cerca de ti, Nedra y tu hijo se ahogarán.

—Te necesitan urgentemente, Padre...

—Lo que ella necesita es tu voz. Háblale.

—Nedra —llamó en un susurro, sin creer que pudiera oírle.

Pero los párpados de Nedra se abrieron.

—Nedra —murmuró—, si puedo volver...

Los labios se movían ahora:

—Volverás, O'Hara.

—Sí. Y no escuches lo que te digan, no lo creas nunca...

—Bien, O'Hara.

Fue entonces cuando el sonido murió repentinamente y él se dio cuenta.

El Padre, en aquella cama inmensa del amplio salón, donde quiera que ahora estuviese en Washington, y observando la pantalla situada sobre la tarima, había interrumpido el contacto que hacía audibles las voces de Nedra y O'Hara. El Padre hablaba de nuevo.

—Lamento haber tenido que proceder así, O'Hara. Pero si todo los remordimientos que he tenido en la vida, volvieran a mí súbitamente, seguro que me ahogaría en ellos tal como Nedra y el niño se estaban ahogando hace un momento. Te garantizo sus vidas si me eres fiel. Las paredes ahora se retiran...

Si, las paredes se apartaban y el suelo se elevaba. Nedra, con el hijo en brazos, se desvaneció una vez más en aquel caos de paredes, pisos y techos, y O'Hara notó la velocidad, cada vez mayor, con que se movían por el espacio de Washington. Estuvo consciente sólo un instante porque el negro telón del vértigo lo envolvió.

Pero la voz que inundaba la geometría espacial de la ciudad subterránea no cesó de hablarle, aconsejándole aun cuando permanecía en coma, como si fuera la voz de un sueño, la voz de un dios que estuviera recordándole oscuramente la revelación hecha en su juventud. Muy lentamente, a medida que recobraba los sentidos y cuando pudo sentir y ver la piedra y el metal sobre su carne, comenzó a sentir la convicción de que la voz hablaba solamente para él, para O'Hara, como si los que pudieran estar junto a él no pudieran oírla. Esto llegó a ser una obsesión que nunca reconoció como lo que realmente era: el complejo mesiánico en sus estratos interiores, la convicción, que nunca había examinado, de que el ser omnipotente del Hemisferio Oeste le hablaba sólo a él y a él sólo escuchaba. Un absurdo del que, diez meses antes —cuando estaba al otro lado del Telón—, se hubiera mofado. Al final, cuando estaba ya hecho a las desilusiones, llegó a comprender lo bien que el Padre empleaba la magia de la Voz del Espacio, un adelanto psicológico que fue usado mediante control físico sobre aquellos que O'Hara amaba.

—Ahora debes levantarte, O'Hara —le decía la voz—. En este mismo momento Anstruther se está acercando a ti. Anstruther no sabe aún donde estás y tampoco te busca. Está tratando de encontrar, inútilmente, el camino que conduce a la sala donde vivo —él y sus Hijos— confiado en la técnica infantil de tu místico Montecristo, excavando y haciendo túneles, sin saber que en un solo instante puedo trasladarlo a treinta kilómetros de distancia. Anstruther no conoce el secreto de los intercalculadores ni lo conocerá nunca, aunque me vea obligado a servirme de él si tú me fallas. Pero no fracasarás y llegarás a conocer ese secreto, O'Hara. Algunos recipientes contienen agua; otros, hidrógeno; otros, magnesio derretido, pero pocos son los que pueden contener a todos ellos. Tú sí, O'Hara, tú podrás tener lo que sea preciso, eso creo; al menos mientras mantenga mis dedos sobre las fibras de tu corazón. ¡Levántate!

O'Hara se levantó. Estaba en una habitación pequeña y circular, situada al final de uno da los rutilantes corredores, como si en su carrera hubiese llegado, por fin, a aquel punto situado en el infinito, en el que los pasillos parecían siempre prometer algo; una habitación de doce metros de diámetro, de paredes curvas que se elevaban hasta formar una cúpula que se abría en un pedazo de azul brillante muy parecido, en color, al azul del uniforme de O'Hara —que había perdido su forma—. ¿Era sólo el cielo que había conocido antes de descender a esta conejera del mundo atómico? No lo sabía. Las ilusiones habían llegado a ser tan rutinarias que los efectos eran ya sospechosos. Pero podía ser el cielo y con él una promesa para el futuro. Nedra y el hijo se le vinieron a la memoria.

—¿Estás a la escucha, Stephen Bryce?

—¿Qué pasa ahora, O'Hara?

—En el techo...

—Un símbolo. Sólo tú en este hemisferio puede comprenderlo.

—...

—Era inevitable, O'Hara, que la mecanización de este hemisferio, organizado forzosamente en la forma que está, tendiera a crear en tu mente la impresión de que soy divino, ¿no es cierto?

—Es más que una simple impresión, Padre. Si has vivido, tal como dices, cerca de tres siglos, si controlas esta ciudad espacial, y el Telón, y el túnel —y yo sé que lo haces— llega a ser extremadamente difícil pensar que eres mortal.

—¿Ves? A pesar de tu razón, a pesar del tono burlón que entremezclas en tus palabras estás empezando a creer. A menudo, lo que engendra la fe es la falsa interpretación de las verdades. Por eso he hecho que ese trocito de cielo sea visible para ti. Porque tú, tú sólo debes comprender que no soy Dios, que no soy inmortal, que estoy sujeto a las leyes de la naturaleza y de la eternidad a pesar de todo el tiempo que be conseguido evadirme de ellas.

»Ese pedazo de cielo está ahí para que sirva de sostén a tu cordura, O'Hara. Porque tienes que estar cuerdo. No importa cuán profundamente puedas estar envuelto en el juego del Hijo Escogido. Debes retener tu cordura o el propósito del juego llegará a ser destruido por el mismo entusiasmo que despierte. Recuerda esto. Tienes pocas realidades a las que agarrarte. Ese pedazo de firmamento es una de ellas y el temblor senil de mis manos, y el receptáculo de tu esposa, y el llanto de tu hijo y el recuerdo imborrable de tu mundo. Conserva bien estas cosas, O'Hara, porque las necesitarás. Anstruther se acerca.

Verdaderamente, Anstruther estaba cerca y O'Hara no se esperaba la forma en que iba a presentarse. Al apagarse la voz, el forro metálico del

pasillo que conducía a la habitación circular se bombeó súbitamente, para, en seguida, fundirse y caer formando chorros de plata por las paredes de roca viva. Una gran masa de fuego amarillo irrumpió en el corredor adquiriendo instantáneamente vetas rojas y de color magenta que a continuación, y también rápidamente, se transformó en una nube de un humo gris y negro, punteado de ocre, que giraba sobre sí misma hasta que, en cosa de segundos, fue absorbida por los ventiladores que estaban colocados de trecho en trecho, en la parte alta de los muros, ahora lamidos por las llamas. La nube, el fuego y el calor consiguiente desaparecieron a la vez; por eso, O'Hara, que estaba agachado a una distancia de unos seis metros, sintió sólo un golpe de aire quemante, como si se hubiese abierto la puerta de un horno e, inmediatamente, pudo oler el sudor que se secaba sobre la piel y el hedor característico de pelos quemados. La barba y las cejas se pulverizaban al tocarlas. La luz le dejó ciego. Oyó un grito.

—¡O'Hara! ¡O'Hara! ¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo!

Era la voz de Anstruther. La alegría de aquellas exclamaciones, el tono de júbilo, de infinito alivio que contenía, pusieron lágrimas en los ojos, ciegos, de O'Hara. Y allí quedó, de pie, llorando como si de pronto se hubiese encontrado con su único amigo.

Ni siquiera se preguntó a sí mismo si Anstruther era realmente su amigo. Todos los consejos que el Padre le diera momentos antes, quedaron olvidados en esta agudísima sensación de libertad y de feliz reencuentro. Estaba salvado, estaba libre por fin de aquellos exhaustivos meses que le habían escardado los nervios en el Hemisferio Oeste, tras el Telón; en los que no se atrevió, ni una sola vez, a confiar por completo en la mujer que amaba; en los que había estado amenazado, incluso mientras dormía, por un sabio y todopoderoso ser legendario: el Padre.

Ahora, por fin, se sentía un hombre de su propia época, de su propio mundo y, además, tenía la compañía de un hombre como él: Anstruther.

Extendió las manos.

—Anstruther. No... no veo.

—La luz —le explicó Anstruther, e inmediatamente sintió que unos brazos poderosos lo elevaban.

—Tenemos un remedio para eso. No temas, O'Hara. Ya estás a salvo, eres libre. Los que hemos tenido que vivir con Stephen Bryce sabemos lo que eso significa. Todos los esclavos están ciegos.

O'Hara preguntó:

—¿Pero no has sido tú quien me ha dejado ciego?

—Sí, pero es que hay cegueras que no afectan a los ojos.

—La mía, sí.

—Eres el mismo, O’Hara. Siempre preocupado de la salud de tu cuerpo y dudando de la salud mental de los demás. Olvida tus ojos, no es nada —dijo.

Al continuar hablando, el sonido de su voz se fue alejando; por eso O’Hara comprendió que no era Anstruther quien lo tenía cogido en brazos. Ahora lo dejaba descansar sobre una tarima acolchada. Anstruther decía:

—No esperaba encontrarte tras estos muros, O’Hara, sino al Padre, a Stephen Bryce.

Y continuó severamente:

—Si lo hubiéramos encontrado... no habríamos tenido tiempo para ti. Y ahora vamos a levantarte los ojos. Quema un poco, pero si aprietas los puños...

O’Hara sintió como si le estrujaran carbones encendidos en el cerebro. Su espalda se arqueó en el camastro, mientras espirales de fuego atravesaban la porción del cerebro que almacenaba el recuerdo de colores: púrpura, amarillo, verde y el rojo de sangre. Estaba empapado en sudor. Después la tirantez de su arco cesó, sintió de nuevo los ojos fríos y húmedos, se derrumbó.

—¿Puedes ver ahora?

O’Hara abrió los ojos. Junto a él, pesado, desnudo, con su cuerpo de mono encogido, como sí se dispusiera a coger a O’Hara otra vez en brazos, uno de los Hijos sostenía un frasco pequeño que Anstruther acababa de darle. Tras él estaban otros Hijos, cada uno llevando el arma en forma de tubo que O’Hara había visto en Emporia. Hijos armados aquí, en la metrópolis solitaria y subterránea de Washington, el peligro que el Padre le había advertido. E iban conducidos por un hombre desnudo también, aunque débil, pero erguido, de barba rubia, que caía sobre el pecho exiguo y de ojos de un azul pálido que parecía miope por los pequeños vasos capilares que habían estallado en sus iris, un rostro que denotaba un propósito tan firme que hacía parecer como débil una fuerza normal; un rostro el que la emoción suplía al valor, la cara de un fanático.

—Dame la mano —dijo Anstruther, y la estrechó.

O’Hara sintió un torrente emocional al contacto.

—Eres uno de los nuestros —dijo Anstruther.

Volviéndose a los Hijos dijo:

—Este hombre es mi amigo, mi hermano. Este hombre será también vuestro hermano. Entró en este mundo utilizando un poder que está más allá de nuestra comprensión. El también unirá sus fuerzas a las nuestras para

derrocar a Stephen Bryce, el que se llama a sí mismo el Padre.

Involuntariamente, el Hijo que estaba junto a O'Hara dobló una rodilla y dijo: «El Padre». Fue dicho en un suspiro y con una devoción hija del reflejo.

—El Diluvio —siguió diciendo Anstruther— acaba de ser lanzado sobre Emporia. Las decenas de miles que allí habitaban han ido a parar a los Pozos de Yellowstone. Alguno de vosotros habéis nacido allí, en Emporia, donde vuestras madres no estarán ya jamás porque Stephen Bryce las ha destruido. ¿Comprendéis lo que os digo? Stephen ha destruido a vuestras madres como os destrozará cuando ya no os necesite, tal como me hubiese destruido a mí, hace ya tiempo, si se hubiese atrevido. ¿Comprendéis?

—Lo comprendemos —dijo el Hijo que estaba junto a O'Hara— Stephen Bryce, el Padre...

—Quien a sí mismo se llama el Padre...

—...quien a sí mismo se llama el Padre, ha lanzado el Diluvio sobre Emporia. Y lo lanzará sobre nosotros.

—A menos que lo destruyamos antes.

—A menos que lo destruyamos antes —repitió, como un eco, el Hijo.

Y los otros, como si fuese una letanía:

—A menos que lo destruyamos antes.

—No seremos libres hasta que Stephen Bryce muera —contestó el coro gravemente.

—Estamos dispuestos a morir...

—Estamos dispuestos a morir.

—Para liberar a los que vengan tras nosotros —repitieron los Hijos.

Anstruther dio unas palmadas. Al instante, y todos a la vez, los Hijos se echaron al suelo apoyando torpemente los rostros sobre los brazos. En seguida se durmieron. Unos cuarenta hombres tirados y formando una fila desigual con Anstruther de pie, en el centro, silencioso y con sus ojos azules mirando fijamente a O'Hara, que yacía en la tarima.

—Son como recién nacidos —dijo finalmente con una extraña ternura en su voz—. Se echan a dormir, O'Hara, olvidando al instante los peligros futuros, y los horrores del pasado, dejándose deslizar por la dulzura de la inconsciencia que les exige el agotamiento. ¿Sabes cuánto tiempo hemos trabajado para llegar a este corredor?

O'Hara dijo.

—Ellos no saben cuál es el peligro que corren, pero tú sí, Anstruther.

—Seis días y seis noches sin descansar —continuó Anstruther absorto—. Trabajando todo el tiempo, buscando incansablemente, seguros de que al final estarían cerca de Stephen Bryce. Sin embargo, cuando comprueban que una vez más les he defraudado, se echan a dormir, tal como has visto, confiando aún en que yo, O'Hara, les llevaré después de este fracaso al triunfo.

—Anstruther, tú estás loco.

Aquellos ojos pálidos se cerraron:

—¿Es una locura luchar contra la tiranía más feroz que la tierra haya conocido? Entonces estoy loco.

—Pero es que no puedes ganar, Anstruther. No puedes derrotar al Padre. Si él quisiera podría lanzar sobre ti, en este instante, el mismo Diluvio de Emporia. Y estos pobres, estúpidos y alucinados Hijos no se despertarían nunca de su letargo.

—No es la pérdida de sus Hijos lo que le retiene, O'Hara.

—Ni somos nosotros, ni tú ni yo, los que podemos hacerle peligrar. El te está viendo ahora y escucha lo que estás diciendo. Si él creyera que...

—Todo eso lo sé, O'Hara —dijo Anstruther en tono aburrido.

Se sentó en la tarima acolchada sosteniendo su rostro fanático con sus pequeñas y suaves manos.

—Conozco a Stephen Bryce y a su poder. Sí. Podría destruirme en un instante si creyera que yo constituía un peligro para él. Pero no lo cree. Su confianza en sí mismo es tan absoluta como mi aborrecimiento a la obra que ha realizado con este pueblo. Míralos, O'Hara, antes de que Stephen Bryce les extirpara el alma. Y pueden volver a ser hombres.

—¿Si tú continúas conduciéndoles?

—Sí, si yo... si alguien continúa creyendo en ellos.

—¿Es esa la causa de tu rebelión?

—¿Podría haber otra razón?

O'Hara asintió sosegadamente:

—Tú podrías estar aspirando a ser el Padre.

—Si yo lo fuera...

—¿Ves? Tienes ya la idea metida en la cabeza.

—Si yo lo fuera —continuó Anstruther— seguramente no me portaría con ellos tan mal como Stephen Bryce. Pero yo nunca seré el Padre, O'Hara.

¿No te lo ha dicho el Padre?

—Te está oyendo —le advirtió O’Hara.

—Seguro. Conoce todas las palabras que he pronunciado, quizás hasta los pensamientos que

he tenido desde que atravesé el Telón. Por eso no se atrevería a utilizarme aunque debiera. Pero hay otra razón por la que no puedo, ni por sueños, llegar a ser el Padre. Una razón que contrarresta la maldita vanidad de la que todos los nombres somos víctima. Puedo durar dos años más gracias a los asombrosos medicamentos que Stephen Bryce, y sus científicos de los primeros tiempos, descubrieron, y entonces mi enfermedad, un cáncer en el cerebro, me destruirá tan certeramente como la tiranía de Stephen Bryce ha destruido a estos hombres. ¿Tú crees que un nombre destinado a morir puede sentir ambición?

—Todos los hombres tenemos que morir.

—Sí, es verdad. Todos los hombres, pero para la mayoría de ellos el tiempo no está determinado.

—¿Cuánto tiempo llevas en Washington, O’Hara?

—Once meses.

—¿Te han parecido largos?

—Increíblemente largos, pero también cortos. Como una pesadilla que dura tan sólo un instante del despertar.

—Una pesadilla que dura tan sólo un instan- ce antes del despertar. Así es como tú resumes esos once meses. Yo tengo sólo de vida dos veces eso, y para mí un año parece una pesadilla instantánea. ¡Dos instantes de vida me quedan, O'Hara! Eso hace que la ambición sea una solemne estupidez. ¿No estás de acuerdo?

O’Hara se quedó mirando fijamente a los ojos pálidos de Anstruther. ¿Qué buscaba en ellos?, se preguntó. ¿Soberbia? ¿El brillo de la locura? Nada de eso había. Vio en Anstruther un hombre que antes era sólo un muchacho lleno de encanto y de imaginación y que ahora, al crecer, había perdido la juventud. Tal como Stephen Bryce, de cara a una muerte cierta, la razón de su vida constituía el futuro del hemisferio.

Era imposible no estar de acuerdo con las razones de Anstruther. Con sus métodos, quizá, pero no con los motivos que había tras ellos. Lo mismo pasaba con el Padre. O’Hara podía repudiar la actuación de cada uno, pero al mismo tiempo tenía que respetar la sinceridad de ambos. Resultaba irónico que estos hombres, enemigos instructivos, opuestos, se dirigieran a una meta idéntica pero que sin embargo se encaminaran hacia ella por senderos irreconciliables. Para Stephen Bryce el fin era el mejorar las razas de los

Degradados, la masa y los Hijos; Anstruther creí que la eliminación del Padre era una jugada necesaria para llegar a un sistema nuevo que resolviera los problemas de los continentes.

Al mismo O'Hara le resultaba difícil escoger entre la fría ciencia del Padre y la proposición, llena de entusiasmo, de Anstruther Pero en aquel instante fue más fuerte el recuerdo de los horrores de Emporia. Extendió su mano.

—Te creo, Anstruther.

—Quieres decir que quieres creer en mí, ¿no es así?

—Eso es —contestó O'Hara—. Eso es lo que quiero decir. Quiero creer en ti.

—¡Bien! Es para mí más importante que quieras creer en mí, a pesar de tus dudas, que me creas sin más ni más. La Fe puede ser deshecha pero el ansia de fe es indestructible.

Estrechó la mano de O'Hara y levantose.

—Mañana —dijo— cuando nos despertemos, seguiremos hablando. Pero ahora dime, porque tú debes de haber estado recientemente con el Padre, ¿cuál es la dirección y la distancia? A la espalda de este pasillo? ¿Cuántos metros?

—No puedo decírtelo, Anstruther.

—Pero si has venido a esta habitación...

—Inconsciente —dijo O'Hara, y era verdad. No se atrevió a mencionar los intercalculadores.

Como una advertencia que se hacía a sí mismo, recordó cómo Nedra y su hijo se hundían hasta el fondo de aquella habitación llena de agua. El camino a escoger en esta lucha parecía oscuro. Se sentía inclinado a seguir a Anstruther, a ayudarle, a él y a estos Hijos, pero sin embargo se sentía incapaz de seguirlos decididamente. No podía revelar los propósitos del Padre ni pensar en Nedra y el niño, porque su vacilación podría traicionarlo. Tenía que mantenerse entre dos aguas sin traicionar ni a Anstruther ni al Padre.

Ni a sí mismo.

En la tierra de nadie, dijo para sí.

En la tierra de nadie donde ambos extremos parecían despreciables, débiles y confusos. Y quizás la confusión era realmente la característica de todo; virar en esta dirección durante un rato, después hacia aquella otra, perseverando siempre en el camino tortuoso y sin escrúpulos con tal de alcanzar la meta: salvar a Nedra y al niño. ¿Era este un método despreciable? No podía decir que lo fuese. En la fase primera del comportamiento humano,

antes de que existirán códigos o ideologías, había habido solamente un fin bien determinado, la conservación de la familia, y una confusa idea de Dios. Así «pensó O'Hara», sería también la fase final.

—Estaba inconsciente —repitió.

—Entonces es que estamos otra vez perdido —dijo Anstruther abatido; pero al instante sus ojos volvieron a brillar—. No importa. Por mucho tiempo que nos lleve llegaremos a encontrar el camino que nos conduzca a él. Hemos llegado hasta aquí en línea recta y continuaremos hasta alcanzar la cáscara exterior de este Washington que debe estar cerca de esta habitación. Después excavaremos en sentido contrario el corazón de la ciudad sin dejar, entre los túneles que hagamos, espacio suficiente como para que en él pueda estar el inmenso salón del trono de Stephen Bryce. En algún sitio y algún día encontraremos lo que buscamos.

O'Hara preguntó.

—¿Tú también estabas inconsciente cuando abandonaste el Salón del Padre?

—Nunca he estado allí. Después del violento aterrizaje que realicé en Patagonia, los Hijos me trajeron a Washington utilizando el Túnel Norte-Sur que pasa bajo el Golfo de Méjico y que parte de Yucatán. Es uno de los dos grandes Túneles que forman las arterias de este continente. Como ya debes saber los hay más pequeños, los Túneles laterales...

—Sé muy poco sobre ése asunto, Anstruther. Y me gustaría saber más.

—Los Túneles más importantes convergen en Washington, el Transcontinental y el Norte-Sur. Los Túneles menores se ramifican por todos los puntos claves: El Pozo de Yellowstone, la enorme planta industrial de plutonio al sur de Colorado...

—Yo volé por su zona radiactiva —dijo O'Hara.

—...los puertos del Artico en Alaska y Labrador, las instalaciones del Sur de Carolina y la de Hanford que engendra el Túnel Atómico, los centros de mayor población... Los que como tú han tenido una familia americana, deberían conocer los nombres de la mayoría de esas poblaciones, pero no son como las ciudades que tú y yo conocemos. Han dejado de tener una misión. Son sólo conejeras para las moscas. No hay comercio, ni fábricas, ni progreso. Unos cuantos talleres de reparaciones situados en sitios estratégicos con casi nada que reparar, aunque tienen habilidad para ello. Todo el quehacer de aquí ha quedado paralizado. Sólo el hombre —o lo que queda de él— puede progresar. Esto tomó carta de naturaleza casi desde el mismo día en que se alzó el Telón Atómico.

»Inmediatamente, tras la seguridad absoluta que dimanaba de la Cortina, el sentido moral de la masa comenzó a declinar. Solamente los

escogidos, los científicos, fueron capaces de conservar una especie de integridad, porque antes de que se lo esperaran estaban enfrentados con el desafío que representaba el retroceso de la masa de estos continentes, el reverso de la evolución resultado de la contaminación gradual de los continentes por la energía atómica de sus instalaciones. Después de aquellos científicos no existieron más, ninguna de las inteligencias procedentes de la masa tenía capacidad para la investigación. Los científicos fueron falleciendo durante estos tres últimos siglos hasta que quedó solo uno, el Padre, Stephen Bryce. No, no he visto nunca el salón del Padre. Cuando llegué no hizo que subiera del pozo.

—Me acuerdo del hoyo —dijo O'Hara.

—El te subió hasta el nivel donde se encontraba porque tenía que arriesgase, por fin, a confiarte su vida, O'Hara. O porque, posiblemente te conoce mejor que tú mismo. Aquello fue lo que pasó conmigo, porque yo no era su enemigo cuando me vi bajo él en aquel pozo. Pero él adivinó el camino que yo escogería: tomar partido con los Hijos, o a los pasillos, apareciendo en forma inexplicable, presentándose a pesar de que las puertas estuviesen cerradas y las paredes lisas. Fue en el Empalme, y en la pantalla, cuando te vi por primera vez, y a tu mujer, Nedra.

—¿Si?

—...y supe que con tu ayuda podría destruir esta tiranía. Poco después intenté verte. El Padre se interpuso en el pasillo. ¿Sabes ya lo que pasó?

—Le rompiste los brazos.

—El ha roto algo más que eso. Hizo que me alejara, pero prometiéndome, una vez más, que me dejaría continuar mi trabajo con los Hijos. Esa fue la tarea que me dio cuando llegué a

Washington: enseñar a los Hijos, intentar que se parecieran a los hombres que tú, Stephen Bryce y yo recordamos. Ahora estoy intentando completar mi tarea, pero me encuentro con que Stephen Bryce se opone —Anstruther cruzó la habitación y se dejó caer sobre uno de los camastros—. Pero la terminaré. Con tu ayuda, O'Hara —dijo tranquilamente—, antes de que yo abandone el Hemisferio Oeste acabaré esa tarea.

No volvió a moverse. Su respiración se hizo más lenta al dormirse.

La voluntad de O'Hara vacilaba con nuevas dudas. Seguramente el Padre, que lo había escuchado todo, comprendería ahora que él no podía convencer a Anstruther. Ni tampoco podía O'Hara asegurar que si la cosa fuese posible lo intentaría. Esto el Padre, que se jactaba de poder formular las ecuaciones de la mente, debería también saberlo. En algún lugar de este lodazal de dudas e imposibles tenía que morar una intención más profunda.

—¡OHara!

—¿Qué, Padre?

—O'Hara, no debes dudar de mí. No pienses en desafiarme. Estás dudando, O'Hara, a pesar de la habitación transparente, a pesar de Emporia, a pesar de la traslación de tu cuerpo por el espacio de Washington. No estás aún convencido de que lo que yo desee que se haga en estos continentes se hará. Has permitido que tu razón sea sacudida por la emoción pero, a pesar de todo sé que al final no me defraudarás. Debes abandonar esa habitación ahora. Irás por el pasillo...

O'Hara dió un salto.

—¿Me alejas de Anstruther?

—Sí —dijo el Padre pacientemente—. Debo alejarte por un rato porque es mucho lo que tienes que aprender. Vete al pasillo en seguida porque voy a lanzar un anestésico en esa pequeña habitación, como aquella vez que lo lancé contra ti, misericordiosamente, cuando Nedra fue a dar a luz. Sigue andando, O'Hara. Lejos, más lejos y cierras los ojos porque todo será muy rápido...

O'Hara cerró los puños ante una súbita elevación de presión. Sus rodillas se doblaron y su boca se distendió. El sentido se le tambaleó ante aquella oscuridad que giraba sobre él.

—Acércate a mi cama —murmuró el Padre.

Ya estaba hecho. O'Hara estaba de nuevo en el gran salón del Padre, exactamente al pie de la tarima escalonada. La mano temblona del Padre le hacía señas.

—Quédate ahí, O'Hara, y observa mis manos apoyada en este tablero. No pienses que puedas salvar a Nedra y al niño si dejo de apretar este botón. No me gusta amenazarte, pero has permitido que Anstruther te convenciera, O'Hara. El absurdo de desafiar a la muerte por un altruismo equivocado es propio de un hombre de tu edad. Pero, ¿es que tú crees, O'Hara, que soy tan malvado como él me imagina?

—Vi la agonía de la masa en Emporia. Vi a mi mujer y a mi hijo hundirse en aquella habitación transparente.

—La crueldad es siempre relativa, O'Hara, no personal. ¿Crees que fui yo solo el qué organizó este hemisferio y por tanto el único responsable del mal que encierra? Debes ir a la biblioteca que hay tras esta tarima, O'Hara. Debes conocer cómo sucedieron realmente las cosas. No sólo no fui yo quien alzó el Telón, sino que tampoco construí los reactores que lo hicieren posible. No influí en la decisión. Todas estas cosas fueron hechas, después de la Tercera Guerra Mundial por hombres que eran ya de edad madura cuando yo era solo un niño. Yo heredé estos continentes tal como tú los has encontrado. No he construido nada, no he ideado nada, salvo permanecer vivo durante doscientos setenta años mientras todos mis ascendientes perecían.

»Doscientos setenta años —suspiró—. Esto seguramente asombraría a los doctores de tu mundo. Seguramente uno de ellos, al menos, desearía volver a atravesar la Cortina contigo sólo por saber cómo he podido vivir tanto. ¡Es tan simple! Prolongo mi vida con la misma facilidad que tus doctores vacían sus pipas. Tomo unas píldoras, O'Hara, que cualquier químico de tu mundo puede componer fácilmente. Y sin embargo, si tu doctor atravesara el Telón por conocer este secreto yo no charlaría con él de cómo prolongar la vida, sino de eutanasia. Estoy cansado. O'Hara, te diré una cosa, O'Hara. Si yo me desprendiera de este teclado y me despreocupara de la masa, a la que crees que estoy tiranizando, lo que ha sucedido en Emporia se multiplicaría, en último término, miles de veces. No, no por los Diluvios sino por el azote que impide: la mortandad y el hambre.

»¿A quién condenáis vosotros por la mortandad y el hambre de vuestro hemisferio? La verdad es, ¿no es cierto? que la consideráis inevitable, pero yo, con los Diluvios, las evito. Manteniendo la vida en este cerebro mío, mucho después de haber perdido la alegría de vivir mantengo estos continentes tal como llegaron a mí.

»Anstruther le llama a esto tiranía. Sucede que yo la llamo mi deber. Pero quizás tú crees que Anstruther es quien lleva la razón. Quizá debiera yo llamarle y explicarle cómo se hace funcionar los intercalculadores mediante este tablero. Podría entonces destruirme y asumir mis obligaciones. Y continuaría, por esos dos años que le quedan, intentando encender en los cerebros muertos de los Hijos la chispa de sus perdidas inteligencias.

»¿Conoces las posibilidades de éxito? Si todo el proceso de contaminación atómica de este Hemisferio cesara y se consiguiera en poco tiempo su normalidad, entonces en este hemisferio, ya normal, Anstruther podría crear una raza de hombres pensantes, utilizando los Hijos y las mujeres de la masa. Si pudiera vivir quinientos mil años podría acabar la tarea, pero él sólo tiene dos años más de vida, y en ese tiempo poco es lo que puede llevarse a cabo.

»Pero supongamos que pudiera vivir esos quinientos mil años. ¿Qué crees tú que sucedería con su altruismo juvenil, cuando yo, en la insignificancia de tres siglos, he llegado a convertirme en el tirano inflexible que soy?

»Debes ir ahora a la biblioteca, O'Hara, y después te mostraré cómo piensan los intercalculadores por uno mismo. Más tarde verás la ciudad de Nueva York, la reconstruida, el duplicado exacto, hasta el último detalle de la más sucia casa de vecinos, de aquella ciudad del siglo veinte que fue destruida en la Tercera Guerra Mundial. Creo que entonces empezarás a comprender los aspectos razonables de una tiranía como la mía. Descubrirás, quizás, que del mal, a veces, se obtiene un bien.

»Estoy convencido de que el Telón Atómico ha sido contraproducente. Dio a este hemisferio la seguridad que ansiábamos, tanto contra la agresión como contra la indigencia, pero lo que, en cambio, ha hecho desarrollarse aquí ha sido infinitamente más trágico que una guerra. Concedido, el Telón es malo. Pero, ¿qué es lo que mantiene la paz en Emporia, Asia y Africa? ¿Qué es lo que las mantiene unidas, O'Hara? Sólo el terror de lo que esconde el Telón. Si en tu hemisferio pensaran mañana que el Telón podría ser traspasado, ¿qué crees tú que sucedería con esa paz y esa unidad? Y si este hemisferio estuviera verdaderamente imposibilitado, ¿qué crees tú que harían nuestros continentes con nosotros?

Por eso, y al menos bajo estos aspectos, el Telón no es, al fin malo. Porque si por un lado ha sido la causa de la destrucción de tantos seres en este hemisferio, por otro ha salvado a otros tantos dé una destrucción análoga en el vuestro.

Pero si te fijas en los intercalculadores te darás cuenta que no estamos, ni mucho menos imposibilitados. Puedo todavía imponer la paz por la fuerza. Si pulso esta tecla lanzo, en la dirección de las áreas más pobladas de tu hemisferio, una barrera de cohetes que pueden hacer que el holocausto de la Tercera Guerra Mundial parezca insignificante. Cuando vuelvas, O'Hara, y les digas que el Telón puede ser atravesado, diles también que esa posibilidad es en ambas direcciones y que lo que parece ser una posibilidad de conquistar este hemisferio —violando la paz de estos siglos—, es simplemente una terrible equivocación.

»Y fíjate bien, O'Hara —cuando estudies los intercalculadores— que la posición geográfica del Telón Atómico depende solamente de los reguladores de altitud y longitud. Si yo pulsara ahora este botón, sólo éste, el Telón avanzaría, cruzando los mares, hacia tus desarmados continentes dejando una estela de tierras impregnadas de radiactividad. Recuerda esto, O'Hara, cuando hables con tus compañeros de la Patrulla Internacional. Con solo el temblor de mi dedo puedo limpiar los cielos de aparatos. Observa también, O'Hara, que los registradores de radiación de Washington están funcionando a la perfección por lo que si los científicos de tu hemisferio ponen en acción una nueva pila atómica yo lo sabré al instante. Y podría soltar mis cohetes; podría hacer avanzar el Telón.

Tendrían que actuar muy rápidamente para cogerme desprevenido, O'Hara. No creo que pudieran hacerlo lo bastante rápido como para eso.

»Pero incluso si contarais con científicos tan excelentemente preparados que pudieran montar los reactores, colocar las espoletas atómicas en los cohetes y lanzarlos antes que lanzara yo los míos o antes de que el Telón os alcanzara, esos cohetes estallarían sobre las tierras marchitas que ocupan la superficie de estos continentes occidentales. Podríais destruir nuestros foto sintetizadores, el origen de nuestro alimento, pero nada más. No

podríais hacer blanco en nuestras ciudades subterráneas o en las inmensas reservas de alimentos y agua situadas bajo la superficie o los intrincados vericuetos del Túnel. Nos producirían desperfectos, sí, pero no seríamos destruidos, O'Hara. Después, en unos minutos nada más, podríamos barrer de vuestros continentes la vida en la misma forma que con esta mano temblona limpio el sudor de mi frente.

»Tal es el poder que este tablero —o lo que está tras él— me otorga. Anstruther cree que yo soy el opresor de una raza degradada y el culpable de que sea así. Podría ser también el dueño de la tierra entera si lo deseara. Pero no lo quiero. O'Hara. Mi carga ya es suficiente. ¿Es esta la forma de pensar de un tirano?

O'Hara dijo:

—Tiranía es sólo una palabra. Padre. Pero Emporia fue un hecho.

La enjuta mano cayó sobre el pecho del Padre. Los párpados aletearon bruscamente en sus ojos llameantes y por un instante el movimiento ascendente y descendente de su pecho cesó. Los labios pálidos se entreabrieron; los dedos parecían estar a punto de deslizarse por el teclado que estaba bajo ellos.

Fueron los dedos los que hicieron que O'Hara se lanzara para detenerlos. Recordaba cómo el Padre le había advertido que si la presión cesaba Nedra se hundiría en aquella habitación transparente. Pero el Padre se recuperó. Sus labios empezaron a moverse de nuevo:

—¡Todavía no! ¡Todavía no! No he muerto.

O'Hara retrocedió, y, estando allí, se le ocurrió que el horror de Emporia era despreciable en comparación con este otro: que toda la vida de este bien custodiado hemisferio dependía en estos instantes de un cerebro que estaba revoloteando sobre la frontera de la vida y de la muerte. La vida del Padre significaba la de millones de seres.

—¡No he muerto!

Era un grito de triunfo. La voz se oyó ronca de júbilo.

—¡No he muerto! —gritó otra vez—. No puedes imaginarte lo cerca que he estado. Tan cerca que pude ver el más allá. ¡Y estoy dispuesto a morir! —sus ojos se abrieron exageradamente—. El problema tiene que resolverse, y pronto. Mientras que lo medito ve a la biblioteca. Encontrarás más de un libro para entretenerte.

O'Hara retrocedió lentamente. Tenía la aprensión de que aquellos dedos pudieran, con la muerte, dejar de presionar la tecla. Pero el Padre le susurró:

—¡De prisa, O'Hara!

—Pero Padre, ¿Y si mueres en mi ausencia?

—Entonces, instantáneamente, te encontrarás con tu esposa y tu hijo. Y serás libre para volver a las montañas, si puedes. Estoy enviando los impulsos a los intercalculadores para que cumplan lo que te digo. Haz lo que te he dicho y tendrás mi promesa. Pero, ¡no moriré! Y ahora, vete.

O'Hara volviose y descendió los escalones. Cruzó la puerta que había tras la tarima. Cuanto pasó se deslizó sola hacia abajo. Estaba en una sala cubierta de estantes, abarrotada, desde el techo al suelo de libros. El centro del salón estaba ocupado por innumerables muestras de maquinarias y de telas, armas y utensilios, de todos los pertrechos de las destruidas civilizaciones que habían ido apilándose unos sobré otros en esta capital subterránea del Hemisferio Oeste. En una de las paredes se veía una pantalla inmensa y brillante, igual a las que haría visto en los edificios públicos del continente. En esta pantalla, y desde el momento que entró, se veía a Nedra.

Nedra estaba dando de mamar al niño. Al gritar O'Hara ella levantó la vista lentamente, como si esperara encontrarlo a su lado, en la habitación que estaba dondequiera que fuese. Finalmente elevó los ojos y entonces se dio cuenta O'Hara que ella miraba a la pantalla existente en aquella perdida y pequeña habitación.

—¡Nedra! —la llamó—. ¿Llega mi voz hasta ti?

—¡Oh, sí! —contestó serenamente—, y te veo en la pantalla que hay arriba. Es como si estuvieras de pie a mi lado.

—¿Sabes dónde estás?

—Tú debes reconocer esta habitación, O'Hara. Era la misma en la que habíamos pasado tantos meses juntos, la pequeña y exquisita habitación hexagonal espesamente alfombrada con el techo curvado y de un color azul que se iba oscureciendo hacia el centro.

—Sí, la conozco —murmuró O'Hara amargamente.

—Y a tu hijo, ¿lo recuerdas? —preguntó Nedra y apartó al niño cuidadosamente de su pecho.

Estaba tal como la vio por última vez en aquella habitación transparente y llena de agua; sobre el suelo, completamente desnuda, apoyada sobre un codo, su cuerpo, majestuoso e inclinado con suma gracia; sus pechos rotundos y sobresalientes. Estaba mirando ahora al niño que, estando boca arriba en el suelo, dio un impulso y pudo apoyarse sobre sus manos y rodillas y que, sonriendo a la pantalla empezó a gatear en su dirección.

O'Hara llevose las manos a la cara.

—¿Cuánto tiempo hace que me separé de ti?

—No lo sé, O'Hara. Quizá dos días... o dos meses. No hay manera de calcular el tiempo en las ciudades de los Degradados. No hay sol ni luna y el tiempo aquí no puede medirse por lo que realiza, porque nada se hace. Existimos, eso es todo.

El niño se sentó. Dio un bostezo.

—Tienes que dormir ahora —dijo Nedra y rápidamente lo cogió. No debemos charlar porque le molestamos.

—Nedra, esto no es posible. Estamos hablando como si estuviéramos juntos en esta pequeña habitación, sin embargo hace solamente unas horas, o unos días, yo vi como os ahogabais y como era para salvaros. Unas horas después —¿no fueron días, o meses?—, estás de pronto conmigo en esta habitación, con el niño, después de aquellos días y de aquellas noches interminables de soledad en los que no sé...

—¿Qué te preocupa?

—El tiempo. El tiempo y la inseguridad de lo que haya pasado en su transcurso.

»Y tú, Nedra. No eres como antes. Te conformas sólo con verme en una pantalla.

—¡Ah! ¿Ves, O'Hara? —Sonrió—. Es el progreso que sigue el decaimiento que te advertí. Es lo que sucede en las ciudades de los Degradados. Se embota la mente. Tú estás ahora furioso, pero muy pronto nada te importará. Y no te darás cuenta de ello. Será mucho peor que la muerte que pudimos tener en las montañas. Recuerdas? Tú me dijiste siempre que podríamos morir.

—Sí, Nedra, lo recuerdo.

—Ahora no podemos,

—Yo puedo. Sólo tengo que escalar estos estantes de libros y lanzarme...

—Pero yo no puedo, y tú nunca me abandonarás.

O'Hara agachó la cabeza. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Dónde estuviste durante todo el tiempo que permanecí en esa habitación? ¿Dónde nació el niño?

—Estuve con el Padre. Una mujer de las masas me cuidó.

—No he visto aquí, en Washington, a esas masas.

—Pero las hay. Millones y millones, como los que vimos apretándose en los pasillos de Emporia. También aquí se apiñan en los corredores situados bajo los niveles superiores de la capital. Existen, allí abajo como nosotros

arriba como gusanos en los círculos concéntricos de un leño. El niño duerme, O'Hara. Yo también voy a dormir.

Se estiró sobre el lecho que O'Hara recordaba manteniendo al niño apretado entre sus brazos. Estaba sonriendo soñolienta a la pantalla cuando la luz de ésta empezó a menguar.

—¡Nedra! No te vayas.

—Pero si no me voy. Estaré aquí hasta que el Padre quiera y tan cerca de ti como si estuviéramos juntos en esta misma habitación pudiendo vernos uno al otro y hablarnos.

—¡Que es peor que la muerte!

La luz se fue de la pantalla. Oyó de nuevo la voz de Nedra adormilada.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que la muerte no será algo así?

El no lo estaba. Nada podía asegurarse, nada era real. Pero pronto, tal como había dicho Nedra, nada le Importaría ¡A él no le importaría!

Los días pasarían y al fin volvería a brillar de nuevo la pantalla y Nedra estaría allí, charlando con él como si estuvieran juntos, sonriendo o riendo a carcajadas con el niño, irritada cuando los gritos de O'Hara lo despertaran, regañando. O hablando bajito en la oscuridad.

—Nedra, Nedra...

—¿Qué, O'Hara?

—¿Dónde estás? Que yo escuche tu voz. Háblame. ¡Nedra!

—Pero si estoy aquí.

—Sí, estás ahí, dondequiera que sea, y yo estoy aquí, en este salón enorme lleno de libros, enterrado entre los hechos escritos de siglos, mientras que tú... no puedes verme, pero estoy palpando esta pantalla, mis manos buscándote en la oscuridad, guiándose por el sonido de tu voz. ¡Pero sólo encuentro metal, Nedra! ¡Metal! ¡Nedra!

—¿Qué, O'Hara?

—¿No te importa que esté así, alejado de ti?

—Tú me ordenaste que me fuera, O'Hara.

—¿Nunca me perdonarás?

—Sí, te perdono O'Hara, pero no mereces mi compasión, que es lo que me parece que tú quieres. No he olvidado que cuando te pusiste a hablar de cosas serias y aburridas —filosofando—, con el Padre, me enviaste a la cama. Y lo harías de nuevo, porque todos los hombres lo hacen. Sólo es en las noches, como ésta, cuando me necesitas, O'Hara cuando la separación te

tortura. ¿Por qué no te pones a leer esos libros?

O'Hara golpeó la pantalla metálica con ambos puños.

Hubo noches en las que O'Hara leía. El polvo se había ido depositando en esos volúmenes durante más de un siglo. El último registrado en el archivo databa del 2124, y estaba firmado por el Padre, por Stephen Bryce. Era un diario que O'Hara descubrió en el último estante de un extremo de la sala.

«Ha sido un trágico error.» La escritura era ornamental, con trazos bellamente curvados. «Hemos jugado y perdido. María murió la semana pasada y hoy, al intentar despertarlo, vi que las manos de Wilson rodeaban el crucifijo que siempre llevó consigo, como si hubiese expirado rogando para que nos fuese perdonado el pecado. Ahora soy el último a menos que en las montañas de más allá del Mississippi, donde la contaminación no es tan intensa, alguno de los que huyeron de nuestra perfecta civilización exista aún en un medio tan imperfecto.»

«Sin embargo fue en la última semana de su vida —se leía en la página amarillenta— cuando Wilson desarrolló la fórmula definitiva. Pudo haberla tomado y estar ahora conmigo. En vez de eso prefirió morir.»

«Y yo también prefiero morir. Pero, ¿qué sería de las criaturas que nuestro destino ha esparcido por estos continentes? ¿No será mi obligación seguir esforzándote para redimir nuestra raza? ¿Soy yo libre de escoger entre la vida y la muerte? Creo que no. Debo vivir, debo conservar lo que nos ha sido legado y continuar buscando la forma de la regeneración. Todo problema tiene su solución. Tiene que haber una para éste.»

Seguían algunos cálculos matemáticos y después la siguiente nota:

«Hemos pretendido mucho, y abarcado demasiado. En alguna parte de nuestro camino hemos dejado que nuestras aspiraciones sobrepasaran el límite de lo prudencial pero en realidad el desear profesar no es un mal en sí mismo. Quizás ahora, si yo hiciera desaparecer el Telón Atómico... pero no, no me atrevo. No puedo confiar en Eurasia ni siquiera en estos tiempos. Debo solucionar esto yo solo.»

Al final de la página, como si se le hubiera ocurrido después, se leía:

«Una solución puede ser la contenida en el volumen del primer estante a la izquierda de la pared frontal.»

O'Hara lo encontró. Las cubiertas eran de magnesio limpiamente troquelado. Cuando lo cogió observó que sólo contenía una página metálica. Entonces la apagada voz del Padre llenó la biblioteca:

—Ya lo tienes, O'Hara. Ponlo en el bolsillo de tu chaquetón porque por ahora no lo vas a necesitar. Recuerda mi promesa. Si muero te encontrarás al instante con Nedra y tu hijo. Ahora te enviaré abajo a los intercalculadores.

Debes contener el aliento y mantener la boca abierta, como hiciste antes.

»Esto será muy rápido, pero terrible.

Entró una bocanada de aire helado y la biblioteca quedó a oscuras. En aquellas tinieblas, O'Hara se sintió estallar hasta morir, hasta pasar más allá de la muerte, en el espacio magnético. Se sintió como formando parte de ese espacio, como si hubiera perdido su esencia. Después sintió que el exterior de esa paz, en la que estaba sumergido, iba de nuevo tomando forma, congelándose.

Estaba ante una inmensa máquina oblonga y dentro de la caja de cristal que la contenía. No había por dónde entrar. Un líquido gris pálido rodeaba la caja manteniéndola suspendida constantemente. El grosor de esa capa no podía adivinarse.

—Observa todo esto rápidamente, O'Hara —cuchicheó la voz del Padre—. Tu radiación nuclear provocará pronto perturbaciones. Ya ha empezado el zumbido de los estabilizadores a advertirme de que algo está sucediendo. Eres el primero que ha entrado ahí desde que fue suspendido para hacerlo inservible a las sacudidas, y a todos los cambios previsibles. Y debes ser el último. Te has introducido ahí en forma de mesones y neutrones que son los que constituyen tu persona. Ahora lo que tú crees que es carne y hueso, tu cuerpo, está unido a ti sólo por mediación de las ondas de tu cerebro. No tienes forma real, ni determinada; Tampoco tienes substancia; eres sólo lo que piensas. ¡Y debes pensar! Tienes que absorberlo todo, y pronto. Aquí tengo ante mí la tecla, O'Hara. El tablero lo mantengo para ayudarte a fijar la atención, ¿no?, pues ahora debes volver...

El aire helado y la insoportable oscuridad lo sofocaron.

Cuando resucitó se encontró sobre el piso de la biblioteca. Estaba arrodillado como si rezara. Alzó los ojos.

—No ha podido ser verdad —murmuró—. No ha sucedido realmente.

—¿Qué es lo que no ha sucedido? —preguntó Nedra, visible en la pantalla—. ¿Y dónde has estado durante todas estas semanas, O'Hara? ¿Dónde has estado durante tantas noches cómo te he llamado?

Se notaba que estaba enojada.

—Estoy empezando a dudar, O'Hara. Me dijiste que venías de más allá del Telón, pero parece que te encuentras aquí maravillosamente entre los Degradados. Tú y el Padre os vais pareciendo cada vez más, excepto en la edad. ¿Venías en realidad de Washington cuando te acercaste a mis montañas en tu cosa voladora?

O'Hara se encogió de hombros. ¿Eran distintas estas diatribas de las que lanzaban las esposas de Londres, del Cairo o de Estocolmo? ¿Las mujeres

de cualquier sitio, se diferenciaban cuando conseguían emparejarse para satisfacer sus deseos? A excepción de la ceremonia del garrote, el mismo que dejó abandonado en la cueva de las Montañas Rocosas, Nedra era como las demás mujeres.

—Pero, ¿es que me has echado de menos, Nedra?

—Sí, es natural.

—Es natural —suspiró O'Hara—. Se encaminó hacia los estantes de libros.

Adquirió muchos conocimientos en la biblioteca, pero más aprendió en su viaje, por el Túnel, a Nueva York. Por esta ciudad supo lo que América había sido antes de la Tercera Guerra Mundial. La ciudad subterránea construida desde el establecimiento del Telón, sobrecargada por la masa de millones de seres desnudos y bamboleantes que iban de corredores en corredores, que dormían juntos apelotonados en aquellas tarimas anchas y acolchadas que se sucedían a lo largo de los corredores de la ciudad y que eran conducidos en manadas por los Hijos que los amenazaban con sus pistolas atómicas, era otra Emporia pero más grande. Por la densidad de población debía estar acercándose hacia un Diluvio análogo. Podía llegar cualquier día. El Hijo, acompañante de O'Hara, se le anticipó.

—Sólo el Padre sabe la hora en que sucederá -—explicaba—. El va contando la masa a medida que ésta se multiplica, y cuando sean demasiados para el Tubo que los alimenta el Diluvio misericordioso llegará.

—¿Lo consideras misericordioso? —le preguntó O'Hara.

—Sí, esa fue la palabra que nos enseñaron.

—¿No te duele saber lo que sucede a la masa?

—¿Dolerme? No comprendo. Yo estoy en el Empalme cuando eso ocurra. Esa misma, la que lleva a su hijo apretado contra su pecho, puede ser tu madre. Y estas otras tus hermanas. Si hubiesen recibido la misma preparación que tú en las escuelas del Padre, aquí en Washington, serían tal como tú, capaces de hablar y de comprender...

—¿Se refiere usted a esas hembras —preguntó el Hijo sorprendido.

—¿No conoces la palabra *madre*?

—-No nos la enseñaron. No debe ser esencial.

—Pero tú conoces el proceso de nacimiento de los niños, ¿no?

—¡Oh, sí! Es un proceso enteramente artificial.

—La mujer que lleva un hijo en su seno es madre de ese niño. Es su sangre y su carne la que le mantiene antes de nacer y no hay nada artificial en

esa fase. Tú te has alimentado con la sangre de tu madre. Ella sintió dolor y, me imagino, debió sentir alguna alegría al nacer tú. Sí, a pesar de vuestras costumbres, a pesar del proceso desalmado que el Padre ha impuesto o que se ha visto obligado a imponer, la palabra *madre* debe significar aún algo, no es secundaria, y nunca se podrá pensar en...

—Un momento, por favor.

—...nunca se podrá pensar en emular a los hombres que fueron vuestros padres, hace años, a menos que...

—Un momento, por favor —repitió el Hijo cortésmente—. Recuerdo una cosa que ocurrió en cierta ocasión y que me desconcertó. Fui enviado para recoger a los niños que debían ser sometidos a la medición de las ondas cerebrales para así determinar los que debían ser enviados a Washington para convertirse en Hijos. Hubo una mujer que se resistió a entregarlo...

El Hijo quedó silencioso. Miraba a O'Hara, pero sus ojos estaban extraviados, ciegos, o mirando a algo muy confuso del pasado.

En un suspiro dijo:

—Y me pareció... bella.

O'Hara esperó un momento. Después preguntó:

—¿Y qué hiciste?

El Hijo echó una rápida mirada a la enorme pantalla del Telón. Enderezó la espalda.

—La destruí al instante. Fue a parar al Pozo de Yellowstone.

—¿Y lo supo el Padre?

—El Padre —replicó el Hijo—, lo sabe todo.

—Sí —dijo la voz del Padre a la vez que una luz cegadora se extendió por la pantalla—. Incluso lo que estás pensando ahora, O'Hara. Pero no sabía que él podía recordar. No lo creía posible. Supongo que debo considerar tal cosa como peligrosa. Si vienes hacía acá, O'Hara, hacia la pantalla, te daré otra lección de moralidad.

Al hacer O'Hara lo que se le ordenaba, dejó al Hijo, arrodillado ahora y con los ojos bajos. Otro Hijo se adelantó, apuntó su arma en forma de tubo hacia el arrodillado, calvo y con cráneo parecido al mono e hizo fuego. El Hijo capaz de recordar se desvaneció entre las llamas.

—Ya has visto bastante de la ciudad subterránea —dijo el Padre poco después—. Debes ir ahora a la isla donde se alza la ciudad antigua, O'Hara. Y después al Monumento.

El Tubo situado bajo el río llevó a O'Hara y a su nueva escolta a la isla

adonde un ascensor subía. O'Hara salió a la superficie por primera vez desde que penetró bajo tierra en Emporia. Dirigió involuntariamente la mirada en todas direcciones, viendo el raído, y poderoso río de turbulentas aguas, el extraño y maravilloso contorno irregular de la tierra, y sobre todo al cielo, al pálido e ilimitado cielo que más que nunca parecía celestial; a los cielos libres, pero no del hombre. Sus pulmones engulleron ansiosamente el aire que tenían ya olvidado.

—¿Le asombra la vista? —preguntó el Hijo junto a él.

—Me despierta.

—¿Ha estado durmiendo?

—Soñando.

—Comprendo los sueños —dijo el Hijo comprensivamente—. En Washington nos enseñaron sus significados. Es la memoria de las cosas olvidadas, de lo que uno no recuerda cuando está despierto.

—¿Soñáis? —preguntó O'Hara.

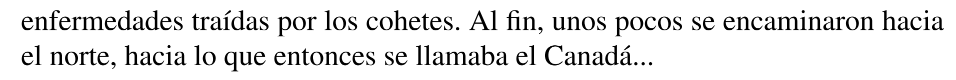
—¡Oh, sí! Todos soñamos a veces. Incluso los de la masa. Soñamos con ciudades como la que tenemos ante nosotros, con grandes montones de escombros, con una llanura de fuego; soñamos que morimos míseramente o que vivimos de igual forma, que nuestros estómagos están vacíos y que tenemos que luchar unos contra otros. Estas cosas fueron realidades en los primeros tiempos, antes de que esta ciudad se convirtiera en ruinas.

—Aquí —dijo el Hijo—, hubo una vez una torre. Ahora, tal como ve sólo es un montón de piedras y pedazos de metal. Nuestros antepasados vivían en dos corredores de torres como ésa.

—Lo sé —dijo O'Hara—. He visto sus fotografías en la biblioteca de Washington.

Pero lo que tenía delante no se asemejaba en nada a las fotos. Sólo eran miles y miles de montones formados por la tierra removida y ripios chamuscados y vigas llenas de herrumbre y lanzas de acero sobresaliendo de la superficie. Pequeños arbustos raquíticos habían brotado entre las ruinas y una extraña enredadera amarilla y sin hojas que se entrecruzaba espesamente se mantenía muy cerca del suelo.

—La torre más alta de todas —explicó el Hijo—, se alzaba centenares de metros sobre la tierra, pero sin embargo, cuando llegaron los cohetes se derrumbó tan rápidamente como la más pequeña. Dicen que algunos de los que aquí vivían se las arreglaron para escapar porque quedaron a cubierto del fuego atómico por los cuerpos que yacían sobre ellos. Así que pudieron huir atravesando el río. Vivieron durante cierto tiempo sobre la superficie bajo la que más tarde se construyó la ciudad subterránea, pero la mayoría murió de



enfermedades traídas por los cohetes. Al fin, unos pocos se encaminaron hacia el norte, hacia lo que entonces se llamaba el Canadá...

—Sí —dijo O'Hara—. Lo he leído.

—Y la mayoría murió allí. Sólo los más fuertes fueron capaces de huir hacia el este, quizás a las montañas donde dicen que ahora mora una extraña y nueva raza; gigantescas criaturas de cabellos cortos y espaldas erguidas.

Gentes repulsivas y enemigas del Padre.

—¿Repulsivas?

—Sí. No lo tomes a mal. No me refiero a usted, puesto que viene del mismo Washington. He oído decir murmuró—, que hasta el mismo Padre no es como nosotros. Ni podría serlo, desde luego —se apresuró a añadir—. En resumen: había en esta ciudad unos diez, o más, millones de habitantes antes de la Tercera Guerra Mundial, pero situados estúpidamente ya que estaban agrupados densamente. Nosotros hemos comentado ese error al reedificar la Nueva York subterránea. Para que sirviera de lección cuyo objeto fuese demostrar cuán neciamente proyectaban nuestra raza las ciudades, se construyó el Monumento: una réplica de la antigua metrópoli, una copia de cómo era antes de la destrucción. Ahora vamos a ir.

Durante cuatro días estuvo O'Hara vagando por el vacío Monumento.

Al quinto día estaba ante la gran pantalla del Empalme de la ciudad subterránea escuchando la voz del Padre:

—¿La has visto, O'Hara?

—Sí, Padre. Estuve allí.

—¿Hay algo más que desees ver?

—Nada.

—¿Qué opinas de ella?

O'Hara dijo:

—Opino esto, Padre: esa clase de ciudad no habría podido surgir tras el Telón. Hay en ella demasiada grandeza de alma, demasiada aspiración libre y humana. Cosa quizá peligrosa para ti, para mí llena de inútil sensiblería. Sin embargo, y a pesar de estos defectos, mucho más gloriosa que todos los rutilantes pasillos y salones de tus geométricas ciudades.

La voz del Padre pareció llenarse de melancolía.

—Es verdad, O'Hara. Lo que has dicho es cierto. Pero sólo mi Telón pudo haber salvado esa ciudad. Esa es la paradoja con la que me he enfrentado a solas durante todos estos años, y hasta este instante. Debes ahora volver conmigo. He resuelto mi dilema, y posiblemente podré solucionar el



vuestro.

QUINTA PARTE

O’Hara entró solo en el cilindro que le esperaba en el término del Túnel, en el Empalme de la subterránea Nueva York. El Hijo que le había atendido, y que esperaba para cerrar la compuerta, echó una mirada con disimulo a la gran pantalla que se veía en el centro de la sala.

—¿Verá usted al Padre? —susurró.

—Sí, Lo veré —dijo O’Hara—. Si él quiere.

—He escuchado siempre su voz por la pantalla. Nunca le he visto. Un reflejo irresistible irradia del metal, y eso es todo.

—Tú quieres saber cómo es, ¿no?

El Hijo enderezó su cuerpo al máximo; sus largos brazos se balanceaban; sus ojos cegatos esforzándose en mirar fijamente al rostro de O’Hara. En aquel momento era, al menos, algo más que infrahumano. Su voz adquirió un tono ronco y suplicante. No era el lastimoso gimoteo de un animal sino una humildad muy humana.

—Me gustaría saber cómo es —murmuró.

—El es como tú.

Los músculos de la mandíbula se le apretaron. La nariz se le dilató.

—No es tan grande como tú, ni tan fuerte.

—Tampoco está tan satisfecho —dijo O’Hara, pero es más astuto y más despiadado...

—¡Calle! Está escuchando.

—...y destruirá al único hombre que os puede devolver la dignidad, la dignidad de ser hombre y no un animal sin alma. Un solo hombre os puede ayudar: Anstruther...

—¡Calle! ¡No hable más!

—Entonces es que ya tienes noticias, ¿no? La palabra libertad está en los labios de aquellos que quieren y pueden ser hombres. No ha nacido aún el poder necesario para...

—¡Mentiroso y renegado! ¡Bestia de la superficie...!

La voz cansada del Padre se oyó:

—Ya es bastante, O’Hara. No le sermonees. Nuestro problema está resuelto. Baja ya.

La compuerta se cerró con estruendo metálico, O'Hara sufrió la súbita aceleración del cilindro que le hizo caer en postura humillante, y a la fuerza, sobre el material parecido a la espuma de caucho. Como la otra vez, cuando estaba consiguiendo ponerse en pie, la pérdida rápida de velocidad le hizo salir volando de nuevo para acabar en un aterrizaje forzoso. La compuerta se abrió.

—El Padre espera —le dijo el Hijo desde arriba.

Esta vez no tuvo que recorrer pasillos ni subir por escaleras ni ascensores para llegar a la Cúpula de arquitectura inspirada en el temor. Al bajarse del cilindro se abrió un trozo de la pared situada a continuación del final del Túnel. Cuando O'Hara pasó por la abertura el Hijo retrocedió rápidamente. La pared se cerró al instante y en lá oscuridad que sobrevino O'Hara pudo oír la voz sedosa del Padre, que sonaba dentro de su, cabeza, débil ahora, rugiente después, muy lejana y débil de nuevo.

—Te enviaré en seguida con Anstruther, cuando recobres el sentido, despiértalo. Sólo tienes que decirle que has recordado, el camino para llegar a mí. El y sus Hijos te seguirán de buena rana.

Pero esta vez no te guiará mi voz. Un panel se abrirá en el pasillo, más allá del lugar que Anstruther derrumbó para pasar. Llévalos por ese panel. Sube la escalera con que te encontraréis. Al final de ella, empuja la cubierta de metal. Os encontraréis ante esta tarima escalonada.

O'Hara se asombró.

—¿Tan cerca estaba Anstruther de ti?

—Anstruther siempre lo ha estado, pero los hombres que viven emocionalmente nunca torran sus fines. El vibra de emoción. Yo pienso, es lo que nos diferencia.

—No, Padre; hay otras cosas.

—Eso es lo que tú crees, O'Hara. La emoción *es* contagiosa. Te ha contagiado su fiebre. Sin embargo son pocos los hombres que se contagian de pensamientos. Tú serás uno de ellos, sí, tú, pero hasta, que no te hayas liberado de esa vana ilusión que padeces me eres inservible. Cuando estés aquí con Anstruther veremos lo altruista que puede ser una tiranía cuando se basa en el razonamiento y cuán insensata y destructiva puede ser la emoción pura.

—No traicionaré a Anstruther.

—¿Olvidas a tu mujer y a tu hijo?

—No le traicionaré.

—Tú viste la agonía de Nedra cuando luchaba para mantener al niño a

flote, ¿no es verdad?

—Estoy viendo ahora mismo esa agonía, Padre. Es también mía, pero no traicionaré a Anstruther. Haz lo que quieras, pero rápido, Padre. En esta última crueldad ten misericordia.

—Tengo la mano sobre el botón, O'Hara ¿Lo hago?

—¡Rápido!

—Respeto tu decisión —dijo el Padre tranquilamente—. Y ahora te prometo que ni destruiré a Anstruther ni le detendré en su camino hacia el destino que desea. ¿Te basta eso?

—¿Lo prometes?

—Me obligas a ello. No puedo desempeñar mi trabajo, por tu mediación, sin tu consentimiento.

La voz del Padre se convirtió en un susurro.

—Abre los ojos. Estás en aquel punto del infinito; en la habitación a la que parecía imposible llegar; al final de los largos corredores de Washington. Anstruther y los Hijos están dormidos junto a ti. Despiértalos y haz como te he dicho.

O'Hara estaba consciente cuando abrió los ojos. La ilusión de que la voz del Padre sólo era audible para él fue mayor que nunca, porque no había estado nunca discutiendo violentamente con el Padre en esta habitación dónde Anstruther y los Hijos continuaban durmiendo. Anstruther no se había movido; tampoco los Hijos, formando una grotesca fila en el suelo. Parecía como si el mismo O'Hara no se hubiera movido desde que se sentó allí; sobre la tarima acolchada, discutiendo con Anstruther la tiranía del Padre. Todo parecía como si arrancara de ese momento —su vuelta al Padre, las semanas de estudio en la biblioteca, su extraña vida con Nedra a través de la pantalla, el descenso a los inaccesibles intercalculadores, el viaje por el Túnel a las tres ciudades de Nueva York y el sorprendente diálogo con el Hijo primero que lo había atendido, aquel que recordaba cómo una vez una hembra había luchado por conservar su hijo y de la que había pensado que era más bien bella; el que murió por pensar así—, ninguno de estos sucesos que habían tenido lugar desde que abandonó este punto insignificante situado en el infinito parecía ahora una parte de su vida consciente. Sólo eran sueños, se dijo.

—Sí, son sueños. Consecuencia de dormir tan irregularmente.

Y entonces su mano tropezó con algo duro dentro de su chaquetón. Era el tubo metálico, la solución que ya no necesitaba.

Por tanto no había sido todo un sueño. O'Hara volvió a colocar el libro en el bolsillo. Cruzó la habitación y se inclinó sobre Anstruther. ¿Sería una traición despertarle y conducirlo tal como recordaba que había ordenado el

Padre?

Por otro lado era cierto, el razonamiento se lo decía, que era él quien obligaba al Padre a cumplir su promesa de no destruir a Anstruther ni librarlo del sino que él mismo buscaba.

—Anstruther —susurró.

Los Hijos moviéronse perezosamente en el suelo. Uno de ellos púsose en pie. Otro palpaba, el suelo en busca del tubo reluciente de su autoridad.

—Anstruther —dijo O'Hara sacudiéndole.

Los Hijos fijaron en él sus ojos débiles y se dirigieron a su encuentro silenciosamente. Sus rostros, pálidos, parecían llenos de maldad por carecer completamente de expresión.

—¡Anstruther! —gritó O'Hara, volviéndose hacia los Hijos—. ¡Despierta, Anstruther!

Anstruther dió un salto. El azul pálido de su? ojos eclipsaban sus pupilas.

—¡Sí, sí... ahora! —gritó—. Es la hora.

Los Hijos se retiraron tan silenciosos cómo cuando avanzaban. Sus manos, colgando en forma descuidadas, sostenían los refulgentes tubos a los que hacían balancear en pequeños ángulos.

O'Hara dijo:

—Puedo llevarte con el Padre.

—Sí... lo sé...

—Pero arriesgas tu vida. El Padre puede destruirte.

—Sí.

—Debes elegir.

—No tengo por qué. Lo estoy buscando.

—Entonces sígueme —dijo O'Hara entrando en el pasillo.

Anstruther y los hijos le siguieron.

Un poco más allá de donde la pared había sido perforada se abrió un panel en el reluciente magnesio inconsútil. Cuando habían pasado todos por el hueco y empezaban a subir los peldaños, el panel los dejó al cerrarse, sumidos en la oscuridad. O'Hara hizo alto y volviose de nuevo a Anstruther:

—Tenéis vuestras pistolas atómicas y podéis abriros el camino de vuelta que os devuelva al pasillo. Tengo que decirte que el Padre sabe que tú vas. Me pidió que te condujera.

—Sí. Hazlo.

—No, Anstruther. A pesar de la promesa y de la lógica del razonamiento del Padre, no puedo seguir metiéndote en la trampa, porque verdaderamente eso es lo que estoy haciendo.

—¿Por dónde se va? —preguntó Anstruther impacientemente.

—Pero, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Lo que todo hombre debe: buscar el mal y combatirlo.

—Aparte de que el Padre sea bueno o malo tú puedes luchar contra él. Tu única oportunidad para tener éxito sería evitar el encuentro hasta que los Hijos y la masa se sublevaran.

—Pero es que si no se realiza nuestro encuentro nunca se sublevarán.

—Lo que quieres decir es que si tú no mueres...

Sus voces habíanse hundido en aquella oscuridad hasta convertirse en susurros. La respiración dificultosa de los Hijos hacía casi imposible el entenderse, pero sin embargo ninguno de los dos lo observó porque tanto uno como el otro parecían adivinar las preguntas y las respuestas.

—Sí, si no muero...

O'Hara supo entonces que nada detendría a Anstruther. Se había preparado él mismo el camino que lo llevaría inevitablemente a la muerte y lo había buscado tesoneramente. Quería darles a los Hijos que había educado y a la masa imposible de ser preparada para captar el conocimiento, e incapaz de la esencia del mismo: un mártir.

Aún se negó O'Hara a llevarle hasta el Padre. Fue el mismo Anstruther el que lo empujó a un lado y empezó a ascender en la oscuridad hasta que sus manos palparon la chapa metálica. Le dio un empellón y cedió. Emergió entonces lentamente de las tinieblas al resplandor solar que había sobre él y en el que quedó sumergido e invisible.

Cuando los Hijos subieron, desvaneciéndose, les siguió O'Hara.

Anstruther, que había ascendido la mitad de los escalones de la tarima que conducía al lecho inmenso del Padre, había tomado una postura firme y desafiante. Cuando O'Hara surgió entre los tímidos Hijos, arrodillados, la mano frágil de Stephen Bryce los saludaba.

Tras el pequeño bulto que el cuerpo de Stephen Bryce hacía bacía bajo la colcha, estaba Nedra con el niño en brazos: alta, cubierta tan solo por las apretadas y ricas trenzas de su pelo rojizo.

De todos los allí reunidos: Stephen Bryce, Anstruther, los Hijos y O'Hara, sólo Nedra parecía tranquila. Sólo Nedra parecía esperar, con serena

indiferencia, a que sucediera lo que tenía que suceder. Era la impasible serenidad de la mujer que sabe que tras la sangre vertida es ella la que conquista.

Fue la indiferencia la que excitó a O'Hara. Analizó las posibilidades que tenía. El se encontraba al pie de los escalones —los cuerpos desnudos de los Hijos le separaban del lecho donde Stephen Bryce agonizaba lentamente y bajo Anstruther. Este se había congelado a mitad del camino.

Podría llegar hasta Nedra antes de que las pistolas atómicas de los Hijos los desintegraran. Podría llegar pero sólo para morir con ella en brazos. Ya había tenido antes esa oportunidad de morir juntos, pero había rehusado. La rechazaba también ahora, porque lo que él quería no era morir sino vivir con ella. Sin embargo el ambiente de muerte que rodeaba aquella cama del Padre despertó en él unas ansias locas de heroísmo que lo empujaban al sacrificio, a morir con Nedra, tal como ella lo había deseado antes.

El Padre habló con firmeza.

—¡Quédate donde estás, O'Hara!

Sintió cómo le sujetaba la mano de un Hijo. Dio una vuelta y lanzó el puño contra su rostro liso. Le satisfizo ver la carne rasgada y sentir el crujido del hueso.

—O'Hara. ¡Quieto! Nedra no morirá ni lo desea. Tú tampoco morirás a menos que lo quieras. Tienes inteligencia; debes usarla.

Nedra dijo:

—Espera, O'Hara. Ahora, no.

—Sí —dijo Anstruther—, espera. Esta es mi hora.

Uno de los Hijos apretaba su arma contra la espalda de O'Hara y con mirada indecisa vigilaba tanto la mano alzada de Anstruther como el cuerpo medio agazapado de O'Hara y, al mismo tiempo —temerosamente consciente —, no olvidaba la forma silenciosa y postrada de la cama. El milagro del vasto salón que convertía el susurro senil del Padre en el rugido irresistible propio de un dios convenció a los Hijos alejados del lecho de que estaban escuchando al tronante voz de la deidad y que ésta salía de los labios moribundos.

—Verdaderamente es la hora de Anstruther —dijo Stephen Bryce.

Los Hijos avanzaron hacia los escalones de la tarima. Anstruther bajó la mano.

—Al fin, me has traído aquí, Stephen Bryce —dijo—, a esta sala, símbolo y origen de tu poder. Fue hacia este encuentro hacia el que mis aparatos fueron guiados, por un poder más sublime que el tuyo, para atravesar

el Telón Atómico y descender en la Patagonia y por lo que los Hijos me enviaron hacia el Norte por medio del Túnel. Yo tenía que encontrarme contigo y recibir de ti ese teclado con su control de intercalculadores porque yo tenía que devolver a este pueblo la dignidad de los hombres...

—Lo oyes, ¿O'Hara? —dijo el Padre—. Nada de esto es fruto de la voluntad de Anstruther. Esta es la actitud clásica de un Mesías. No la tomes nunca; nunca creas que tus acciones no son fruto de tu propia opinión y voluntad.

La voz de Anstruther se escuchaba de nuevo; esta vez miraba por encima del Padre y del teclado: a Nedra.

—...y devolver la dignidad de la maternidad a la mujer, la repobladora de la tierra, y la sagrada adoración de sus hijos...

—Esa adoración viene desde dentro —dijo el Padre—. No hace falta Mesías para restaurarla. Esto es la emoción hablando, emoción ciega.

—...entrégame ahora el tablero de los intercalculadores. Las armas de los Hijos a quienes envileciste están ahora contra ti...

—¿Ves, O'Hara? La violencia no será suya. Ha alzado a los Hijos, los ha llevado a la revolución, sin embargo cuando el momento culminante llega se escabulle para no reconocer que la obra es suya. Le echa la culpa a los Hijos o la hace pender de alfileres de un poder que está por encima de todos nosotros. De esa forma se desprende de la responsabilidad de algo que él sabe, con toda seguridad, que terminará en la muerte de todos nosotros. Esta es la forma en que trabaja lo emocional, este es el camino de la debilidad, O'Hara, es la locura de un hombre insensible a todo, excepto a quedar ante los ojos de Nedra como el Macho Preferido, el Hombre Predestinado. ¡Y ella, le está viendo así! ¿No te imaginas como terminará todo esto, O'Hara? Dentro de un instante...

—Contesta, Stephen Bryce —gritó Anstruther—. Contesta o muere. ¡Dame el tablero!

En el silencio que siguió se oyó la voz, helada, del Padre:

—No, hijo mío, lo siento. Este tablero no es para ti. Me hubiera gustado salvarte, pero no puedo librarte de ti mismo. Padeces la peor de todas las enfermedades humanas, la única para la que no tenemos ni siquiera un paliativo: la vanidad.

—¡Dame ese tablero! —gritó Anstruther histéricamente—. O por mi propia mano...

—¡Quieto, Anstruther! —gritó O'Hara.

Los hijos estaban arrodillados se levantaron poseídos de un loco frenesí y se lanzaron hacia los escalones. En aquel momento de confusión Anstruther

golpeó salvajemente el cráneo del Padre. Sonó como un huevo que se cascara. Anstruther se tambaleó como si hubiera sido él quien recibiera el golpe. Después, con los brazos extendidos, como si sufriera un ataque de catalepsia, aferró el panel de mando y retrocedió con él en su poder.

Los Hijos, apretujados ahora en la tarima, parecían estar desorientados y sin jefe; otra vez una horda bamboleante, hasta que de sus bocas lacias, de monos, salió un gemido ronco en igual forma que los animales, cuando les invade el pánico, emiten esos chillidos que nada significan. Se volvieron contra Anstruther; con sus largos brazos extendidos arremetieron hacia él.

—¡No! —gritó Anstruther tambaleándose hacia atrás—. ¡No hagáis eso! ¡Lo he hecho por vosotros!

Pero la locura les gobernaba; el sentimiento de culpabilidad les hacía sentir sed de sangre. Sus manos, inmensas, le desgarraban, pretendían arrancarle los ojos, convertían su cara en simples colgajos.

Anstruther se abrió paso a empellones hasta llegar al lecho, donde yacía el Padre inerte, y allí quedó postrado a los pies de Nedra. Con la cara alzada y los ojos llenos de lágrimas dijo en un sollozo:

—¡Habríamos podido gobernarlos! Tú y yo...

Los Hijos fueron tras él como un enjambre. Nedra permaneció quieta, serena o aturdida, —O'Hara no podía decirlo—. La mano de Anstruther se deslizó por su muslo y después, desafiante, golpeó fuertemente con el puño la miríada de teclas del panel. Fue entonces cuando la ola formada por los Hijos lo arrebató arrastrándolo. O'Hara asió a Nedra y la alejó del tumulto. Anstruther volvió a dar un grito; era un chillido de agonía apagado a medias por la masa en confusión. Se lo llevaron aparte, lo desmembraron y se volcaron sobre su carne ensangrentada.

—¡O'Hara! ¡O'Hara!

Era el Padre. Las paredes del inmenso salón estaban retrocediendo hasta el infinito y el techo, intrincadamente adornado, caía sobre ellos a gran velocidad impulsado por la energía que el golpe de Anstruther había liberado al destrozar el tablero; un terrible rugido procedente de lugares lejanos ahogaba el murmullo de los Hijos. La mano del Padre se elevó para caer en seguida. O'Hara se inclinó sobre el lecho.

—Esta era... la solución del problema. La muerte para ambos, O'Hara. La muerte sólo un poquito antes de la hora. Ahora los dos, Anstruther y yo, ponemos en tus manos la redención de estos continentes. Comprendes? ¿Me oyes?

—Sí, Padre, sí. Te oigo.

—Debes volver a atravesar el Telón Atómico. Tienes que convencerlos

de que nuestro saber puede salvar sus continentes de sus verdaderos enemigos: del hambre y de la enfermedad. Tienes que convencerlos, O'Hara, porque creo que esta es la última oportunidad, como también lo es para nosotros. Diles que queremos que sus colonos construyan de nuevo, como lo hicieron ya una vez, una nueva y más potente raza en este hemisferio; ¡sangre nueva para fortalecernos! Y después debes volver aquí inmediatamente, porque tu tarea será la de seguir mi obra, pero evitando los errores, poniendo en práctica lo que sea para frenar el proceso de retrocesión, hacia lo que yo me encaminaba librando al fin a este hemisferio de su contaminación...

—Pero, ¿y el Telón Atómico, Padre?

—Podrás atravesarlo. ¡El tablero, pronto! Es un medio de concentración, de convertir el pensamiento en realidad. Piensa y los intercalculadores responderán a tu llamada. ¡Rápido, piensa! Toma a tu mujer y al niño en los brazos y concéntrate... el Túnel...

—¿Y tú, Padre?

—...al pozo de Yellowstone. ¿Ves...?

El rugido que flotaba en el espacio, a su alrededor, ahogó la voz del Padre. Sus párpados se cerraron. Cuando por fin los Hijos abandonaron el cuerpo destrozado de Anstruther y se arrodillaron en adoración al pie del lecho, se abrieron las ranuras en el techo que descendía veloz, y el torrente ámbar del Diluvio cayó en cascada.

O'Hara gritó:

—¡Al Túnel! ¡Al Túnel! ¡Al Túnel!

La oscuridad lo envolvió. Al final de su estado consciente oyó cómo silbaba el viento. Mucho después —eso al menos le pareció— se sintió envuelto en un silencio infinito y sublime, tal como puede serlo la muerte. Sin embargo estaba seguro de que aquello no era morir. Después, mucho después, se dio cuenta que estaba en el cilindro, en el Túnel. Haciendo un terrible esfuerzo se levantó. Nedra yacía a sus pies con el niño bien apretado entre sus brazos.

Y así fue como el Padre le había dado a conocer, en el momento de morir, la última verdad, el camino por el que habían logrado escapar, el poder real del pensamiento. Fue el ansia destructiva, intensificada por la mente de Anstruther y agudizada por medio panel, lo que había liberado la fuerza capaz de producir en los intercalculadores la energía para desbaratar la estructura espacial de la capital subterránea y después soltar en el gran salón del Padre, y en todo Washington, el torrente devorador del Diluvio. Fue también el propio pensamiento de O'Hara, en resonancia con los intercalculadores, lo que una vez más había llevado su cuerpo a través de muros de piedra y de magnesio inconsútil a su cuerpo, al de Nedra y al del niño, en igual forma en la que

Stephen Bryce lo trasladó desde la biblioteca, transformando en energía, con la que ahora se habla trasladado al cilindro del Túnel que en estos momentos los llevaba veloces hacia el oeste.

La pérdida de velocidad lo lanzó hacia adelante en el interior del cilindro. Cuando el ímpetu cesó, arrastrose hasta Nedra que aún yacía inmóvil.

Los labios de Nedra se movieron silenciosamente, como sí hubiera perdido la facultad de hablar. La lenta respiración parecía parte de aquel sopor infrahumano en que antes la había visto, cuando llegaron a la estación terminal de Washington. Igual que entonces esa apatía le enrabió. Era la furia de un hombre que se sabía culpable. Lo reconoció. Detuvo su mano.

—Nedra —dijo—, a pesar de lo equivocado que haya podido estar antes, esta vez... esta vez al menos, tengo razón. Volvemos, Nedra. Estamos subiendo, Nedra, y tienes que ayudarme esta vez. ¿Me oyes, Nedra?

Los labios se movieron penosamente.

—Te oigo, O'Hara.

—Hemos escapado —gritó O'Hara—. Hemos salido de Washington a pesar de tus temores.

Y esta vez, has sido tú misma quien desechó la oportunidad de morir.

—Nadie escapa, O'Hara.

—Esa es la más grande de todas las equivocaciones, porque nosotros sí que hemos escapado. Hemos salido de Washington por fin. Si hemos podido eso, es señal que también podremos ultimar la odisea.

—¿Adónde iremos?

—Con los tuyos, a las montañas. Y después...

—Eso nunca ha sucedido.

Malhumorado, contestó:

—Siempre te han dicho eso: que no puede suceder. Quizá sea por eso por lo que nunca sucedió antes. Quizás es parte de la filosofía de los tuyos, su anhelo para después de muertos. Quizá teman que suceda. Nada es imposible cuando los hombres están dispuestos a perdurar, a resistir y, sobre todo, a pensar.

—No puede ser, O'Hara.

—Lo será ahora —dijo él—. Y haré que suceda en la única forma que tú comprendes. Dame la mano.

—No puedo creer...

Deliberadamente, la abofeteó. Esta vez no se arrepintió de haberlo hecho, sino que insistió. Cuando ella fue alzando la cara lentamente, le dijo:

—Sí, Nedra, sí. Está sucediendo.

Sabía que si lograba liberarla de esa idea fija que la obsesionaba —y lo estaba consiguiendo—, ella volvería a ser la Nedra con la que se había topado y vencido, en el anfiteatro natural de las montañas, unos meses antes.

O'Hara se iba apaciguando. Era consecuencia del desahogo de su varonil brutalidad. En aquel momento la mano de Nedra salió disparada y lo agarró por el cuello.

Al retroceder él, las uñas desgarraron sus mejillas. Nedra le seguía, pero no pasivamente, sino ágil y con rapidez mortal. Saltó sobre él, lo aprisionó con sus piernas y le hizo caer sobre la superficie almohadillada del cilindro. Sus dedos firmes intentaban apuñalarle los ojos.

O'Hara, dando una vuelta rápida sobre sí mismo, logró zafarse de ella. La apatía había desaparecido de los ojos de Nedra. Lo que había en ellos era aquel deseo salvaje y feroz, propio de los animales en la época del celo; lo que tanto le había gustado y le gustaba ahora. Debía otra vez vencer o morir. De nuevo quedó aprisionado recibiendo esos golpes desgarradores en el rostro. Haciendo un último esfuerzo desesperado vióse libre de ella y pudo ponerse en pie, aunque vacilante. Ella saltó en su busca al momento. A través de la sangre, O'Hara vio la barbilla de Nedra y se lanzó. Esta vez fue ella la que quedó tendida.

Estaba allí, a sus pies, y sus dedos se movieron a tientas hasta que encontraron los tobillos de O'Hara. Entonces se arrastró penosamente hacia él. Cuando O'Hara vio en sus ojos aquella admiración brutal e indomable, lanzose en su busca loco de deseo.

Sí, las posibilidades del pensamiento tenían límites. Existían ciertas cosas que precisaban algo más que el deseo de perdurar y de resistir, como él había dicho antes, y podía argüirse, lo confesaba ahora, que era lo más importante de todo.

O'Hara cesó de pasear por el pequeño piso de Bloomsbury, se encogió de hombros y se dirigió al vaso que no había tocado durante más de una hora, el tiempo que había tardado en contarme todo esto. Estaba de nuevo conmigo, había vuelto, con el pensamiento, de aquellos continentes perdidos más allá del Telón Atómico.

Había vuelto al barro, a la pobreza y a la inseguridad del mundo que había conocido desde muchacho. Como si el cambio le hubiera resultado demasiado brusco alzó su copa hasta el nivel de los ojos y, fijando la vista sobre ella pensativamente, susurró:

—Por Stephen Bryce, el Padre.

—Por Stephen Bryce —repetí.

O'Hara destrozó la copa arrojándola contra la pared. Después volviose hacia mí. La sonrisa había vuelto de nuevo a sus labios.

—Bien, se fue. Ni siquiera Stephen Bryce pudo eludir el Diluvio que cayó sobre el vasto salón de Washington. Ni él ni los Hijos que se rebelaron contra él, que a sí mismo, se designó como su Mesías: Anstruther. No creas por esto que vaya a desacreditarlo. Era más que un hombre. Era una fuerza, un espíritu. Las pequeñas y estúpidas posturas de los Mesías mueren con ellos, pero sus mensajes, la razón de su ser, perduran y fructifican. Así sucederá con Anstruther. El les dio una palabra que habían olvidado: hombres. Alguno la recordará y la predicará. Sí. Anstruther muerto puede triunfar sobre todas aquellas maravillas, aquellas obras maestras, que se lo impidieron en vida. Y yo...

Un grito apagado llegó hasta nosotros procedente de la habitación de al lado. O'Hara se volvió. Sus ojos oscuros parecían echar fuego. Cerró los puños fuertemente, después los forzó a que se abrieran, pero muy cuidadosamente, cómo si le hiciera daño. Durante un rato quedó con la mirada fija. Después dijo:

—Un poco más y acabo. Te dije que estábamos en aquel cilindro del Túnel, cuando ya había perdido todo impulso, y Nedra y yo nos habíamos repuesto ya completamente. Pero aún no éramos libres. Todavía estábamos en la trampa. Teníamos que salir de allí. Es muy parecido al final de un capítulo de esos seriales que tú solías escribir: el muchachito está colgado de una roca y en la charca que hay debajo hay un enjambre de cocodrilos. El muchacho se está resbalando, se da cuenta de que va a caer... Pero no hay que preocuparse. Con ágil pluma —supongo que escribes a máquina—, escamoteas los cocodrilos y colocas un montón de paja para que reciba blandamente al protagonista cuando se caiga.

»A Nedra, al niño y a mí no nos fue tan fácil. Estábamos encerrados y ningún Hijo apareció esta vez para quitar el pestillo. Estábamos tan prisioneros como cuando lo estuvimos, meses atrás, en aquella exquisita y hexagonal habitación de Washington, pero sin la voz omnipotente del Padre para apaciguarnos. Teníamos que intentar salir por nuestros propios medios.

»El pestillo estaba rígidamente sujeto por un muelle grueso y metálico. Tenía que ser así para quedar protegidos del vacío del Túnel durante el viaje. Eché una ojeada por el cilindro vacío buscando algo que me sirviera de palanca para forzar el muelle. Después —era tonto haberlo olvidado— me acordé de la pistola. La saqué e hice fuego con ella dos veces contra el metal enrollado. El pestillo saltó.

»Salimos cautelosamente. Una vez más estábamos en un corredor de magnesio reluciente.

Las paredes se unían en el infinito. Pero esta vez nadie hizo que las paredes se abrieran para nosotros. Nos pusimos a andar. Era una larga marcha hacia lo desconocido. Seguíamos siendo prisioneros, pero teníamos en nuestros corazones la seguridad de que el espacio, por sí solo, no podría dominarnos. Y estábamos en lo cierto porque finalmente, al doblar una esquina nos encontramos en el Empalme. En el momento de entrar estaban ya los Hijos poniéndose de rodillas ante la cegadora luz de la pantalla. La endiosada voz decía:

»Ahora llegará ante vosotros un hombre de barba negra y una mujer pelirroja con un niño en brazos. Llevadlos a la superficie de Emporia y conducidlos al Hijo que guarda los valles de las montañas. Ese Hijo debe comprobar que llegan hasta ellas y dejarlos allí. Esta es vuestra misión. Esa es vuestra misión...»

»La voz repitió aquello una y otra vez con el mismo tono olímpico que ya había oído en la ciudad subterránea de Emporia. Machacaba la orden incansablemente, hasta grabarla en aquellos cerebros, hasta —tal como era su norma— hipnotizarlos. Una voz de ultratumba, o mejor dicho, de las profundidades del Pozo de Yellowstone. Sí, era la voz de Stephen Bryce grabada horas antes de morir, cuando nos esperaba, a Anstruther y a mí. Supo que iba a morir y lo planeó todo para que yo pudiera alcanzara la meta que me había impuesto antes de su muerte. ¡Y yo había pensado que él no nos abriría las puertas de los muros!

»Los Hijos se pusieron luego de pie y se acercaron en seguida a nosotros. Ellos no habían dudado ni un instante que estaríamos allí esperando. Echaron a andar y los seguimos.

La marcha que siguió, dirigida por el Hijo sobre el que recayó la obligación de llevarlos a la superficie, careció del horror que tuvo su primer descenso a Emporia, porque habían sido los enjambres de degradados los que la habían hecho horrible; las decenas de miles de seres bamboleantes, desnudos y repugnantes apáticos, sin almas. Ahora no existían aquellas masas. El Hijo que marchaba con ellos sabía lo que se hacía.

—¿Os sentís solos ahora sin la masa? —preguntó O'Hara.

—¿Solos?

—¿No echáis de menos a los que fueron tragados por el Diluvio?

—¡Oh, no!

—¿Tú sabes quién envía el Diluvio?

—Sí. El Padre.

—¿Y si te dijera que el Padre también fue engullido por el Diluvio?

—Eso no puede ser.

—Pero, ¿y si te digo que yo mismo lo vi?

—No —dijo el Hijo—. El Padre nos sigue hablando y el Tubo nos sigue trayendo alimentos de los foto sintetizadores, y pronto nos traerá más hembras para repoblar Emporia.

—¿Sabes lo que ha ocurrido en Washington?

—Ninguno de nosotros lo sabe. No es necesario que lo sepamos porque el Padre nos habla, los alimentos continúan llegando, también el agua de los océanos del oeste. Nosotros, los Hijos, no necesitamos más. No —dijo el Hijo, ni obstinada ni preocupadamente—, nosotros no necesitamos más, ni necesitamos saber 'más. Al menos, mientras que la Voz continúe dándonos órdenes.

O'Hara mismo, que sabía lo que había pasado, que comprendía lo que estaba aún por hacer, no pudo sentir en ese instante la seguridad de que todo aquello, el vasto sistema entero precaviendo la existencia y la regeneración por medio de los impulsos de los intercalculadores, tenia, con el tiempo, que derrumbarse. Por un breve instante olvidó el repetido consejo del Padre: que no debía confiar en milagros. Le parecía posible que esos continentes perdidos pudieran seguir tal como estaban sin necesidad de alguien que los guiara; automáticamente, hasta que su destino de retrogresión en el tiempo dejara a estos pasillos sólo con las gotitas de humedad templada del cieno primitivo.

¿Sería aquello tan terrible? ¿Debía uno apiadarse de las bacterias como de estos seres estúpidos? Pero es que en Nueva York había existido un Hijo que pudo recobrar a una hembra de la masa que luchó por conservar su niño. Y además, aquel Hijo recordaba que era bella.

Aunque lerdos —sin contar quizá con la viveza que representaba la angustia de un diente vacilante— el alma no había muerto en ellos, sólo agonizaba. Sobre esa agonía podría construirse algo.

—Este es el ascensor —le dijo el Hijo que caminaba junto a ellos.

Y así fue cómo O'Hara, Nedra y el niño subieron una vez más a la superficie de Emporia y fueron por entre los multicolores vericuetos de los foto sintetizadores y otra vez recorrieron el largo camino hacia los valles de la zona montañosa. Allí el Hijo se volvió.

—Hasta nunca —le dijo O'Hara.

El Hijo quedó en silencio. Sus ojos se esforzaron un momento. Después, sacudió la cabeza.

—Pero ustedes volverán —dijo—. El Padre os deja libres para una misión que sólo él sabe. Cuando la hayáis cumplido él nos enviará para que os traigamos de vuelta.

—Tú lo crees, ¿no es verdad? —preguntó O'Hara—. Tú crees que...

Pero ya el Hijo se había marchado.

Durante los pocos días que siguieron, O'Hara, Nedra y el niño fueron aproximándose a las montañas, yendo cada vez más altos. La belleza de las cosas pujantes: los árboles que se elevaban hacia el intenso azul del cielo, el musgo suave y espeso, la yerba bajo sus pies, los pájaros que, aleteando rápidamente, se alejaban al aproximarse ellos, las ranas y los insectos que huían a saltitos o que salían arrastrándose bajo las rocas, la mordedura del viento que llegaba gimiendo desde las lejanas vertientes que tenían delante, el gorgoteo cantarín del agua buscando el camino por entre las piedras, el calor de un sol verdadero en el cielo, todo esto y estar libres de aquellos muros opresivos y de un destino más opresivo aún —les fue sacando suavemente del estupor, en el que tanto tiempo habían estado. No se dieron cuenta de lo profundamente que dormían ahora.

—Tengo hambre —dijo Nedra.

—Cazaré algo.

—Tú ya has olvidado cómo se hace.

—Un estómago vacío es el mejor maestro.

—Pero ¿quién te enseñará a ser otra vez un hombre?

—También lo aprenderé.

Y O'Hara se echó a reír. No lo hacía desde meses atrás.

La tercera noche de estar caminando, nevó. Tuvieron que refugiarse bajo una visera de granito. Nedra trabajó penosamente con unas cortezas secas de árbol y leña menuda hasta conseguir fuego, pero resultó pequeño, insuficiente.

—Ahora tengo frío —dijo ella en tono acusador.

—No me extraña —dijo O'Hara—. Lo que tienes que hacer, Nedra, es ponerte encima alguna ropa. Lo que significa, con toda seguridad, que soy yo quien debe suministrártela. Había olvidado lo trabajoso que resulta ser marido.

La nieve no cesaba de caer. Al cuarto día de estar así O'Hara mató un lobo gigante de las montañas. La carne era basta y su piel, después de curtida por el calor, hedía terriblemente. Nedra no la desechó por eso sino que se las ingenió para darle forma de algo que asemejaba una falda. No quedó tan perfecta como la que ocultó su sexo cuando O'Hara la vio por vez primera, pero servía.

—Tras el Telón —dijo O'Hara—, los hombres les regalan a sus mujeres perfumes, pero dudo Nedra, que nadie haya comprado un perfume como éste.

—Entonces, ¿no te parezco bella vestida con esto?

Había sido un día de mucho trepar y O'Hara, estaba cansado. No se encontraba en forma para luchar.

—Sí, Nedra, muy hermosa.

Y suspiró. Esa noche, al menos, ella le dejó comportarse como un cobarde.

Al sexto día, cuando ascendían dificultosamente a lo largo de una senda cubierta de nieve, un matorral, frente a ellos, se abrió súbitamente y de él salió la demacrada y dominante figura del Viejo amenazando a O'Hara, apuntándole al pecho con el Colt.

Nedra le dijo:

—¿Es así cómo nos dais la bienvenida? ¿Dónde están los demás?

Surgieron de sus escondites, a lo largo del camino, tras el Viejo.

No era momento de conversar. El Viejo volvió la espalda y empezó a guiarles. Los demás se acercaron y juntos, a paso ligero, se encaminaron hacia el desfiladero arenoso.

En los días que siguieron, con Nedra reinando plácidamente una vez más en las tinieblas de la caverna, O'Hara comenzó a prepararse para lo que él sabía que le esperaba a continuación, pero ahora, que era libre, que se sentía de nuevo capaz de modificar su destino, estaba desganado. Fue el Viejo quien lo convenció después de haberle contado las extrañas degeneraciones de las tierras bajas.

—Es este un período en el que suceden cosas extrañas —dijo el Viejo cautelosamente—. Yo también he oído y he visto cosas raras desde que llegaste a nosotros. ¿Recuerdas el día que desaparecisteis en el valle? Los que pudieron escapar de los Degradados continuaron hasta alcanzar el lago que tiene el agua negra. Volvimos aquí con ella e hicimos las grandes calderas de cobre que tú dibujaste en las paredes de la cueva...

—¡Ah, sí! El aparato para destilar el petróleo.

—...y preparamos el agua que tú querías, el agua incolora, para dársela a la cosa que vuela. Queríamos, a pesar de que tú no estabas, verla volar. Echamos el agua incolora en jarros y los pusimos ante la cosa, y esperamos. Entonces oímos una voz que hablaba como tú, cuando llegaste por primera vez a nosotros. Una y otra vez, cómo el lobo cuando llama a su cachorro perdido, aquella voz te llamaba: ¡O'Hara... O'Hara... estamos esperando, O'Hara! Llama Tournant, llama Wrangell... ¿no puedes salir, O'Hara?

—¡Tournant!

—La voz decía eso repetidas veces. Pero no había nadie en la cosa

voladora, nadie que pronunciara esas palabras.

—¡Desde luego! ¡Desde luego! Una voz —la radio—, hablando desde una distancia de cuatro mil quinientos kilómetros. Y a través del Telón

—¿No es eso raro, O'Hara?

Pero O'Hara se había agarrado al brazo del Viejo.

—¡La voz! ¡El aparato! Y llevaste allí el combustible? ¡Entonces yo... yo puedo volar otra vez!

Fue el ansia irresistible de remontarse lo que hizo que se lanzara al interior de la cueva, gritando:

—¡Nedra! ¡Voy a volar otra vez!

Nedra le limpió la boca al niño, y se restregó las manos lentamente con arena para librarlas de la grasa de un pato salvaje que estaba asando. Puso un leño entre las ascuas del fuego y dijo:

—¿Adónde volarás?

—¿Importa eso mucho, Nedra?

—Sí.

—Muy bien. Subiré tal cómo me permitan los motores y después me pondré a hacer círculos como un cóndor. Porque tendré esa sensación, la de sentirme un cóndor, un rey de los cielos...

—Voy contigo.

Aquella contestación lo desilusionó. Cogió sus manos.

—Hay una posibilidad, siempre la hay, de que la cosa voladora pueda caer. Y el niño, Nedra, tu hijo... nuestro hijo...

—El niño es del clan, pero yo, O'Hara, soy tuya.

—Pero Nedra, si yo..., bien, ¿y si no vuelvo a estas montañas...?

—¡Ah! —y ella sonrió—. ¡Ya lo sabía yo!

Agarró el garrote y avanzó hacia él.

El Viejo fue el que hizo los preparativos. Al amanecer partieron. Los hombres y las mujeres más jóvenes del clan subían rápidamente a través de la nieve espesa. O'Hara y Nedra iban a buen paso, entre ellos, hasta que llegaron al lugar donde O'Hara había hecho aterrizar su aparato. El avión —y las jarras de combustible— estaban allí esperando.

Nedra subió a la carlinga. O'Hara empezó a dirigir los trabajos para dejar limpia de nieve la que iba a ser la pista de despegue. Cuando acabaron la tarea, O'Hara trepó al aparato, acarició los instrumentos muy cuidadosamente

y, por fin, los manejó con ansia para sentir el latido de los motores. Estos arrancaron, pero en seguida se detuvieron.

«Otra vez», se dijo a sí mismo.

Ahora rugían.

El Viejo se tiró boca abajo en la nieve. Los miembros más jóvenes del clan se dispersaron O'Hara saludó con la mano. Y el aparato salió disparado. Antes de que llegara a la muralla de árboles se elevó raudamente en el cielo.

Durante algunos minutos, O'Hara estuvo demasiado ocupado con su vuelo: en elevarse cada vez más, en planear, en fijarse en Nedra que había cerrado los ojos. El tic-tac de registrador de radioactividad lo sacó de su ensimismamiento. Estaba fijo en 0.285. Después oyó un golpeteo más vivo; era Nedra.

—¡Eh! Te castañetean los dientes. Toma mi chaquetón.

Al quitárselo O'Hara le cayó sobre sus rodillas el libro metálico que había cogido de la biblioteca de Washington. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo volvió apresuradamente la cubierta. Sobre la única página de reluciente magnesio se leía:

«20 de diciembre; 12 horas, 35 minutos, 1 segundo. En los diez segundos siguientes. Sólo tú puedes hacerlo.»

Nedra le llamó, pero él no se dio cuenta. Su cerebro trabajaba como una máquina exquisitamente perfeccionada. Estaba contando, determinando hasta la más pequeña fracción de tiempo de los doce meses pasados, teniendo en cuenta los meses, semanas, días, horas, minutos y segundos. Calculaba el tiempo que necesitaría y la posición por medio de las estrellas que aún brillaban.

—¡O'Hara! ¡O'Hara! ¡Ya no se ven nuestras montañas...!

20 de diciembre; exactamente en los diez segundos que siguen a la hora expresada por 12 horas, 35 minutos, 1 segundo.

El sudor salía por cada uno de sus poros. Los cálculos infinitesimales se iban ajustando por sí solos en su cabeza. No podía estar seguro. Nunca estaría seguro de nada en este lado del Telón. De los días, sí. Y de la hora y, quizás, al menos muy aproximadamente, de los minutos, ¡pero nunca lo estaría en cuanto a los segundos! Tenía que arriesgarse vigilando constantemente el registrador de radiación. Si el Telón apareciera ante él tendría que dar la vuelta. Pero el combustible no le duraría lo suficiente para volver a las montañas de Nedra. Era una posibilidad, una espantosa posibilidad.

—Dime, O'Hara...

—Vamos a atravesar el Telón, Nedra...

Ella asintió sombría.

A los quince mil metros de altura, O'Hara niveló el aparato para volar horizontalmente. Después de acelerar a más de tres mil kilómetros por hora, comprobó, y volvió a comprobar, los cálculos relativos al día y a la hora. El problema, tal como el se lo planteaba, era llegar al Telón antes de las 12 horas, 35 minutos y 1 segundo, y mantenerse entonces oscilante hacia adelante y hacia atrás de él, hasta que —en el momento exacto y milagroso— el registrador descendiera por debajo del punto peligroso, y entonces, pasando por encima de la elipse de vuelo, atravesarlo de golpe.

Lo mejor sería lanzarse en picado desde la máxima altura y a la máxima velocidad. Cierto que así podría chocar contra el Telón antes de los diez segundos de intervalo en los que dejaba de existir, al cambiar los reactores, pero por lo menos esta vez sabría lo que iba a hacer —estaría inconsciente durante el tiempo que se necesita para emitir un rayo de luz.

Este era el plan. Y tuvo éxito.

Disparado pasó por el Artico, se internó en Asia, pasó sobre Delhi, Roma, París y los Doce Ancianos de Génova.

—Se necesita tener suerte para hacer algo así —admitió O'Hara—. La suerte de Colón. ¿Habrías tú apostado por nosotros?

Se echó a reír. Después le puso el tapón a la botella. No se bebería más en aquel piso de Bloomsbury.

—No hubiese apostado contra ti, O'Hara.

—En eso no hubo sólo suerte —contestó—.

Estoy empezando a aprender el arte más difícil. El Padre me enseñó cómo debía aprender. El noventa por ciento del maravilloso motor que tenemos —tú cerebro, el mío, el de cada uno de nosotros— permanece ocioso. Quizá en Washington yo aprendí a usar otro cien por cien. Al menos he comenzado a aprender cómo se aprende y una vez que se ha empezado no hay problema que pueda quedar sin solución.

—Casi las mismas palabras del Padre —indiqué.

—Sí, casi las mismas. Y si las encadenas con las palabras que no tuve en su cuenta al concentrarme sobre el asunto de los diez segundos en los que el Telón no estaría ante mí—, si tú recuerdas esas palabras...

—«Sólo tú puedes hacerlo». ¿No era así? Aquí, esta noche —dijo—. ¿Crees que voy a abandonarles?

—-...entonces comprenderás por qué estoy

—¿Abandonar a quiénes? ¿Acaso a tu hijo?

—Sí —dijo—. A mi hijo y al Hijo que se acordaba de que una mujer de la masa habíase resistido a entregar su niño, al mismo que murió porque la creía bella, y a las docenas de miles de los otros que ahora estarán balanceándose estúpidamente por aquellos corredores subterráneos con los estómagos llenos, sin el anhelo que nosotros conocemos, pero, sin embargo, perseguidos —difícilmente perseguidos— por el recuerdo del amor. Stephen Bryce me dijo que la tiranía no la constituye, en el fondo, la existencia de un tirano, sino el envilecimiento de un pueblo. El don de amar que han perdido es lo que los ha degradado. Desde luego, volveré con ellos. ¿Sabes de algo que necesite más una dedicación?

—Nosotros tenemos también un problema aquí —insistí—. Los desiertos de China y de Africa, el hambre de nuestros billones de congéneres. Los conocimientos que tú has adquirido —y tu don de mando— pueden darles una solución.

—¿Estás intentando convencerme? —Sonrió y tomó mi mano—. Escucha atentamente, Arthur Blair. Esta noche volveré a atravesar el Telón. No me preguntes cómo porque ya te lo he dicho: las palabras de aquel libro de magnesio, el instante en que murió el Padre en Washington. ¡Volveré! Sé que volveré a pesar de lo que los Doce Ancianos y su oficina de Seguridad pueden intentar. Estaré en Washington mañana. Tengo mucho que hacer. Por eso no sabrás nada de mí durante meses. Cuando transcurran esos tres meses mi voz llegará hasta ti; no por medio de una pantalla que te ciegue con su resplandor, sino por radio, Arthur Blair. Te hablaré a ti, y a todos estos billones, desde el Hemisferio Oeste. Porque nos necesitáis y porque os necesitamos desesperadamente. Mi voz traspasará el Telón, y cuando termine de hablar no existirá la Cortina. La habré alzado para siempre.

Podemos salvar los dos mundos, Arthur, pero no nos será fácil. Los Doce Ancianos, esos tímidos guardianes del pasado, os atacarán. Vosotros debéis contraatacar y rápidamente. Informa a la gente. Explícales los hechos y, sobre todo, los peligros. No prometas falsos sueños, porque nada se consigue sin sudar. Sí, esa misión parece estar proyectada para ti, Arthur. ¡Sólo tú puedes hacerlo!

Soltó mi mano. Se inclinó. Cuando volvió a levantarse llevaba, bien apretado, el garrote de ceremonia.

—Voy a abrir la puerta —dijo—, y sólo por un instante verás a la mujer más extraordinaria de la tierra. Después vete, amigo. ¡Ponte detrás de mí... detrás de mí...!

FIN